biblioteca de patrística

andrés de creta

HOMILÍAS MARIANAS

editorial ciudad nueva

Andrés de Creta
HOMILÍAS MARIANAS

Las noticias sobre la vida de Andrés de Creta no son abundantes y provienen todas de fuentes pertenecientes al siglo X. Nació en Damasco hacia el 660, y a los catorce o quince años sus padres lo condujeron a la Basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén, en donde profesó la vida monástica. Hacia el año 700 fue designado arzobispo de Gortina, en la isla de Creta, por lo cual se le conoce como Cretense. Su labor pastoral fue prolongada e intensa, mostrando grandes dotes de gobierno unidas a una gran inteligencia y cultura. Su muerte se sitúa en el año 740.

Además de ser un notable poeta, compositor de himnos litúrgicos —el más famoso de ellos, el «Gran Canon penitencial», sigue cantándose en los oficios del rito bizantino durante la Cuaresma— fue autor de homilías, algunas de ellas sobre María. Su estilo es muy cuidado y armonioso y se esfuerza en precisar bien los conceptos teológicos y en no dejarse llevar por la imaginación y los relatos de la literatura apócrifa. La gran difusión de sus obras en códices y en diversas traducciones indica que la oratoria del obispo de Gortina era muy valorada, haciendo de él una figura muy destacada en la teología mariana y en la historia del culto a la Virgen. Estas **Homilías marianas** tienen tal significado teológico que, en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*, el Concilio Vaticano II cita a Andrés de Creta como uno de los Padres que dan testimonio de la fe de la Iglesia en la Inmaculada Concepción de María, en su intercesión a favor de los hombres y en su Asunción al cielo en cuerpo y alma.

La presente traducción íntegra de las **Homilías marianas** es la primera, según nuestras noticias, en lengua castellana.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

29

Andrés de Creta

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA
DE
PROFESORES
MADRID

HOMILIAS MARIANAS

Introducción, traducción y notas de
Guillermo Pons Pons

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

© 1995, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-86987-88-1
Depósito Legal: M-23179-1995

Impreso en España - Printed in Spain

Fotocomposición: MCF Textos, S.A.
Imprime: Gráficas Dehón

INTRODUCCIÓN

San Andrés de Creta

Las noticias acerca de la vida del obispo Andrés de Creta no son abundantes y provienen de fuentes que datan del siglo X [1]. Son como unas simples pinceladas, pero que no carecen de colorido y vivacidad. A través de las homilías y composiciones poéticas del santo es como mejor se nos manifiesta su espíritu impregnado de sensibilidad y devoción.

Se le conoce como Andrés Cretense por haber sido obispo de Gortina en la isla de Creta, pero en el Oriente cristiano también se le designa como Andrés de Jerusalén por haber permanecido varios años como monje en la Ciudad Santa. Su nacimiento fue en Damasco hacia el año 660. Su padre se llamaba Jorge y su madre Gregoria. Por entonces Siria y Palestina estaban ya en poder de los musulmanes, pero la cristiandad de esas regiones era eminentemente griega y se sentía muy vinculada con el todavía vigoroso Imperio bizantino.

Se dice que, de niño, Andrés era mudo o que, por lo menos, experimentaba dificultad en el hablar, pero

1. Acerca de la vida de san Andrés de Creta, véase: *Bibliotheca Sanctorum* (Roma), I, c. 1142; *Sinaxario Constantinopol.*, c. 1018; S. VAILHE, S. *Andreas de Crete*, «Echos d'Orient», V (1902) pp. 378-387; *Dictionaire d'Hagiographie*, Paris 1925 «ad vocem».

que, al recibir la Sagrada Eucaristía, quedó totalmente liberado de tal impedimento. Aquel que hizo hablar a los mudos [2] le tenía destinado a ensalzar con bellas palabras las grandezas de Dios [3] y a proclamar bienaventurada a la Madre del Señor [4].

A los catorce o quince años de edad sus padres le condujeron a la famosa basílica denominada de la «Anástasis» o del «Santo Sepulcro» en Jerusalén, donde Andrés abrazó la vida monástica. Fue ayudante o adjunto del administrador de este venerable santuario y por el año 685, en compañía de otros monjes, fue enviado a Constantinopla a fin de transmitir la adhesión de la Iglesia de Jerusalén a los decretos del sexto concilio ecuménico en el que se condenó la herejía del monotelismo. Desde entonces Andrés permaneció en la ciudad imperal, donde fue ordenado diácono e incorporado a la basílica de Santa Sofía. Allí se le confió la responsabilidad de dirigir primero un orfanato y después un asilo de ancianos.

Hacia el año 700 Andrés fue designado arzobispo de Gortina, sede metropolitana de Creta. Su labor pastoral fue prolongada e intensa, distinguiéndose por su decidida oposición a la iconoclastia [5]. Fundó en la isla diversas instituciones asistenciales, así como un santuario dedicado a María con el título de «la Fuen-

2. Cf. Mc 7, 37.
3. Cf. Hch 2, 11.
4. Cf. Lc 1, 48.
5. No debe confundirse a nuestro san Andrés con el mártir Andrés de Creta, que murió al final del reinado del emperador iconoclasta Constantino V Coprónimo. De este mártir hace memoria el Martirologio Romano el día 20 de Octubre.

te Viva», semejante al de Blakernes en Constantinopla.

Cuando los árabes invadieron la isla de Creta, el arzobispo de Gortina fue el alma de la resistencia y pudo obtenerse, por el momento, la liberación del dominio musulmán. Hicieron después su aparición en la isla las calamidades del hambre y de la peste y el anciano prelado no dudó en emprender viaje a Constantinopla con el fin de obtener recursos para prestar ayuda a su pueblo. Cuando estaba ya de regreso, la nave en la que viajaba se detuvo en el puerto de Erisso, de la isla de Lesbos, donde el santo obispo entregó su alma a Dios el 4 de Julio del año 740 [6].

Las homilías de san Andrés

A comienzos del siglo VIII florecieron en la Iglesia bizantina obispos muy celosos y elocuentes y monjes muy prestigiosos por su sabiduría y piedad. A pesar de la distancia en el tiempo y en la ambientación cultural, los tratados teológicos y las homilías de esos varones esclarecidos aún actualmente resultan de provecho para quienes emprenden su lectura con espíritu de piedad.

Tres nombres destacan con singular relieve: san Juan Damasceno (676-749), san Germán de Constantinopla (638-733) y san Andrés de Creta (660-740). A este último pertenecen las ocho homilías marianas que figu-

6. El 4 de Julio se celebra su fiesta en el rito bizantino. El Martirologio Romano no lo menciona, probablemente por haberlo confundido sus redactores con el santo homónimo del 20 de Octubre.

ran en la Patrología de Migne y cuya traducción castellana se ofrece ahora por primera vez. Otros sermones cristológicos del santo tienen como tema la circuncisión del Señor, la Transfiguración y la Exaltación de la Santa Cruz. Existen otras homilías suyas sobre diversos pasajes evangélicos y sobre algunos santos, como san Tito, san Jorge, san Nicolás y los mártires de Creta. Andrés de Creta también se distinguió como poeta compositor de himnos litúrgicos, siendo el más famoso de ellos el «Gran Canon penitencial» que sigue cantándose en los oficios del rito bizantino durante la Cuaresma.

El estilo de todos los sermones de san Andrés es muy cuidado y armonioso. Las antítesis y los juegos de palabras son frecuentes y a veces difícilmente traducibles. El autor se esfuerza en precisar bien los conceptos teológicos y en no dejarse llevar por la imaginación y los relatos de la literatura apócrifa. En este aspecto es más sobrio que su contemporáneo Germán de Constantinopla. Los sermones del prelado cretense están bien trabajados y corresponden a festividades muy solemnizadas. Es posible que después de haberlos pronunciado fueran perfilados en vistas a su transmisión literaria. Su gran difusión en abundantes códices y diversas traducciones indica que la oratoria del obispo de Gortina era muy valorada [7]. Es significativo que Andrés de Creta fuera también himnógrafo. En sus sermones sabe conjugar la instrucción del pueblo y la alabanza divina. Las homilías marianas del santo contienen abundante doctrina y manifiestan una honda y sentida devoción a la Madre de Dios.

7. A. OLIVAR, *La predicación cristiana antigua*, Herder, Barcelona 1991, p. 225.

Doctrina mariana

De las ocho homilías marianas que traducimos, cuatro tratan de la Natividad de María, una de la Anunciación y tres de la Dormición, o sea de la Asunción de la Virgen al cielo. El santo obispo se esfuerza en precisar bien los conceptos teológicos y, sin renunciar a un lenguaje florido y elegante, presenta con nitidez la doctrina cristológica, base y fundamento de sus enseñanzas acerca de la Virgen. La Madre del Señor es contemplada a la luz del misterio de Cristo y aparece como elegida por Dios de un modo único y singular, de tal manera que ella viene a ser un «paraíso espiritual» [8] y poseedora de la «nobleza original» que el ser humano había perdido con el pecado de Adán. María ha intervenido en la realización del misterio de la Encarnación, ha albergado en su seno el Verbo, Sabiduría Eterna, al que los cielos no pueden abarcar. La Madre del Señor, en razón de su excelsa misión y de su plenitud de gracia, nunca se apartará de su divino Hijo, participando en su obra salvadora. Ella ha sido conducida, en cuerpo y alma, a las moradas eternas, pero nunca se desentenderá de la Iglesia que peregrina en la tierra.

Todas estas intuiciones y certidumbres de la fe de la Iglesia aparecen analizadas y, sobre todo, proclamadas y enaltecidas en la ferviente oratoria de san Andrés de Creta, el cual, en la constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II es considerado como uno de los Padres que han venido a ser testigos de la fe de

8. Homilía de la Anunciación, p. 109. Desde ahora las citas de las homilías marianas de san Andrés de Creta se refieren a la presente edición en versión castellana.

la Iglesia en la Inmaculada Concepción de María, en su intercesión a favor de los fieles y en su Asunción en cuerpo y alma a la gloria del cielo [9].

Inmaculada Concepción

El concepto de plenitud de gracia en María y el de su enemistad radical con el Maligno han llevado a la Iglesia hacia la fe, explícitamente proclamada, en su concepción sin mancha, es decir, con la total exención del pecado original. Esta verdad se halla contenida, de un modo implícito, en las rotundas afirmaciones acerca de la santidad de María que no conoce límites. Estas expresiones se hallan constantemente en los escritos de los Santos Padres.

Es cierto que en Oriente la doctrina sobre el pecado original no estaba expresada con la precisión de conceptos con que aparece en san Agustín y en los teólogos posteriores de Occidente. Por eso no hallamos en los Padres orientales del siglo VIII afirmaciones explícitas acerca de una tal exención de culpa original; pero no cabe duda de que las alabanzas acerca de la excelsa santidad de la Madre de Dios implican su total preservación del pecado de origen.

San Andrés de Creta se nos muestra como uno de los principales heraldos de la limpieza inmaculada de María y de su eximia vinculación con el Señor. Se muestra del todo convencido de que María fue plenamente santa ya en el inicio de su existencia. Ella, como Adán en un principio, fue formada de una «tierra virgen e incontaminada»; ella «es la Virgen pura totalmente in-

9. *Lumen gentium* VIII, 56, 59, 62.

maculada *(hyperámomon)* y escogida singularmente de entre toda la creación...» [10]. Comentando las bendiciones de Jacob [11] y las profecías de Isaías [12], dice el santo: «Del brote has subido, hijo mío. El brote, oh carísimo, con toda propiedad y, atendiendo al contexto, debes entender que es únicamente la santa más excelsa en santidad que todos los santos y la única que fue considerada toda pura por Aquel que habitó en ella...» [13].

El superlativo *hyperámomos* del adjetivo que significa «inmaculada» aparece frecuentemente. En la primera homilía de la Natividad nos presenta a la «virgen pura, totalmente inmaculada» bajo el símil de la tierra con la que ha de ser formado el segundo Adán, que es Cristo [14]. Mencionando una tradición divulgada por los apócrifos, dice san Andrés que de unos padres ancianos y estériles «brotó para nosotros un fruto glorioso, que es esta Virgen del todo inmaculada» [15].

A María aplica el santo en diversos lugares el texto del Cantar de los Cantares, que dice: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna* [16]. El orador está plenamente convencido de la total exención de cualquier mancha de pecado en aquella que estaba destinada a ser la Madre de Dios, lo cual expresa de forma positiva con multitud de símbolos e imágenes que aluden a la eximia belleza mortal que se manifiesta en la Virgen.

10. Hom. I de la Natividad, p. 35.
11. Cf. Gn 49, 9.
12. Cf. Is 11, 1.
13. Hom. II de la Natividad, p. 51.
14. Hom. I de la Natividad, pp. 34-35.
15. Ibid., p. 36.
16. Ct 4, 7. Hom. IV de la Natividad, p. 86 y III de la Dormición, p. 167.

En el contexto del inefable misterio de la encarnación del Verbo se nos muestra la bellísima figura de María: «Esta mujer fue dotada de una hermosura espiritual tan extraordinaria y peculiar, que Cristo, que es la inexpresable hermosura, se ha prendado de esta belleza y ha escogido a esta singular criatura para madre suya en su segundo nacimiento, que se ha realizado sin obra de padre» [17].

En una homilía de la Asunción se insiste de nuevo en la total exención de pecado y en los dones extraordinarios de la Virgen: «Ella posee un nombre sagrado, ha sido llamada por Dios, está absolutamente libre de toda mancha y, con la magnificencia de su augusto tránsito, ha llenado de gloria y de gracia el cielo y la tierra» [18].

Natividad de María

Cuando, durante los años de su juventud, Andrés residía en Jerusalén, sin duda debió participar en la fiesta de la Natividad de la Virgen, que se celebraba en el santuario instituido en el lugar donde se pensaba que había estado la casa de Joaquín y Ana, junto a la piscina probática, o sea de las ovejas, de acuerdo con las noticias de lo apócrifos que afirman que el padre de María poseía rebaños de ganado ovino.

Estos escritos y especialmente el llamado protoevangelio de Santiago han ejercido un notable influjo en la literatura y el arte e incluso en las obras de los San-

17. Hom. IV de la Natividad, pp. 94-95.
18. Hom. I de la Dormición, p. 145.

tos Padres. Su valor no consiste en aportar datos históricos, sino en ser testimonios de la fe y la piedad de los fieles de los primeros tiempos, pues algunas de estas obras se remontan al siglo II. San Andrés de Creta asume algunos datos de esa literatura, al tratar del nacimiento y de la asunción de María, pero no se detiene mucho en tales relatos, sino que solamente los menciona y a partir de ellos expone ideas y reflexiones de orden teológico y espiritual.

En su primera homilía sobre el nacimiento de la Virgen es donde da mayor cabida a ciertas noticias provenientes del protoevangelio de Santiago. Los padres de María son presentados como modelo de virtudes: «Joaquín era un varón afable, virtuoso y cumplidor de las divinas leyes (...), Ana, a su vez, amaba a Dios y era modesta, pero al propio tiempo era estéril...» [19]. Dios les concedió la más excelente bendición con el nacimiento de María. La prodigiosa maternidad de Ana iba encaminada hacia la maternidad virginal de su hija: El Señor realizaba «en su abuela una maravilla nueva, haciendo que la estéril se convirtiese en madre, para después transformar las leyes de la naturaleza en el caso de su propia Madre» [20], que virginalmente concebiría y daría a luz al Verbo encarnado.

Se menciona asimismo en esta primera homilía, la presentación de la Virgen en el templo, en el que permanecería hasta sus desposorios. Ella residía «en el lugar más principal del santuario», donde «era alimentada con celestial ambrosía» [21]. La entrada de María en el Santo

19. Hom. I de la Natividad, p. 35.
20. Hom. III de la Natividad, p. 77.
21. Hom. I de la Natividad, p. 36.

de los santos es un tema al que la Iglesia bizantina concede gran atención por su profundo simbolismo. En la fiesta del ingreso de María en el templo (21 de Noviembre) la liturgia griega se expresa así: «Hoy nos regocijamos los fieles con salmos y con himnos, cantando al Señor y honrando también a su tabernáculo santificado, el arca viviente, que contiene al Verbo incontenible, porque Ella, nacida maravillosamente de carne, se ofrece a Dios; Zacarías, el sumo sacerdote, la recibe como morada de Dios» [22].

En la segunda homilía de la Natividad san Andrés destaca la ascendencia davídica de María y analiza las profecías mesiánicas. Comentando algunos versículos de las bendiciones de Jacob [23], dice que el Mesías «se puso una vestidura tejida por Dios cuando se vistió con nuestra carne, tomándola de nosotros y tiñéndola espiritualmente de regia púrpura con sangre purísima y virginal»[24].

La tercera homilía sobre el mismo tema se detiene en el estudio de las genealogías evangélicas de Cristo y del matrimonio de José y María. La fiesta del nacimiento de la Virgen es considerada como el inicio de los misterios cristológicos: «Convenía, efectivamente, que fuera preparado el palacio y así el rey pudiera hacerse presente. Convenía que fueran tejidos primero los regios pañales, para que naciera el niño que es rey. Convenía, en fin, que antes fuera amasada la arcilla, para que luego viniera el alfarero» [25].

22. *Anthologuion* (Oficios del rito bizantino), Roma 1967, t. I, pp. 1003-1004.

23. Cf. Gn 49, 11.

24. Hom. II de la Natividad, p. 57.

25. Hom. III de la Natividad, p. 76.

La última de las homilías de la Natividad destaca por ser como un espléndido tejido de figuras bíblicas en las que se vislumbra a la Madre del Señor: «No es posible que si uno va recorriendo la Escritura divinamente inspirada, no encuentre por todas partes cosas que se refieren a María y, si tú mismo tomas con interés esta labor, verás muy claramente cuán grande es la gloria que el Señor le ha concedido» [26].

La Anunciación

La homilía pronunciada en la fiesta de la Anunciación, celebrada ya entonces el 25 de Marzo, es un magnífico cántico al misterio de la Encarnación del Verbo, que transforma todo el panorama de la humanidad caída. El anuncio del ángel Gabriel trae al mundo la buena nueva del gozo. Con Eva se perdió la alegría; con María se recupera de un modo mucho más excelente: «¿Cuándo ha tenido o tendrá jamás un gozo tan grande la naturaleza humana, sino al hacerse partícipe de la naturaleza divina y producirse una unión tan íntima y singular con la misma sustancia divina? ¿Qué puede haber más admirable que el contemplar que Dios haya condescendido a entrar en el seno materno de una mujer?» [27].

Al final de la homilía aparece una larga serie de invocaciones a María que se inician con la voz de la salutación angélica *Jaire,* palabra que es expresiva de gozo y de felicitación. Este género literario se cono-

26. Hom. IV de la Natividad, pp. 83-84.
27. Hom. de la Anunciación, p. 104.

ce como *Khairetismoi* y se inicia ya con san Cirilo de Alejandría († 444) y Teodoto de Ancira († 446). Tuvo un gran éxito y se desarrolló tanto en la liturgia como en la predicación, especialmente en la Iglesia bizantina.

María, descendiente del rey David, ha de dar a luz a Aquel a quien se dará el solio davídico, que reinará en la casa de Jacob para siempre [28] y que será proclamado rey de Israel [29]. La púrpura que, según la tradición de los apócrifos, estaba tejiendo María al recibir el anuncio angélico en su casa de Nazaret, es el símbolo de la realeza y viene aquí a significar que ella es escogida para que, en su seno virginal, el Rey de la gloria se revista de nuestra naturaleza y tome posesión del trono de David. Esta vestidura de púrpura que la Virgen proporciona a su divino Hijo, había comenzado a tejerse cuando ella fue concebida. San Andrés de Creta en el «Canon de la concepción de santa Ana, la abuela divina» lo expresa así: «En tu seno, oh Ana, empezó a tejerse aquella púrpura regia con la que se vistió el Señor, rey del universo, cuando se hizo visible a los hombres, para humillar a los adversarios que nos combatían» [30].

En una homilía de la Transfiguración del Señor el prelado cretense se pregunta: «¿Qué será el contemplar la esencia divina sin velo alguno, si resulta tan maravilloso el ver, como la veían los discípulos, aquella santa túnica tejida maravillosamente con la sangre virginal por el Espíritu Santo?» [31].

28. Cf. Lc 1, 32-33 y Hom. de la Anunciación, p. 114.
29. Cf. Jn 1, 49 y Hom. de la Anunciación, p. 103.
30. PG 97, 1313.
31. PG 97, 949.

María, la Virgen

San Epifanio de Salamina († 403) dieciséis veces aplica a María el calificativo de «virgen perpetua» [32] y, atestiguando la firme convicción de fe que desde un principio ha tenido la Iglesia acerca de la virginidad de la Madre del Señor, el obispo de Salamina formula esta pregunta: «¿Cuándo y en qué época ha osado nadie pronunciar el nombre de María sin añadir al punto, si es preguntado, la Virgen?» [33]. San Andrés de Creta en sus sermones menciona muchas veces la virginidad de María y lo hace con palabras llenas de fe y devoción.

En la homilía de la Anunciación dice que «la hermosura de esta virginidad (de María) ha resultado tan agradable a Dios, que ha escogido a esta doncella, como rosa surgida entre espinas...» [34]. Acerca del parto virginal se expresa así: «Bendita eres verdaderamente, tú que, escogida entre todos y preparada de antemano como madre de tu Creador, quedaste libre de lo que es común a toda maternidad, pues tu singular virginidad no ha sido destruida por ser madre y por dar a luz, puesto que Aquel que es fruto virginal de tu seno ha conservado incólumes los sellos de tu pureza» [35].

La incorrupción en el sepulcro y la asunción al cielo del cuerpo virginal de María guardan una estrecha vinculación con el misterio de su perpetua virginidad: «Así como, al dar a luz, su seno no perdió la integridad, así

32. *Nuevo diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, p. 2020.

33. *Contra las herejías*, PG 42, 706-707.

34. Hom. de la Anunciación, p. 103.

35. Ibid., p. 108.

también, al morir, no pereció su carne. ¡Oh qué gran maravilla! No aparece la corrupción en su parto, ni tampoco en su sepultura» [36].

La Asunción

Tres homilías de san Andrés acerca de la asunción de María aparecen en la Patrología de Migne. Las tres guardan relación entre sí y se complementan. En la primera se comenta un relato apócrifo que se atribuía a Dionisio el Areopagita y que por eso gozaba de singular consideración. También se hace especial referencia al santuario de la Dormición, ubicado en el valle del Cedrón, junto al huerto de los Olivos: «En Getsemaní hallaréis una magnífica iglesia, muy hermosa, bien dispuesta y adornada. En esta excelsa y sagrada mansión observa el santo aposento nupcial y virgíneo de la Madre de Dios» [37]. Se refiere al sepulcro vacío de Nuestra Señora, el cual había permanecido mucho tiempo bajo la custodia de judeocristianos y que, al pasar a la jurisdicción de la Iglesia bizantina, fue objeto de una extraordinaria veneración y propició que la fiesta de la Dormición se celebrará por todas partes con gran solemnidad.

El santo afirma no querer escudriñar irrespetuosamente la escatología mariana. En un pasaje del sermón, insinúa el que María haya descendido quizá a los infiernos por un breve tiempo, a imitación del descenso de Cristo al lugar de los muertos [38].

36. Hom. II de la Dormición, p. 152.
37. Hom. I de la Dormición, p. 136.
38. Cf. Ibid., pp. 126-127.

En la homilía segunda de la Dormición, según el orden de Migne, el predicador examina detalladamente el sentido teológico del misterio que se celebra y dice: «La que de un modo admirable pudo contener en la pequeñez de su seno a Dios, que es ilimitado en su grandeza, hoy, tendida sobre un lecho delimitado y pequeño, al celebrarse sus exequias, es transportada por manos de santos» [39].

La homilía tercera, que probablemente sea continuación de la primera, viene a ser un himno triunfal para el sagrado tránsito de la Virgen. Al concluir el discurso el orador exclama: «Estos son, oh Madre de Dios, los misterios de tu gloriosa Dormición; ésta es la sagrada traslación del tabernáculo al que el mismo Dios tributa las honras fúnebres que corresponden a su Madre» [40].

Realeza y protección

Tiene una muy amplia significación el título de «reina» con el que María es aclamada e invocada ya desde los primeros siglos. Como Madre del Mesías Rey, a la Virgen le corresponden algunas de las connotaciones de la *Guebirâh* o reina madre, que en los países del oriente bíblico era la mujer de más conspicua dignidad. En la Madre del Señor, sin embargo, la realeza adquiere unas características evangélicas y sobrenaturales que superan todos los modelos humanos.

San Andrés de Creta es uno de los Padres que más se distingue en la proclamación de la realeza de María.

39. Hom. II de la Dormición, p. 156.
40. Hom. III de la Dormición, p. 173.

A ella aplica las palabras del salmo 44: «A tu derecha está la Reina con vestido recamado de oro y con variedad de adornos» [41]. Es significativo que el santo predicador nos presente a la Iglesia reina festejando a María, la Reina que sube al cielo: «La Iglesia, reina de la multitud de los creyentes, acompaña hoy en triunfo y ofrece con regocijo sus mejores obsequios a la Reina de todo el género humano, a la que Dios, rey y señor del universo, con triunfal magnificencia constituye reina de los cielos» [42].

En la escatología de la Virgen se une lo corporal y terreno con lo espiritual y celeste, «para rendir homenaje a la Reina que va por delante del género humano y es triunfalmente aclamada» [43].

La Virgen, por razón de haberse realizado en ella el gran misterio de la encarnación del Rey de los siglos, es designada como «púrpura divinamente tejida, vestidura regia, indumento preciosamente adornado, manto recamado de oro, inefable lazo de unión con la púrpura espiritual del Verbo, diadema del reino de sacerdotal dignidad, trono excelso, puerta la más encumbrada de los cielos, reina de todo el género humano» [44]. Se trata de unos conceptos y epítetos que hacen clara referencia a la dignidad real.

A veces Andrés de Creta alude a la dignidad regia de María en relación con su ascendencia davídica: «Oh Judea, congrega a tus hijos, ensalza a la Reina que desciende de la estirpe de Judá» [45]; «Dichosa la casa de

41. Hom. IV de la Natividad, p. 86.
42. Hom. II de la Dormición, p. 150.
43. Ibid., p. 156.
44. Hom. III de la Dormición, p. 167.
45. Ibid., p. 170.

David de cuya descendencia has nacido tú, la Madre de Dios» [46]. *Regali ex progenie Maria exorta refulget* son las palabras con las que se inicia una antigua y preciosa antífona de la liturgia romana en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

María, asunta al cielo, no se ha alejado de la Iglesia peregrina. Intercede en favor nuestro y es para todos refugio y protección, como consecuencia de haber sido elegida para ser la Madre del Salvador: «Esta mujer elegida es María la Madre de Dios; refugio de todos los cristianos; primera reparación de la primera caída de nuestros primeros padres» [47].

Al concluir el último de sus sermones de la Asunción, san Andrés exclama: «¡Oh suministradora de vida, vida de los vivientes y fuente de vida! (...) ¡Oh tú, la que no separas, sino que con vínculo indisoluble unes con Dios a la humanidad que se hallaba separada de Él! (...) ¡Oh refugio y fortaleza de la fe cristiana y defensa de los que en ti ponen su esperanza!» [48].

Resplandores eucarísticos

Partiendo de los conceptos y figuras que aparecen en las cartas de san Pablo [49] en relación con las nociones de «masa» y «levadura», san Andrés nos dice que Cristo es la levadura que nos ha llegado a través de la Virgen (recuérdese la parábola evangélica de una

46. Ibid., p. 171.
47. Hom. IV de la Natividad, p. 95.
48. Hom. III de la Dormición, pp. 174-175.
49. Cf. 1 Co 5, 6-8; Ga 5, 9.

mujer que mete la levadura en tres medidas de harina [50]) y, sin sufrir menoscabo alguno por razón del contacto con la masa, «se convierte en pan para la restauración del género humano» [51]. Teniendo en cuenta que Jesús es el que dice: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come de este pan vivirá eternamente* [52], no es de extrañar que desde el concepto de regeneración se pase a las consideraciones sobre el mistero eucarístico.

El santo predicador se dirige a la Virgen, exclamando: «Bendita tú entre las mujeres, campo cultivado por Dios, que nos has dado la espiga de la vida, nacida sin simiente (...). Bendita tú entre todas las mujeres, oh espiritual Belén que, por voluntad divina y con el concurso de la naturaleza, has sido constituida y llamada la muy espiritual casa del pan de vida...» [53].

En otro lugar, comentando las palabras «bendito el fruto de tu vientre», dice el santo: «Bendito el fruto del que brotan las fuentes del agua que salta hasta la vida eterna [54], fruto del que procede el pan de vida, que es el cuerpo del Señor, y el cáliz de inmortalidad, que es bebida de salvación» [55].

Acudiendo al texto de los proverbios que dice: «La sabiduría se edificó una casa y preparó la mesa» [56], san Andrés afirma que la Virgen es esta casa y que tam-

50. Cf. Mt 13, 33.
51. Hom. I de la Natividad, p. 31.
52. Jn 6, 51.
53. Hom. IV de la Natividad, p. 83.
54. Cf. Jn 4, 14.
55. Hom. de la Anunciación, p. 110.
56. Cf. Pr 9, 1-2.

bién es la mesa, porque «llevó en su seno al que es el pan de vida» [57].

* * *

La presente traducción castellana de las «Homilías marianas» de san Andrés de Creta, se ha realizado sobre el texto griego que aparece en la Patrología de Migne, serie griega, tomo 97, cols. 805-914 y 1045-1110.

57. Hom. II de la Dormición, p. 155.

Andrés de Creta

HOMILÍAS MARIANAS

HOMILÍA I

PANEGÍRICO DEL NACIMIENTO DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

La presente festividad es para nosotros el principio de las solemnidades [1]. Es coronamiento, por lo que concierne a la ley y a las sombras [2] y es una puerta de entrada, por lo que se refiere a la gracia y a la verdad [3]. Es también mediana y postrera, pues, además de ser el inicio de la culminación de la ley, es lazo de unión entre los extremos y asimismo es acabamiento en cuanto a la plena manifestación de la verdad. Efectivamente, *el fin de la ley es Cristo* [4], quien en tanto nos exime de la letra, en cuanto nos aproxima al espíritu [5] y en esto consiste la consumación: en que el mismo que instituyó la ley diera cumplimiento a todo, pasando de la letra al espíritu, recapitulando en sí mismo todas las cosas [6], viviendo bajo la ley con la gracia, sometiendo a la misma

1. La Natividad de María puede ser considerada como la primera de las festividades cristianas, porque el nacimiento de la Virgen cronológicamente se encuentra en los inicios de la realización de los misterios salvíficos. Además se celebra a principios de Septiembre, que es el primer mes del calendario bizantino.
2. Cf. Hb 10, 1.
3. Cf. Jn 1, 17.
4. Rm 10, 4.
5. Cf. Rm 2, 27ss; 2 Co 3, 5.
6. Cf. Ef 1, 10.

ley y enlazándola armoniosamente con la gracia, sin confundir lo propio de una con lo de la otra, antes bien, transformando en fácil y libre lo que era arduo y dificultoso y propio de siervos, para que ya no estemos sometidos a los elementos del mundo, como dice el Apóstol, ni estemos sujetos bajo el yugo de la esclavitud de la letra de la ley [7].

Aquí hallamos el resumen de los beneficios de Cristo para con nosotros, la manifestación de los misterios y la transformación de la naturaleza: Dios se hace hombre y al hombre se le concede la deificación. En efecto, a la resplandeciente y manifiesta presencia de Dios entre los hombres, por estar tan llena de maravillas, le correspondía una introducción gozosa, que precediera al gran don de nuestra salvación. La presente solemnidad del nacimiento de la Madre de Dios viene a ser un preludio, y la perfecta unión del Verbo con la carne es el término. En consecuencia, esta noticia extraordinaria, constantemente recordada, resulta oscura y difícil de comprender por encima de los otros milagos, manifestándose en cuanto se oculta y ocultándose en cuanto se manifiesta.

Así pues, este bienaventurado comienzo de las festividades, que lleva en la cabeza la luz de la virginidad, que ostenta una corona de flores espirituales recogidas en los prados de la Escritura y que está llena de la gracia divina, ofrece al universo una general alegría, diciendo: tened confianza, hoy es la fiesta natalicia y la restauración del género humano. Nace la Virgen y es cuidada, modelada y preparada para ser la Madre de Dios, el Rey soberano de los siglos. La que desciende de David nos reune hoy junto con su pro-

7. Cf. Ga 4, 3-7.

genitor en un espiritual encuentro, presentándonos ella, como Madre de Dios, su natividad adornada de dones divinos y mostrándonos él la felicidad de su linaje y una nueva y muy excelente familiaridad de los hombres con Dios. ¡Oh que maravilla! Ella es mediadora entre la sublimidad divina y la baja condición de la carne y es constituída madre del Creador. David anuncia lo que ha de acaecer, como si ya fuera presente y recibe con juramento, de parte de Dios, una gloriosa perpetuidad y la conservación de su descendencia natural.

Por tanto, con razón se ha de celebrar el misterio de este día y a la madre del que es la Palabra de Dios se ha de ofrecer también el obsequio de las palabras, porque ella en nada se complace tanto como en la Palabra y en la reverencia prestada por medio de las palabras. Así pues, de aquí se deriva para nosotros, los humanos, una doble ventaja: lo que nos lleva hacia la verdad y lo que nos aparta de la servidumbre de permanecer bajo la letra de la ley. ¿Cómo y de qué manera? Retirándose las sombras con la llegada de la luz e instaurándose, por la gracia, la libertad en lugar de la letra. La presente solemnidad es como la frontera entre estas cosas, poniendo la verdad en lugar de las figuras y símbolos y sustituyendo lo viejo por lo nuevo. Esto es lo que proclamó también Pablo, como trompeta divina del Espíritu, diciendo: *Si hay en Cristo una nueva creatura, vosotros sois renovados; lo viejo pasó, todo se ha hecho nuevo* [8]. *La ley nada condujo a la perfección, sino que fue sólo introducción a una esperanza mejor, mediante la cual nos acercamos a Dios* [9]

8. 2 Co 5, 17.
9. Hb 7, 19.

y, en consecuencia, la verdad de la gracia apareció manifiestamente y el mismo autor de la ley, de un modo inefable, abajándose hasta el extremo, se hizo hombre, según estaba dispuesto de antemano, para completar lo que faltaba y poner, en lugar de lo inferior, lo más excelente y lo más perfecto. Esto mismo, a su vez, quería significar el excelso Juan, resonante teólogo del Verbo, manifestándolo con claridad, al decir: *De su plenitud todos nosotros hemos recibido y gracia por gracia* [10].

Rebajándose el Hijo de Dios y tomando maravillosamente nuestra forma, nosotros hemos recibido la plenitud y, por este cambio y asunción de nuestro barro, nosotros hemos sido divinamente enriquecidos. Alégrense hoy en verdad todas las cosas y salte de gozo la naturaleza. *Exulte el cielo desde arriba y las nubes derramen la justicia; los montes destilen dulzura y regocíjense las colinas* [11], porque el Señor ha tenido misericordia de su pueblo, *habiendo suscitado para nosotros, en la casa de David su siervo, una fuerza de salvación* [12] que es esta Virgen purísima, que no conoció varón y de la cual nació Cristo, salvación y esperanza de los pueblos. Cante a coro, pues, ahora toda alma justa y la naturaleza convoque a todas las creaturas, por motivo de la renovación y restauración de sí misma. Corran presurosas las estériles, pues la que era infecunda y no tenía hijos ha dado a luz a la Virgen, hija de Dios. Salten de alegría las madres, pues la que no tenía descendencia ha dado a luz a la que es madre y virgen intacta. Alégrense las vírgenes, pues la tierra no sembra-

10. Jn 1, 16.
11. Cf. Is 45, 8; Jl 3, 18; Am 9, 13.
12. Lc 1, 69.

da ha producido, de un modo inefable, al que, sin mutación alguna, procede del Padre. Anímense las mujeres, pues la mujer que antiguamente había dado ocasión al pecado, ahora ha ofrecido las primicias de la salvación y la que primitivamente fue condenada, ahora es manifestada, por juicio de Dios, como madre que no conoce varón y como elegida por el Creador para la restauración del género humano.

Cante, pues, himnos toda la creación y entone cánticos que contribuyan, con alguna competente alabanza, a ensalzar este día. Realícese hoy una celebración común, por parte de los seres del cielo y de la tierra, y celebre fiesta conjuntamente todo cuanto está en el mundo y fuera de él, pues hoy ha sido construído el santuario creado del Creador de todo y, de un modo nuevo y excelente, una creatura es preparada como sagrado albergue para el Creador. La naturaleza que antes estaba desterrada, recibe hoy el comienzo de su divinización [13] y el polvo corre veloz a encumbrarse en lo más alto de la gloria. Hoy Adán, al ofrecer a Dios, por nosotros, la primicia que proviene de nosotros mismos, presenta como tal a María y aquella primicia que no ha quedado revuelta entre la masa (o sea Jesús), a través de María se convierte en pan para la restauración del género humano [14].

13. La divinización es un concepto muy apreciado por los Santos Padres griegos y que relacionan de un modo muy singular con el misterio de la Encarnación.

14. Aquí san Andrés, partiendo de unos conceptos desarrollados por san Pablo, bajo el símbolo de la levadura y la masa, (cf. 1 Co 5, 6; Ga 5, 9) presenta a Jesús, que a través de María, es introducido en la masa humana, sin contaminación alguna, y que obra en ella con la eficacia de la levadura y también es para nosotros pan de vida eterna.

Hoy es revelado el misterio del augusto seno virginal y la Iglesia, como corresponde a una esposa, se reviste con las invioladas perlas de la verdadera incorrupción. Hoy la genuína nobleza de los hombres recibe el don de la primitiva imagen divina, regresando hacia ese modelo, y aquellos, cuya hermosura había quedado oscurecida a causa de una viciosa bajeza, obtienen una excelente y divina configuración, al nacer, dentro de la humana naturaleza, la madre del que está lleno de hermosura. Así se efectúa una total restauración, basada en una renovación, en una divinización y en una asimilación a lo antiguo. Hoy la estéril se convierte en madre, contra todo cuanto podía esperarse, y la que, sin intervención paterna, es madre de un hijo, proveniendo ella de unas entrañas infecundas, ha santificado la generación natural. Hoy ha aparecido el magnífico color de la divina púrpura y la pobre naturaleza humana ha sido revestida con la dignidada real. Hoy, de acuerdo con las profecías, el retoño de David ha germinado [15] y la vara de Aarón, siempre lozana, ha fructificado [16], al florecer, para nosotros, el cetro del poder, que es Cristo.

Hoy una joven virgen, que desciende de Judá y de David, ha trazado el diseño del reino y del sacerdocio de Aquel que es sacerdote según el orden de Melquisedec [17]. Hoy la gracia, habiendo blanqueado el místico efod del sacerdocio sagrado [18], acabó el tejido que iniciara típicamente el linaje levítico y Dios decoró la púrpura real con sangre davídica. En resumen, hoy em-

15. Cf. Is 11, 1.
16. Cf. Nm 17, 23; Hb 9, 4.
17. Cf. Hb 5, 5-7; 7, 1ss.
18. Cf. Ex 28, 6ss.; 29, 5.

pieza la reforma de nuestra naturaleza y el mundo envejecido, tomando una configuración divina, recibe, por obra de Dios, los preámbulos de una nueva creación. Efectivamente, la primitiva formación del hombre por Dios se realizó con una tierra pura e incontaminada, pero la naturaleza, despojada de la gracia a causa de la caída en la desobediencia, por la que fuimos arrojados del lugar de la vida, destruyó su propia dignidad y, en cuanto a las delicias del paraíso, que eran como una herencia paterna que nos había sido entregada, las cambió por una vida corruptible, de la que deriva la muerte y de ésta la corrupción de la misma naturaleza, y como además todos preferían la tierra al cielo, había desaparecido toda esperanza de salvación y la naturaleza estaba necesitada de un supremo auxilio. Ninguna ley era capaz de poner remedio a la enfermedad, ni la ley natural, ni la escrita, ni tampoco servía la palabra encendida y reformadora de los profetas, ni nadie supo como restaurar la naturaleza humana, ni era posible devolverle su antigua nobleza. Dios, sin embargo, excelso creador de todas las cosas, decidió oportunamente que apareciera, por así decirlo, otro mundo de nuevo origen, totalmente armonioso y como recién acabado de fabricar; asimismo se propuso detener la irrupción y ataque del antiguo pecado, del que procede la muerte, y así a nosotros, ciertamente ya regenerados por el divino nacimiento del bautismo, ofrecernos una vida libre y ajena a toda servidumbre.

¿De qué modo podía llegar a nosotros este grande y maravilloso beneficio, a no ser que Dios mismo se nos manifestara en la carne y consintiera en vivir, como lo hizo, de un modo nuevo y semejante a nuestra condición? ¿Cómo se habría podido, además, llevar a cabo todo esto, si una virgen pura e intacta no hubiera estado primero al servicio del misterio y después, me-

diante una ley que supera todas las leyes de la naturaleza, no hubiera llevado en su seno al que está por encima de toda sustancia? ¿En qué otra virgen se puede pensar, a este respecto, sino sólo en aquella a la que, entre todas las generaciones, escogió el Creador de la naturaleza? Esta es la Madre de Dios, María, cuyo nombre fue pronunciado por Dios mismo y de cuyo vientre salió el Dios excelso hecho carne. En ella se construyó Él para sí un nuevo y maravilloso templo, pues ella, al dar a luz, no perdió la integridad de su seno y Él, para nacer, no precisó simiente. Era efectivamente Dios, si bien quiso nacer en la carne, aunque sin unión carnal, ni dolores de parto, de modo que siendo María de verdad madre, se libró de estas cosas propias de las madres, criando ella maravillosamente, con su leche, a aquel al que había dado a luz sin concurso de varón. Siendo virgen, concibió sin semilla alguna, permaneció virgen intacta y, aún después del parto, conservó íntegros los sellos de la virginidad. Por lo tanto, con razón es proclamada Madre de Dios, es glorificada su virginidad, es venerada su maternidad y Dios, unido a los hombres y manifestado en la carne, le entrega el honor de su propia gloria. Así, en verdad, se otorga al sexo femenino la derogación de aquella maldición primitiva, viniendo a ser principio de la salvación la que antes había producido el pecado.

Nuestro sermón llega ya a su punto culminante y en consecuencia, como orador en este panegírico y como anfitrión espléndido de este sagrado banquete, os ofrezco hoy esta común alegría. Según dije, quiso el Redentor del género humano mostrar una restauración y un nuevo nacimiento distinto del anterior y así como antes, tomando barro, había formado al primer Adán de tierra virgen e incontaminada, así ahora realizó su propia encarnación como con otra tierra, que

es la Virgen pura, totalmente inmaculada y escogida singularmente de entre toda la creación, pues el que pertenece a nuestra naturaleza y es uno de entre nosotros, en la Virgen fue formado de un modo nuevo y, siendo el nuevo Adán, resultó ser el que configuraría a Adán, de tal modo que el nuevo fuera el salvador del que es más antiguo, con muchos siglos de diferencia [19]. Ahora pues, diremos brevemente quien fue ella y quienes sus padres, reconstruyendo, en lo posible, la historia.

La que es gloria del universo fue hija de David, de la semilla de Jacob; descendiente en verdad de Eva, pero nacida de Ana. Joaquín era un varón afable, virtuoso y cumplidor de las divinas leyes, que había vivido con sobriedad y había permanecido constantemente unido a Dios, pero se había hecho viejo sin tener hijos, y si bien poseía aún el vigor natural, carecía del don de la descendencia. Ana, a su vez, amaba a Dios y era modesta, pero, al propio tiempo, era estéril; quería a su esposo, pero no tenía hijos y no se dedicaba a otra cosa más que a cumplir la ley del Señor. Llevaba siempre consigo el dolor de su esterilidad y, tal como les pasa a las que no tienen hijos, estaba disgustada, triste y dolida, no pudiendo soportar el no tener descendencia. Estando, pues, Joaquín y su mujer dominados por la tristeza, porque no tenían ningún hijo que les asistiera, sin embargo no les faltaba en absoluto una centella de esperanza y ambos suplicaban que se les concediera un hijo para el resurgimiento de su estirpe. Imitando a aquella otra Ana, cuyas súplicas habían sido escuchadas [20], subiendo los dos al templo, pedían a Dios

19. Cf. 1 Co 15, 45ss.
20. Cf. 1 S 1, 1ss.

que les liberara de ser estériles y les concediera aquel fruto que pondría fin a su infecundidad, y no cesaron estas súplicas sin haber conseguido lo que anhelaban.

Alcanzaron, efectivamente, lo que pedían, pues no dejó de otorgarles lo que esperaban aquel que les había concedido el don de esperarlo. Así pues, a los que se lamentaban e imploraban con insistencia a Dios, les llegó muy pronto una fuerza que no resultó baldía, en cuanto al esposo para que fructificara con la generación y respecto a la esposa a fin de que recibiera nuevo vigor para ser madre: a los ya secos regueros de los órganos generativos les fue otorgada la fluidez seminal, convirtiéndose de infecundos en prolíficos, de modo que de unos árboles infructuosos y secos, como si hubieran recibido un fructuoso riego, brotó para nosotros un fruto glorioso, que es esta virgen del todo inmaculada. Fueron soltadas las ataduras de la esterilidad y, por encima de toda previsión, la plegaria obtuvo su fruto y la que era estéril y sin hijos, se convirtió en madre fecunda.

Procediendo de una madre infecunda, aquella de cuyo vientre nacería la espiga de incorrupción, tan pronto como llegó a la flor de la edad, sus progenitores, conduciéndola al templo, la ofrecieron como don consagrado al Señor. El sacerdote que desempeñaba aquel día el servicio sagrado, al contemplar las danzas de las doncellas que la precedían y la seguían, se complació y se alegró mucho, porque ya se hacían visibles y se estaban realizando las obras divinas que antes eran objeto de esperanza y ofreció, para gloria de Dios, un sacrificio de favorables auspicios, al depositar este gran tesoro de la salvación en el lugar más principal del santuario, donde la niña, como si morara dentro de unas mansiones nupciales, era alimentada con celestial ambrosía, hasta que llegara el tiempo de las nupcias, que

había sido determinado desde antes de todos los siglos, por parte del que, por una inefable misericordia, nació de ella, por parte también del que a éste engendra divinamente, desde antes de la existencia del tiempo y del espacio, y por parte de su Espíritu, que es de una conjunta procedencia y comparte el mismo trono y la misma adoración. Estas tres personas, teniendo la misma divinidad, la misma naturaleza y la misma realeza, no están divididas, ni separadas, ni tienen ninguna diferencia, fuera de la que es propia del principio de la hipóstasis. Por esto celebro la fiesta con júbilo y me ofrezco en libación y presento a la Madre del Verbo un don festivo, porque su Hijo me ha dado a conocer el punto capital de la fe en la Trinidad, pues el Hijo, que es el Verbo eterno, asumió de María su propia carne, el Padre que lo engendra se manifestó complacido y el Espíritu Santo vino sobre ella y consagró su seno, que contuvo dentro de sí al que es inabarcable.

Ahora es tiempo de que preguntemos a David qué es lo que el Dios de todos le dijo a él, bajo juramento. Ea, pues, compositor de cánticos y profeta, ven y pulsa la cítara, toca instrumentos musicales y dinos claramente qué es lo que te ha jurado el Señor. «¿Qué es lo que me ha jurado? Que pondrá sobre mi trono un fruto de mis entrañas [21]. Esto me ha jurado y no se ha desentendido de ello. Ha jurado y con sus obras ha confirmado sus palabras. Dijo: *He jurado de una vez para siempre, por mi santidad; ¿acaso mentiré a David? Su descendencia permanecerá para siempre y su trono como el sol en mi presencia y como la luna, que está tan bien dispuesta por los siglos y es testigo fiel en el cielo* [22].

21. Cf. Sal 132 (131), 11.
22. Sal 89 (88), 36ss.

Estos juramentos los ha cumplido el Señor, pues *es imposible que Dios engañe* [23]. He aquí, pues, que Cristo es proclamado hijo mio, según la carne, y es celebrado como aquel que debe ser adorado como mi Señor e hijo y le adoran todos los pueblos, pues lo ven colocado en un trono virginal. He aquí que aparece ya, procediendo de mis entrañas, esta virgen en cuyo seno el que existe desde antes de los siglos se ha revestido de carne por todos los siglos y renueva el conjunto de los siglos».

Nosotros, el pueblo de Dios, pueblo santo, asamblea sagrada [24], celebremos festivamente las glorias de nuestro linaje, honremos la profundidad del misterio y cada uno, según la gracia que le haya sido concedida, presente un don acomodado a esta solemnidad. Los padres ofrezcan la felicidad de tener hijos; las madres su dichosa maternidad; las estériles la inmunidad de pecado; las vírgenes su doble incorrupción, la del alma y la del cuerpo; las casadas una laudable moderación. Si alguno entre vosotros es padre, imite al padre de la Virgen y, aun en el caso de que uno no tenga hijos, con una vida de unión con Dios, coseche los frutos de la oración fecunda. Si alguna mujer es madre lactante, alégrese juntamente con Ana, que amamanta a la niña, fruto de sus súplicas en la esterilidad. Si otra es estéril e infecunda y no obtiene fruto de bendición, que se una por la fe a aquella en razón de la cual Ana ha sido hecha fecunda, y así ponga fin a su esterilidad [25]. Si una es virgen casta, conviértase en

23. Hb 6, 18.

24. Cf. 1 P 2, 9.

25. Es decir: esta persona viva unida a María por la devoción y no se sentirá sóla, ni estéril.

madre del Verbo divino, ennobleciendo su condición de vida con el cuidado de su alma. Si alguna está bajo el yugo del matrimonio, presente los frutos espirituales conseguidos en abundancia por la oración. Practíquenlo así el rico y el pobre, los muchachos y las doncellas, los ancianos a una con los jóvenes, los sacerdotes y los levitas, las reinas y princesas; todos juntamente, hombres y mujeres, seamos portadores de luces festivas en honor de esta jovencita, que es Madre de Dios y profetisa, por medio de la cual nos ha sido dado el profeta de quien escribió Moisés [26], Cristo Dios que es la Verdad. Unámonos a la comitiva de las presurosas vírgenes y entremos, juntamente con ellas, en el Santo de los santos.

Después de la natividad, de la lactancia y de la niñez, los pañales dan paso a la juventud florida y Dios dispone para María una habitación a modo de cámara nupcial, reservándose para sí lo más sagrado y augusto de este santuario. Por esto las vírgenes más próximas a ella danzan a coro, dando a conocer lo que ya está a punto de realizarse. Por eso las hijas de Sión avanzan presurosas por delante de la reina, esparciendo perfumes, y el sagrado templo abre, con entusiasmo, sus puertas santas, para recibir a la que es gloria imperial del universo. En este momento se abre el Santo de los santos, acogiendo en su interior a la madre del que es la misma santidad. Se dispone para ella un nuevo manjar y, sin intervención de mano humana, la alimenta todo el tiempo, aquel que, dentro de poco, ha de nutrirse con su leche. El Espíritu Santo es quien cuida a la Virgen, hasta que ella sea manifestada en Israel. Cuando llegó el tiempo de los desposorios, a ella, nacida de la estirpe de

26. Cf. Dt 18, 15ss.

David, la tomó por esposa José, también descendiente de David, y, en vez de recibir ella una simiente humana, recibió la palabra de Gabriel; concibió sin unión carnal y tuvo un hijo no engendrado por un padre terreno; permaneció casta y sin violación de su seno, preservándola y guardando los sellos de su virginidad, incluso después del parto, aquel que nació de ella, o sea Cristo, Jesús nazareno, el que vino a este mundo. Él es el Dios verdadero y la Vida eterna, al cual sea la gloria, el honor y la adoración, junto con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA II

EN EL NATALICIO DE LA SANTÍSIMA SEÑORA NUESTRA, LA MADRE DE DIOS. CON LA DEMOSTRACIÓN DE SU DESCENDENCIA DE LA ESTIRPE DE DAVID

Ocúpense otros de diversos temas acerca de las festividades, en provecho de quienes gusten de ello. En cuanto a nosotros, en atención a la importancia de este día, sea lo primero la exposición de aquello que trae su origen del objeto de la presente celebración y proviene de la Madre de Dios, por medio de la cual el Espíritu se derramó sobre todos los hombres. Gracias a ella también las palabras del discurso han de brotar con toda fluidez. Por tanto, conduciendo, como con riendas, mis palabras hacia la meta establecida, voy a exponer aquellas cosas que guardan relación con lo que dije anteriormente [1]. Aunque me angustie el temor de decir algo que no esté a la altura requerida, sin embargo, por el gran anhelo que me domina, me siento con ánimos de hacer, en cuanto me sea posible, una digna exposición. Pronunciaré, en fin, mi discurso con una gran confianza, pues este hermoso día de fiesta vendrá a ser mi abogado y protector, por lo que concierne al temor y a la confianza.

1. Hace referencia al sermón anterior, que debió ser pronunciado poco antes del presente panegírico.

En el anterior sermón, tejiendo el debido elogio del nacimiento de la Madre de Dios, hice en la fiesta como de director del coro y vosotros, junto con los espíritus celestiales [2] entonasteis grandes alabanzas. Con Joaquín fuimos espectadores y con las vírgenes corrimos presurosos. Entonamos hermosos himnos con David, el que es a la vez patriarca y rey y, por doble razón [3], es progenitor de Dios. Con María, la Madre de Dios, penetramos en el templo y, permaneciendo constantemente en el santuario, fuimos partícipes de los misterios [4]. Gracias sean dadas, pues, a aquel que ha glorificado a los suyos, acercando hacia sí a quienes antes estaban lejos. No creo que ahora resulte discordante o esté fuera de lugar el que, apartándome un poco del argumento, pase a tratar el venturoso origen de aquella estirpe de la cual procede la Virgen y que exponga aquello que es conveniente y complace a los que asisten a esta celebración. Os agrada, efectivamente, que se ponga de manifiesto que procede de la descendencia de David la Virgen, a través de la cual vino a la existencia terrena el que es Dios excelso y está por encima de todo lo creado, y os complace asimismo que se declare lo que Dios nos ha manifestado acerca de María, por medio de la ley y de los profetas y que se encuentra anunciado de antemano y muy claramente en toda la Escritura.

Enseguida pues, en cuanto nos sea posible, lancémonos a la contienda contra las lenguas de los judíos,

2. En la liturgia se suele invocar a los ángeles, a fin de que acompañen a los fieles en la alabanza divina.

3. Alusión a los dones y privilegios de María, que nos han sido manifestados.

4. Se refiere a la ascendencia davídica de José y de María, de la que luego se hace expresa mención.

que, así, como lo hicieron antes, así también ahora atacan a Cristo, y cercenémoslas constantemente, a fin de que, como una raíz amarga que rebrota [5] no ocasionen ya más molestias a los hijos de la Iglesia. No veo como pueda esto realizarse con facilidad y de modo efectivo, si no es con un examen detallado y una cuidadosa investigación. Pienso, pues, que es preciso demostrar primero, por los libros de Moisés, que Cristo, el Hijo de Dios y verdadero Dios, desciende de Judá, según dice el Apóstol [6], y que nació de la Virgen, como atestigua el Evangelio, y de este modo, aduciendo las palabras de los profetas, pondré de manifiesto aquello que es lo principal y lo más oportuno. Con esta precaución nuestro discurso vendrá a ser sólido e irrefutable y, al mismo tiempo, conservará intactas las cosas características de la ley antigua.

Así, pues, que se nos presente Jacob, el que claramente contempló la excelsa escala [7] y venga, antes que él, el patriarca Abraham, al que iban dirigidas las promesas. A éste, san Mateo en su narración evangélica, lo coloca en el primer lugar de orden, pero a David es al que primero se menciona en el libro [8] pues hacia él se dirige la genealogía descendiente y cada generación con él se relaciona y, a partir de él, también se llega hasta José, su descendiente. Aquella que también es descendiente de David y fue escogida por Dios para ser su madre, fue dada oportunamente por esposa de José, también de la familia de David, por razón de ser ambos de la misma estirpe, pues no era lícito antiguamente

5. Cf. Dt 29, 18.
6. Cf. Hb 7, 14.
7. Cf. Gn 28, 12ss.
8. Cf. Mt 1, 1ss.

mezclar un linaje con otro, ni injertar un cetro sobre otro.

El gran patriarca Abraham, habiendo sido llamado por Dios con el fin de que saliera de la tierra de Jarán [9], era conducido hacia el cumplimiento de las promesas, de las que aún no había recibido ninguna señal manifiesta, pues los antiguos signos correspondían a cosas futuras. No se engañó, sin embargo, en la esperanza del cumplimiento de la Alianza, ni en lo referente a obtener la tierra que le había sido asignada, pues el Señor del universo le dijo: *A ti y a tu linaje daré esta tierra, pues en tu descendencia serán bendecidas todas las familias del mundo* [10] y, como en verdad también afirma el insigne Pablo, *haciendo Dios sus promesas a Abraham, como no tuviese a nadie superior por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: «A manos llenas te bendeciré y con gran descendencia te multiplicaré»; así aguardando Abraham con gran longanimidad, alcanzó las promesas* [11].

Cómo y de qué manera llegaron a su cumplimiento las promesas que se le habían hecho, lo conocerás si examinas la verdad de la cosa, puesto que Dios, que antiguamente daba respuestas, dijo: *En Isaac, de ti tomará nombre la descendencia* [12]. Teniendo Abraham absoluta certeza de que Dios era poderoso para cumplir lo prometido, aunque consideró que su cuerpo estaba ya amortecido, siendo ya casi de cien años, y que igualmente lo estaba el seno de Sara, no dudó acerca de la promesa de Dios, sino que cobró vigor con la fe, dando

9. Cf. Gn 10, 1ss.
10. Gn 15, 18; 22, 18.
11. Hb 6, 13ss.
12. Gn 21, 12.

gloria a Dios [13]. Con razón, pues, alcanzó el cumplimiento de la promesa y obtuvo el hijo prometido, que fue, a su vez, depositario de las promesas y, teniendo éste dos hijos gemelos, bendijo al heredero de la Alianza, quien con engaño se apropió de la promesa, por instigación de su madre. A partir de éste se propagaron copiosamente, por diversas ramas, las doce tribus, a dos de las cuales, distinguiéndolas con sumo honor, les adjudicó el Señor dos cetros, uno a la tribu de Leví y otro a la de Judá. A la primera le otorgó mucho antes la túnica talar del sacerdocio, el excelso efod, la tiara, la lámina ritual y el racional de las manifestaciones, todo ello como figura de otro sacerdocio mayor; a la otra tribu le fue concedido el trono real y se le dio la hermosa diadema y, por la unción del crisma, el estar sobre las otras tribus y ejercer el poder sobre todo el pueblo.

Entre esta gente desempeñó su misión el Hijo de Dios, que existe desde antes de los siglos y que es el conductor de todos los siglos, el cual, viniendo al mundo en la carne, pero no según la ley de la carne, como dice el Apóstol, obtuvo la doble dignidad de sacerdote y de rey, pero no de un modo humano y visible, sino según el poder de una vida indestructible [14], y, con el testimonio de la naturaleza, posee la doble prerrogativa del sacerdocio y de la realeza: *Pues permaneciendo pontífice eterno, como sacerdote posee el sacerdocio imperecedero, dado que él mismo permanece para siempre; de ahí que pueda también salvar perennemente a los que, por medio de él, llegan a Dios y siempre vive para interceder por nosotros* [15]. Como rey y prín-

13. Cf. Rm 4, 19-23.
14. Cf. Hb 7, 16.
15. Hb 7, 24.

cipe de la paz y caudillo de Israel no aparece sentado sobre el trono visible de David su padre, sino que ha obtenido un reino espiritual en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin [16]. Siendo esto así, ¿quién no se espanta de que aquellos que escribieron tales cosas acerca de Él den a la vez un testimonio contrario, pues no le consideran como sucesor de la realeza de David, ni reconocen que esté sentado en su trono? Y no se trata de que haya asumido un poder semejante al de Herodes o Poncio Pilato, sino que todo esto se toma en un sentido místico y elevado, según aquella afirmación que dice: *Mi reino no es de este mundo* [17].

Acérquese ahora Jacob, grande entre los patriarcas, para exponernos debidamente lo que a Cristo se refiere. Al anunciar las cosas que en el futuro habían de ocurrir a sus hijos [18] presenta a Judá y en él prefigura, con místicos colores, la imagen de Cristo, de modo que aparezca como Judá, en la forma corporal perceptible por los sentidos, y como David, en cuanto al color que se refiere a la percepción espiritual [19]. De aquí resultará que el asunto esté bien enfocado al descubrir que David es de la tribu de Judá y que de David desciende Cristo, y, quedando esto claramente demostrado, veremos que la Virgen también es de la estirpe de David, quien procede, a su vez, de Judá, ya que traen su origen de un mismo linaje y de idéntica tribu. Ea pues, tú, excelente entre los patriarcas y que tantos hijos procreaste, refiérenos cuál sea la distribución

16. Cf. Lc 1, 32-33.
17. Jn 18, 36.
18. Cf. Gn 49, 8-13.
19. En estas palabras se transparenta la espiritualidad característica de quienes apreciaban y difundían el culto de los iconos.

de las bendiciones que legaste a tus hijos, qué porción de ellas correspondió a cada uno y qué es lo que les distribuiste cuando estabas ya próximo a la muerte. El patriarca responde, diciendo: Ciertamente, a cada uno de por sí, el Espíritu les distribuyó lo que les convenía, según sus características y su orden, pues yo nada manifesté que fuera ajeno al designio de la Providencia que todo lo dirige, sino que, de acuerdo con ella, profeticé lo que para cada uno estaba dispuesto y anunciado. Por lo demás, cualquiera que lo desee puede tomar en sus manos los libros de Moisés y conocer, a partir de su origen, la suerte de cada una de las tribus, que yo manifesté en las bendiciones otorgadas a mis hijos, de acuerdo con lo que Dios me inspiraba.

Desde ahora nos ocuparemos de una sola tribu y así, con facilidad se podrá demostrar que Cristo, nacido de la Virgen según la carne, desciende de la tribu de Judá, de modo que resulte inadmisible el negar que el Señor procede de la estirpe de David. ¿Qué es lo que dice el vidente? (Así es como llama la Escritura a quienes tienen conocimiento de las cosas más profundas). Se expresa de este modo: *Judá, te alabarán tus hermanos; se postrarán ante ti los hijos de tu padre. Cachorro de león, Judá, del brote has subido, hijo mío; reposando te dormiste como león y como cachorro ¿quién lo despertará? No será arrebatado el cetro de Judá, ni el jefe de entre su descendencia, hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual es la expectación de los pueblos. Está atado a la viña su potro y a la vid el pollino de su asna. Lavará en vino su vestido y su manto en la sangre de los racimos. Sus ojos son más brillantes que el vino y sus dientes más blancos que la leche* [20].

20. Gn 49, 8-12.

Observemos, pues, cuando y en quien se ha cumplido el mensaje de la profecía. Es evidente que, de acuerdo con la ley y los profetas, se ha realizado en Cristo, el Salvador de todos nosotros, cuando, en los últimos tiempos, el que es Dios altísimo, revestido de carne, ha habitado entre nosotros, que somos terrenales, pues, queriendo llevar a término, dentro del tiempo, la decisión tomada desde antes de los siglos, con el beneplácito del Padre eterno y del Espíritu increado, brotando de Judá, nació, según la carne, de una virgen de la estirpe de David. Le alabaron todos sus hermanos, cuando todos los que son sus allegados se han hecho partícipes de su naturaleza. En efecto, inmensa es y supera todo número la multitud de los que han creído en Cristo, a los cuales se refiere el excelso Juan, al decir: *Mas, a cuantos le recibieron les dio potestad de ser hijos de Dios, los cuales no nacieron de la voluntad de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino de Dios* [21]. Por lo cual no tiene reparo en llamarlos, con toda razón, hermanos suyos, siendo semejante a ellos, pues participa de su misma carne y sangre, como lo proclaman san Pablo y David. Este, efectivamente, pulsando las cuerdas espirituales de su cítara, canta, diciendo: *Anuncio tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te alabaré* [22]. Pablo, a su vez, proclama en alta voz: *Por donde, debió ser en todo asemejado a sus hermanos, para ser compasivo y fiel pontífice en las cosas que miran a Dios* [23].

¿Quién jamás ha puesto sus manos sobre la cerviz de sus enemigos, con tanta fuerza como Cristo? Es por eso que de nuevo el gran David, movido por el Espí-

21. Jn 1, 12-13.
22. Sal 22 (21), 23.
23. Hb 2, 17.

ritu, dice en un salmo: *Hirió a sus enemigos por la espalda* [24] y resulta claro que, al decir *por la espalda*, significa la cerviz, lo cual en otro lugar se manifiesta abiertamente, diciendo: *Tu diestra alcanza a todos los que te odian; les haces volver la espalda* [25] y de nuevo, como si hablara el Padre, refiriéndose a los dones y a la naturaleza humana del Hijo, así como a su misión de rey y de profeta, dice: *Mi mano le auxiliará y mi brazo lo fortalecerá; no lo dominará el enemigo y el hijo de la iniquidad no alcanzará a dañarle; exterminaré ante él a sus adversarios y pondré en fuga a los que le odian* [26]; y también: *Ante él se postrarán los etíopes y sus enemigos morderán el polvo* [27]; y asimismo: *Obligaste a mis enemigos a darme la espalda y aniquilaste a los que me odian* [28]. Todo ello lo hemos de referir únicamente a Cristo, el cual, dirigiéndose al Padre que está en los cielos, dice: *Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré y no los dejaré sin haberlos derrotado; caerán bajo mis pies* [29], y lo que sigue después.

¿A quién adoraron los hijos de su padre, sino únicamente a Cristo, nacido de una mujer? Lo que se dijo respecto de José se realizó cuando se cumplieron sus sueños, del modo que correspondía [30]. En cambio, lo que se refiere a Cristo había de tener su cumplimiento en el pueblo de la Iglesia, pues todos los que en ella

24. Sal 78 (77), 66.
25. Sal 21 (20), 9-13.
26. Sal 89 (88), 22-24.
27. Sal 72 (71), 9.
28. Sal 18 (17), 41.
29. Sal 18 (17), 38-39.
30. Aquí se enlazan la predicción de Jacob acerca de Judá (Gn 49, 8) y los sueños proféticos de José (Gn 37, 5-10), porque en ambos casos se menciona una veneración de parte de los hermanos.

hemos sido hechos hijos de Dios adoramos por siempre a Cristo, con el cual hemos contraído parentesco, mediante la mística regeneración, ya que nos llamamos hermanos suyos, por la gracia divina y por la abundancia de su misericordia con nosotros. Recibiendo, en efecto, lo que es propio de Él somos ya familiares suyos, a no ser que dejemos de cumplir sus mandamientos, que nos hacen justos. De este modo, asumiendo Él lo que es nuestro, apareció con nuestra propia naturaleza, sometiéndose, hasta el límite a la condición humana y a todas las características de nuestro modo de ser, pero rehuyó absolutamente toda mancha de pecado y la sentencia condenatoria de la primera caída del hombre [31].

¿Quién podrá tener tanta osadía, que ponga en tela de juicio el que hayan adorado y actualmente adoren a Cristo todas las razas, cuando está a la vista que todos los pueblos que hay bajo el sol hasta los confines de la tierra le prestan culto y veneración y se glorían de distinguirse con el nombre de aquel a quien adoran, por ser y llamarse cristianos? ¿Quién, además, va a contradecir las voces de los profetas que se expresan con toda claridad, diciendo: *Le servirán todas las gentes y le adorarán todos los reyes de la tierra* [32], o también: *Que toda la tierra te adore y te cante himnos* [33], y asimismo: *Todas las gentes que creaste vendrán y se postrarán ante ti, Señor* [34], y lo que sigue después, y además: *Alegraos, gentes todas, con su pueblo* y *Le prestarán adoración todos los hijos de Dios* [35]. ¿Te das cuenta de cómo se han pos-

31. Cf. Rm 5, 18-19.
32. Sal 72 (71), 11.
33. Sal 66 (65), 4.
34. Sal 86 (85), 9.
35. Dt 32, 43; Rm 15, 10.

trado ante Cristo los hijos de su Padre, es decir los que están enriquecidos con el don de la adopción filial?

Pasemos ya a lo restante de la profecía: *Cachorro de león, Judá; del brote has subido, hijo mío; reposando te dormiste como león y como cachorro, ¿quién lo despertará?* [36]. ¡Excelente profecía! ¿Quién es ese cachorro de león, sino Cristo evidentemente, que desciende de linaje real, o sea de David? No es impropio, en efecto, que interpretes a David bajo la figura del león, siendo éste el símbolo de la dignidad real. Cachorro de león es Cristo, que procede de él según la carne, como aparece claramente en el resto de la profecía que dice: *Del brote has subido, hijo mío.* El brote, oh carísimo, con toda propiedad y atendiendo al contexto, debes entencer que es únicamente la santa más excelsa en santidad que todos los santos y la única que fue considerada toda pura por Aquel que habitó en ella en cuerpo y en espíritu; me refiero a María, cuyo nombre y cuyo ser son excelsos y dignos de toda veneración, y que es retoño de David, vara de José y brote siempre floreciente de Judá; de ella procede, según la carne, el excelso Hijo de Dios, que, eterno como el Padre, existe desde siempre.

Admírense todos de la exactitud de esta predicción, pues, una vez que se ha propuesto claramente la identidad del linaje y la denominación de león y de cachorro, añade: *Del brote has subido, hijo mío*, como si manifestara lo mismo que hermosamente dijo Isaías: *Brotará un retoño del tronco de Jesé y una flor subirá de su raíz* [37], lo cual indudablemente se refiere a Cristo y a la Virgen. El brote claramente es David, el tallo

36. Gn 49, 9.
37. Is 11, 1.

evidentemente es la Virgen y la flor es Cristo, el cual en un pasaje del libro de los Cánticos asume simbólicamente esta denominación, que parece exhalar un perfume aromático, diciendo: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles* [38]. Que Cristo sea rey y el más poderoso de todos los reyes no lo ignora el autor de esta profecía, pues dice: *Reposando te dormiste como león y como cachorro, ¿quién le despertará?*, en lo cual aparece el inmenso poder divino, que ciertamente es regio, que se manifiesta como inaccesible y que inspira suma reverencia. Esto mismo manifiesta Cristo en los Evangelios, al exclamar: *Tengo poder para entregar la vida y tengo poder para tomarla de nuevo* [39]. Efectivamente, mientras estaba en este mundo, el Salvador actuó con todo poder, realizando obras egregias y extraordinarias, y por eso dijo: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré* [40], pues, si Él no hubiera querido o no hubiera prestado, de alguna manera, su concurso a los hebreos, ellos no hubieran podido destruir el templo de su carne purísima, que Él mismo se había edificado, sin trabajo de manos humanas, en el seno de su madre incontaminada, pura y siempre virgen.

Refiriéndose al sueño de la muerte, que Él aceptó voluntariamente por nosotros para darnos la vida, hablando como hombre, por boca de David, dice: *Yo me acosté y me dormí y desperté porque el Señor me amparó* [41]. Las palabras que dicen: *¿Quién le despertará?* claramente hacen referencia al Padre que, a la vez, levantó y reconstruyó para el Hijo el templo de su cuer-

38. Ct 2, 1.
39. Jn 10, 18.
40. Jn 2, 19.
41. Sal 3, 6.

po, según aparece en los Salmos cuando se nos presenta al Hijo que, hablando con el Padre, dice: *No abandonarás mi alma en los infiernos, ni consentirás que tu Santo experimente la corrupción* [42], y también: *Señor, has sacado mi alma del abismo, me has salvado de entre los que bajaban a la fosa* [43]. Era preciso que, llevando a cabo el Hijo, por su propio poder, la resurrección de su cuerpo, también el Padre, que tiene la misma naturaleza y voluntad, realizara conjuntamente dicha obra, a fin de que, con la aplicación del mismo poder, quedara a salvo una total concordia en las operaciones.

Hemos de pasar ya a lo que sigue a continuación: *No será arrebatado el cetro de Judá, ni el jefe de entre su descendencia, hasta que venga aquel que ha de ser enviado, el cual es la espectación de los pueblos* [44]. ¡Oh qué maravillosa predicción! No deja de cumplirse nada de lo que se anuncia. Hemos manifestado antes claramente que del linaje de David desciende la Virgen, de la cual nace Cristo, que es a la vez jefe y príncipe y *el que abate el coraje de los príncipes* [45]. A Él le corresponde el reinar sobre la casa de Jacob eternamente y obtener un reino que no tendrá fin. Ya antes de la venida de Cristo fue derribado el reino de los judíos, que estuvo establecido y a la vista de todos hasta el tiempo de Jeconías y de la amarga deportación a Babilonia. Hasta los tiempos de Cristo, sin embargo, no desapareció el linaje de David, que era respetado y venerado y al que correspondía conservar las características de la regia nobleza.

42. Sal 16 (15), 10.
43. Sal 30 (29), 4.
44. Gn 49, 10.
45. Sal 76 (75), 13.

Nos falta ahora reflexionar sobre las palabras que dicen: *Hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual es la expectación de los pueblos* [46], o sea Cristo el Hijo de Dios, verdadero Dios y Señor, al que, para nuestro bien, esta Virgen santísima de la estirpe de David concibió de modo virginal y dio a luz virginalmente [47]. Después de que desapareció el poder de los judíos ya no hubo ningún otro rey, según la carne, que se sentara sobre el trono visible de David, habiendo quedado el reino abatido hasta el extremo, como lo había profetizado Jeremías, diciendo: *Jeconías ha quedado deshonrado como un vaso del que nadie quiere ya servirse; ¿por qué fue expulsado y conducido a una tierra que no conocía? Tierra, tierra, escucha la palabra del Señor. Esto dice el Señor: Escribe a ese hombre, hombre desechado: no saldrá de tu descendencia ningún varón que se siente sobre el trono de David y ejerza el poder en Judá* [48]. Dicho esto por el profeta, ¿a quién podremos considerar como expectación de los pueblos, sino únicamente a Cristo, acerca del cual el anciano Simeón, profeta y receptor de Dios, había recibido una revelación de que no vería la muerte antes de contemplar la encarnación del Señor? [49]. Se cumplió el vaticinio cuando ocurrieron las cosas que habían sido profetizadas. Vio, en efecto, como niño, tomándolo en sus brazos de anciano, de manos de la madre, al que existe desde siempre y ha sido engendrado antes que su

46. Gn 49, 10.

47. San Andrés manifiesta la fe en la virginidad de María, tanto en la concepción como en el alumbramiento de Jesús, con estas expresivas palabras: παρθενικῶς παρθενικαῖς ὠδῖσιν ἀπέτεκεν.

48. Jr 22, 28-30.

49. Cf. Lc 2, 26.

propia madre. Al punto Simeón saltó de alegría, con exultación de anciano, pues la vejez es capaz de saltar cuando un gran gozo le presta vigor, y con elogiosas voces ensalzó al divino infante, le llamó Señor y le proclamó Salvador, luz de las naciones y gloria de Israel, afirmando claramente que era el Señor que llegaba y se revelaba como expectación de todos los pueblos [50]. El Padre, efectivamente, ha manifestado al Hijo ante las naciones, como claramente lo afirma otro profeta, diciendo: *He aquí que lo he puesto como testimonio para las gentes, jefe y maestro de los pueblos;* y añade: *Llamarás a gentes que no conocías y pueblos que no te conocían correrán hacia ti;* y en otro lugar también dice: *Te he puesto para luz de las naciones* [51]; y en los Salmos se afirma: *Te daré los pueblos en herencia* [52], y también: *En él serán bendecidas todas las naciones* [53].

La profecía dice también: *Está atado a la vid el pollino de su asna* [54]. ¿A quién se refiere esta vid? A aquel que, según leemos en los Evangelios, exclama: *Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador* [55]. Su pollino, en cambio, somos nosotros, sus allegados, que estamos atados a Él con un vínculo indisoluble, porque, siendo Él rico, ha asumido nuestra condición de pobreza y a nosotros, que somos pobres, nos ha agraciado con sus dones. De esta forma, por medio de Él, hemos sido divinizados y Él, para nuestro bien, ha sido llamado hombre. Podemos pensar que la madre del po-

50. Cf. Lc 2, 27-35.
51. Is 55, 4-5; 49, 6.
52. Sal 2, 8.
53. Sal 72 (71), 17.
54. Gn 49, 11.
55. Jn 15, 1.

llino significa místicamente la Iglesia, digna de todo respeto, y que así se represente simbólicamente la vocación de los gentiles; en ella entramos nosotros, que éramos semejantes al ganado y estábamos como privados de la luz de la razón, hasta que vino a nosotros el que es el Verbo y la Sabiduría, que nos despojó del velo de nuestra irracionalidad y cubrió nuestra desnudez con el vestido espiritual de la sabiduría divina, aquella túnica «tejida toda desde arriba». Fuimos atados, como el pollino, de un modo misterioso, al retoño de la vid de su salvación y así quedaron ligadas las cosas del cielo y las de la tierra. Por eso estando Él en la altura del camino hacia Jerusalén, dirigiéndose a su bienaventurada pasión y resurrección, deseando entregarse por la salvación de todo el mundo, y sentado, como en un trono real, sobre el pollino, los niños, criados en la inocencia, lo aclamaban todos a una voz, diciendo: *Hosanna al hijo de David. Bendito el que viene, el Rey de Israel* [56], lo cual había anunciado anteriormente Zacarías, con estas palabras: *Alégrate sobremanera, hija de Sión. He aquí que viene a ti tu Rey, pacífico y salvador, montado en un pollino hijo de asna* [57]. ¿Se podrá hallar, como demostración, algo que sea más claro que las anteriores palabras?

Véase también lo que sigue: *Lavará su vestido en vino; sus ojos son más brillantes que el vino y sus dientes más blancos que la leche* [58]. ¿En qué vino lavará su vestido el que quita el pecado del mundo y es el verdadero y maduro racimo de la Iglesia? ¿Acaso no nos limpió con la sangre de su cuerpo purísimo, quitando

56. Mt 21, 9 y lugares paralelos.
57. Za 9, 9.
58. Gn 49, 11-12.

toda la suciedad de nuestro vestido? Se puso Él, en verdad, nuestro vestido cuando, haciéndose hombre, asumió enteramente nuestra naturaleza. ¿En qué sangre de racimos pudo lavar su vestido el que está limpio de toda mancha? ¿No es acaso en el manantial de vida y de pureza que fluye de su divino costado? Él es quien viene designado bajo la misteriosa figura del racimo de uva de la vid verdadera, que fue exprimido en el lagar de la Iglesia inmaculada cuando fue elevado en el leño de la cruz para limpiarnos de nuestras manchas. Se puso una vestidura verdaderamente tejida por Dios, cuando se vistió con nuestra carne, tomándola de nosotros y tiñéndola espiritualmente de regia púrpura con sangre purísima y virginal. Él, con esta púrpura real, envolvió nuestra naturaleza de barro, que, como si fuera un vestido, quedó impregnada con la sangre que manó de su costado, abierto para darnos la vida. Testigo de todo esto es Isaías que pone en boca de los ángeles que están en torno a Cristo, al tiempo de su pasión, estas palabras: *¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosrá, rojos sus vestidos?* y también: *¿Por qué son rojas tus vestiduras, como las del que pisa en el lagar?* [59]. Lo cual pienso que el mismo Cristo lo manifiesta claramente en el libro de los Cánticos, al decir: *Me he quitado la túnica, ¿cómo volver a ponermela? Me he lavado los pies, ¿cómo volver a ensuciarlos?* [60], indicando la parte por el todo.

¿Quién tiene los ojos más brillantes que el vino, sino Cristo únicamente? Acerca de Él, también en los Cánticos, el alma que se une a Dios, como esposa, dice: *Me ha introducido en la cámara del vino* [61], como si dijera:

59. Is 63, 1-2.
60. Ct 5, 3.
61. Ct 2, 4.

«Me ha hecho entrar en la casa de la Iglesia, en la que está dispuesto el cáliz de alegría, para la salvación en la sangre del Cordero». Después del ingreso dice: *Dame a ver tu rostro, hazme oir tu voz; que tu voz es dulce y encantador tu rostro* [62], y al verlo exclama: *He aquí que mi amado es blanco y rubio; su hermosa cabeza es oro puro y sus rizos son racimos de palma, negros como el cuervo* [63]. Acerca de Él también el excelso David dice: *Despertose el Señor, como quien duerme, como el valiente dominado por el vino* [64]. Él, después de levantarse de entre los muertos, salió al encuentro de las mujeres que habían comprado ungüentos y les saludó con alegres palabras, dándoles con ello una gran alegría y liberándolas de la honda aflicción que las dominaba. También se presentó a los escogidos de entre sus discípulos y les dirigió gozosas palabras, diciéndoles: *Tened confianza, yo he vencido al mundo* [65], y asimismo: *La paz sea con vosotros, soy yo, no temáis* [66].

¿Quién es el que tiene los dientes más blancos que la leche? Es ciertamente aquel que dijo: *Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra* [67]. Las palabras de Cristo son efectivamente más blancas que la leche y más espléndidas que toda la nieve. Quizá alguien interprete también que por dientes de Cristo se entiende las palabras que se refieren a Él y se hallan esparcidas en las Sagradas Escrituras, ya sea en la ley, ya sea en los profetas y salmos, con las cuales la Iglesia de Dios

62. Ct 2, 14.
63. Ct 5, 11.
64. Sal 78 (77), 5.
65. Jn 16, 30.
66. Mt 28, 9; Lc 24, 36 y lugares paralelos.
67. Mt 28, 18.

propone la verdadera doctrina, presentándola como sólido alimento, y hace asequible el conocimiento de misteriosas y difíciles consideraciones, al ofrecerlas como ya masticadas y desmenuzadas. ¿Y cómo pueden ser alimento suave del alma las consideraciones piadosas, que se digieren con una diligente meditación, si esta comida no se guarda de tal modo que no se deteriore? ¿Y además cómo pueden ser provechosas al alma las palabras difíciles que no puede asimilar? También el libro de los Cánticos, como en representación de la Iglesia procedente de la gentilidad o del alma que está unida a Dios, entona una especie de poema nupcial y, dirigiéndose al Esposo, dice: *¿A qué se asemejan tus mejillas? Tus dientes son como rebaños de ovejas trasquiladas que suben del lavadero, todas con sus crias mellizas* [68]; y también: *Mi amado es para mí y yo para Él. Sus mejillas son como vasijas de aromas* [69]. Pienso que por mejillas aquí se significa los dientes.

Tal es el vaticinio que, en pocas palabras, hemos comentado. Vosotros, oh carísimos, sabéis que las profecías anunciaban que el Señor había de salir de la estirpe de Judá y de David y que, como si lo diseñara sobre la píxide [70], aquel que es grande entre los patriarcas, al bendecir a sus hijos anunció, con toda certeza y de igual modo que los profetas, que el Salvador sería hijo de David y éste de Judá. Proclamad, pues, que Cristo desciende de David y que igualmente proviene de la misma estirpe aquella que, de un modo mis-

68. Ct 1, 10; 4, 2. En realidad, según el texto bíblico, son palabras del esposo.

69. Ct 6, 3; 5, 13.

70. Entre los bizantinos era frecuente representar hechos de la Historia sagrada en los objetos litúrgicos.

terioso, concibió a Jesús, según la carne. ¿Quién no lo creerá así, teniendo en cuenta que por el fruto se conoce el árbol? [71].

Ocupémonos de nuevo de la fiesta de la Natividad y aclamemos a Ana, como con un cántico nupcial, pues ha concebido a una niña, que es un don divino y garantía del cumplimiento de las promesas, y la ha dado a luz, habiéndola obtenido por medio de la oración y a pesar de su esterilidad. De esta hija suya había de nacer el Dios hecho hombre, que se manifestó de un modo inefable y habitó entre los hombres. Es justo, pues, que aclamemos de un modo especialísimo a quien ha producido tal germen y que la ensalcemos con singulares aclamaciones. En la cámara nupcial de Ana aparecen dos notables pinturas, que representan a la madre y a la hija [72]: la una que acaba de ser liberada de su esterilidad y la otra que, no mucho después, ha de ser, de un modo maravilloso, la madre de Jesús, que, por divina disposición, se ha hecho partícipe de nuestra propia naturaleza. Con razón pues, Ana, habiendo alcanzado el favor de Dios, llena de gozo derrama la felicidad de su alma exclamando con todas sus fuerzas: Congratulaos conmigo, pues de mi vientre estéril he dado a luz al germen de la promesa y lo he criado a mis pechos; me he despojado de la esterilidad y me he revestido con el alegre atavío de la fecundidad. Alégrese hoy conmigo la famosa Ana, rival de Fenenna [73], y celebre con aplausos la extraordinaria maravilla que en mí se ha realizado y que es parecida a la de ella misma.

71. Cf. Mt 12, 33.

72. Alusión a las imágenes sagradas, que eran veneradas no sólo en las iglesias, sino también en las casas de los fieles.

73. Cf. 1 S 1, 1ss.

Cante a coro Sara [74] y, aunque anciana, salte de gozo y afirme que soy madre después de haber sido liberada de la esterilidad. Proclámenlo, al mismo tiempo, las que son estériles y las que no tienen hijos y festejen conmigo el don que he recibido del cielo. Digan también todas las madres fecundas: Bendito sea el que ha concedido lo que se le pedía, ha abierto las puertas del vientre estéril y ha hecho posible que de una semilla infecunda brotara la que había de ser su madre según la carne, admirable sobre toda ponderación, pues su vientre es un cielo en el que habitó aquel que en ningún lugar puede ser contenido.

También nosotros ofrezcamos parecidas alabanzas a la que antes era estéril y ahora ha obtenido el ser la madre del tálamo virginal. Digámosle con la Sagrada Escritura: ¡Oh cuán feliz es la casa de David, de la que tú procedes! ¡Oh cuán bienaventurado es tu vientre en el que Dios fabricó el Arca de Santificación, o sea aquella que le concibió sin mancilla! En verdad eres dichosa y tres veces bienaventurada, tú que has dado a luz a una criatura llena de las divinas bendiciones, que es María, cuyo nombre es digno de toda veneración, de la cual brotó Cristo, la flor de la vida; ella ha tenido un camino glorioso y una maternidad excelsa y sobrenatural. Nos congratulamos contigo, oh muy dichosa Ana, pues has dado a luz a la que es la esperanza de todos nosotros y el cumplimiento de las divinas promesas. Bienaventurada eres en verdad y bienaventurado es el fruto de tu vientre. Por medio de ti son proclamadas dichosas las mujeres que, después de una esterilidad prolongada, se convierten en madres fecundas. La lengua de los fieles ensalza a la que ha brotado de

74. Cf. Gn 18, 9ss; 21, 1ss.

ti y con muchas palabras gozosas es alabada tu maternidad, pues es justo y muy merecido que sea celebrada la que, por disposición de la divina Providencia, fue considerada digna de recibir una revelación y nos proporcionó un fruto tan grande y excelente, del cual procede el dulce Jesús, que supera toda dulzura, colma todo deseo y es el término de todos los anhelos.

Propongámonos vivir bajo su sombra y morir bajo el reposo de sus alas. Él es verdaderamente el que fue anunciado por la ley y los profetas, Cristo Jesús, que es Dios, que es la Gracia y la Verdad, que vino a salvar a los pecadores y a todos llama para conducirlos a la antigua dignidad y original nobleza. A Él se dirige, de nuestra parte, la gloria, el honor y la adoración, junto con el Padre que no tiene principio y con su Espíritu que da vida, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA III

EN EL DÍA NATALICIO DE LA INMACULADA SEÑORA NUESTRA, LA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA. CON LA DEMOSTRACIÓN DE SU DESCENDENCIA DEL LINAJE DE DAVID, TANTO POR LA HISTORIA ANTIGUA, COMO POR OTROS DIVERSOS TESTIMONIOS

De nuevo se presenta esta festividad y su solemne celebración y yo estoy de nuevo como dichoso anfitrión, festejando mi propia salvación y convocando a todos a este banquete espiritual, en el que está como en cabeza la Madre de Dios, que sacia a sus invitados con un torrente de delicias. A esta casa llena de mieles os acercáis vosotros, abejas de Cristo, que, por disposición divina, estáis volando en derredor de un panal que destila dulzura. ¿Quién va a querer estar privado de estas delicias, especialmente si ya ha gustado de la felicidad que proporcionan? Habiendo en verdad quienes no se apartan de esta mesa, llena de exquisitos y excelentes manjares, sin disfrutar de sus delicias, ¿no parece que debe ser objeto de gran mofa aquel que se aleja de esta mesa del Rey, sin haber gustado de sus misterios? Esta invitación es efectivamente regia y propia de la Reina que desciende de progenie real.

Pasemos adelante, carísimos, y escuchad otra vez nuestro sermón que os mostrará lo que ya en anteriores ocasiones ha quedado perfectamente dilucidado, o sea que Cristo trae su origen de la raíz de David, y

una vez establecida esta afirmación, queda bien claro que aquella que le dio a luz, según la carne, proviene del mismo linaje. Me parece en verdad superfluo ofrecer alguna otra prueba que pensemos que pudiera ser más clara, más minuciosa o más extensa, que la que hemos ya elaborado, pero, teniendo en cuenta que en los judíos se manifiesta una proprensión a las disputas y un enfrentamiento a la verdad, apartémonos de los vientos de la mentira, sigamos adelante y, según nuestras fuerzas, demostremos que también la Virgen desciende de la raíz de David, aduciendo como testigos a los evangelistas y el estilo y modo de hablar propio de la Sagrada Escritura. Creo que es necesario examinar las generaciones que van desde David hasta Cristo, según las genealogías de Lucas y Mateo [1], la primera de las cuales va ascendiendo y la otra va bajando, y tratar de ponerlas de acuerdo desde un principio, hasta llegar a establecer el parentesco de los progenitores de José, que es la causa de la confusión, y así perfilar claramente la serie de los ascendientes y como proviene la Virgen de la estirpe de David, de manera que nada de lo que a ella se refiere quede a oscuras. Estoy persuadido de que resultará un brillante elogio para María el combate contra las lenguas que atacan a Dios y el cerrar las bocas de quienes se enfrentan a la Virgen. Los aquí presentes que se hayan dedicado a las letras, que me perdonen por ser yo desconocedor de la elocuencia profana, pues me aflije el no poder expresarme debidamente. Sin embargo, emprendo esta labor, confiando en el auxilio del Espíritu Santo, que a todos comunica su sabiduría.

La ley antigua ordenaba que nadie pudiera tomar esposa fuera de su propia tribu. Así consta en verdad

1. Cf. Lc 3, 23-38; Mt 1, 1-17.

por las palabras de la ley que dicen: *Moisés dio un mandato a los hijos de Israel, por orden del Señor, diciendo: No paséis de una tribu a otra; que cada uno permanezca, con sus hijos, dentro de la herencia de sus padres y que toda hija heredera, dentro de las tribus de Israel, se case con uno que sea de un pueblo de la tribu de su padre, a fin de que exista propincuidad de sangre entre los hijos de Israel y cada cual tenga su herencia paterna* [2]. Así lo ordenó el Señor a Moisés y esto se observó por algún tiempo, pues mientras estuvo floreciente el pueblo judío y los preceptos mosaicos estaban en vigencia, las costumbres se adaptaban a las disposiciones divinas. Pero cuando se avanzaba hacia la desaparición de estas costumbres y se establecía una práctica contraria a ellas, vinieron a menos los preceptos mosaicos y ya no se manifestaba interés en conservar la felicidad de que habían gozado sus padres. Entonces se fue introduciendo un modo de vivir semejante al de los gentiles y los hebreos ya no se preocupaban mucho acerca de estas cosas, a pesar de que las imponía la ley, las reclamaban los profetas y el mismo Dios, en casi toda la Sagrada Escritura, amonestaba a que no se olvidaran, ni abandonaran los preceptos legales.

Después los judíos sufrieron la pena merecida por su mal comportamiento con Dios y, como muchas veces, llevados de una locura o cobardía, pasaron de la religión paterna a una extrema superstición, fueron castigados por Dios de muy diversos modos: la ciudad fue sitiada, el templo saqueado, el santuario pisoteado por pies malditos e impuros, la gente asesinada o apresada, conquistado el suelo patrio y después los que habían

2. Nm 36, 7ss.

sido deportados al extranjero ofrecieron un miserable espectáculo a quienes los contemplaban y fueron objeto de comentarios por parte de quienes escuchaban lo que les sucedía. Por todas partes se vieron sometidos a irreversibles calamidades y ya no era posible distinguir los diversos linajes, dado que toda la nación estaba sometida a tantas desgracias y oprimida cada día por el peso de los infortunios. Así resultó que cada una de las tribus perdió el concepto de su peculiar nobleza e importancia. No fue absoluta, sin embargo, esta pérdida, pues hubo un linaje que conservó algún resto de su autoridad, permaneciendo en él cierta riqueza y algún poder, hasta la aparición de esta esclarecida Virgen, la única unida a Dios como esposa y que es a la vez madre y virgen, acerca de la cual ahora nos proponemos demostrar su origen de la estirpe de David, tratando, para ello, de dirigir nuestra atención a la Sagrada Escritura, si Dios nos concede desarrollar esta materia con la dignidad que se merece.

Dame a conocer ahora, oh bienaventurado Mateo, cuál es el motivo de divergencia entre la genealogía ofrecida por Lucas y la que tú nos presentas. Mateo, que posee una mente excelsa para las cosas de Dios, que antes era publicano, pero que ahora es intérprete de los divinos misterios, nos dice: No hay ninguna contradicción entre nosotros, pues Lucas, retrocediendo en su genealogía, omite los padres naturales, haciendo mención solamente de los legales, mientras que yo indiqué explícitamente quienes eran los padres por naturaleza, y esto no se hizo imprudentemente, ni de un modo contrario a lo que corresponde al Espíritu Santo, pues ambos, como conducidos por el mismo Espíritu, estamos totalmente de acuerdo. Estudiad, oh carísimos, con atención las dos series genealógicas y hallaréis una clara explicación de este asunto.

Evidentemente, según las palabras del evangelista, nos consta la verdad de ambas genealogías, una que es según la naturaleza y otra según la ley. Mateo empieza su escrito con estas palabras: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham* [3]. Para la comprensión de lo que examinamos bastaba este preámbulo por sí solo, pero no se detiene aquí el evangelista, sino que prolonga su discurso hasta el esposo de la Virgen. Lucas, por su parte, después de la manifestación del Salvador en el bautismo, retrocediendo un poco, escribe: *Entre los cuales estaba también Jesús, siendo, al comenzar, como de treinta años, hijo, según se creía, de José, que lo fue de Helí, que lo fue de Matán, que lo fue de Leví, que lo fue de Melqui* [4], y así, ascendiendo hasta *Set, que lo fue de Adán, que lo fue de Dios* [5]. El que es laborioso y perspicaz no ignora ciertamente que la Sagrada Escritura acostumbra llamar padres según la ley a aquellos que, a pesar de haber fallecido sin tener hijos, los han obtenido, sin embargo, después de la muerte, a través de la descendencia de un hermano; padres según la naturaleza, en cambio, se llama a aquellos que han tenido hijos de su propia simiente, para dar sucesión a un hermano, cuando éste había muerto sin hijos, suscitándole así descendencia [6]. Uno, pues, de los evangelistas nombra solamente a los padres naturales, omitiendo a los legales, y el otro, por el contrario, silencia a los padres según la naturaleza y sólo hace memoria de quienes lo son según la ley, en lo cual ninguno de los dos anduvo equivocado.

3. Mt 1,1.
4. Lc 3, 23-24.
5. Lc 3, 38.
6. Cf. Gn 38, 8; Dt 35, 5.

Pienso que también es oportuno mencionar acerca de esto un antiguo testimonio que nos transmite cierto varón muy erudito [7], el cual afirma que los que son designados como hijos en las genealogías de los evangelistas, unos lo son porque suceden a sus verdaderos padres, mientras que otros han sido engendrados por unos padres diversos de aquellos de quienes son llamados hijos, haciéndose mención del que es verdadero padre y del que es considerado como tal. Así resulta que en ninguno de los evangelios hay error, pues consideran o bien la naturaleza, o bien la ley. Las familias que proceden de Salomón y de Natán aparecen entrelazadas por muchos de estos casos de suscitar hijos a los hermanos difuntos y de contraer segundas nupcias. A fin de que resulte claro lo que estoy diciendo, expondré el entronque de tales linajes.

Enumerando las generaciones desde David por la rama de Salomón, el antepenúltimo es Matán, que engendró a Jacob, el padre de José. Sin embargo, por la rama de Natán, según san Lucas, se menciona como antepenúltimo a Melqui. Siendo nuestro punto de mira la persona de José, hemos de explicar como es que se le asigna como padre, por una parte a Jacob, descendiente de Salomón y por otra a Helí, descendiente de Natán. Resulta que Matán y Melqui, tomando sucesivamente la misma esposa, procrearon hermanos uterinos, pues la ley no prohibía que las mujeres viudas o repudiadas se casaran otra vez. Se sabe por tradición que, efectivamente, primero Matán, que descendía de Salomón, engendró a Jacob y, después de la muerte de Matán, Melqui, que descendía de Natán y, por tanto,

7. Se refiere al escritor JULIO AFRICANO en su *Carta a Arístides,* que reproduce EUSEBIO en su *Historia Eclesiástica* 1, 7.

era de la misma tribu, pero de distinta familia, tomó por esposa a la viuda y tuvo de ella a su hijo Helí. De este modo nos encontramos con que Jacob y Helí, a pesar de ser de familias diversas eran hermanos uterinos. Habiendo muerto Helí sin terner hijos, su hermano Jacob tomó a la que había sido mujer de Helí por esposa y tuvo de ella como tercer hijo a José, que, según la naturaleza y según la propiedad de las palabras, era hijo suyo y por eso está escrito: *Jacob engendró a José* [8]; según la ley, en cambio, José era hijo de Helí, pues Jacob, que era hermano suyo, le había suscitado descendencia.

Por eso precisamente, no es oscura la genealogía en la cual el evangelista san Mateo anota que Jacob engendró a José. Lucas procede en sentido inverso y dice: *El cual era, según se creía,* (pues añade este inciso) *hijo de José, que lo fue de Helí, que lo fue de Melquí* [9]. No podía expresar de un modo más claro y significativo que se trata de una paternidad legal, pues, respecto de esta procreación, sustituye el término «engendró» y presenta una catalogación en sentido inverso, hasta llegar a Adán que fue hijo de Dios. En resumen: Helí y Jacob eran hermanos uterinos y habiendo muerto Helí sin hijos, Jacob le sucitó un hijo, al engendrar a José, que por naturaleza era hijo suyo y por la ley lo era de Helí, pudiéndose afirmar que José era hijo de ambos. Estas cosas son las que manifiesta el mencionado autor.

Esta genealogía es la de José, pero la demostración vale también para la Virgen María Madre de Dios,

8. Mt 1, 16.

9. Lc 3, 23, donde, sin embargo, aparecen intercalados otros dos nombres entre Helí y Melqui.

siendo ella de la misma tribu, pues, según la ley de Moisés no estaba permitido que una tribu se mezclara con otra. Se había establecido, efectivamente, que cada uno se casara dentro de su propia tribu, a fin de que las herencias no pasaran de una tribu a otra. Si alguno pretende que se especifique cual es la ascendencia propia de la santísima e inviolada Virgen, esto no me parece bien, teniendo en cuenta que nunca lo autoriza o permite la ley. ¿Acaso se ha visto esto alguna vez entre los antiguos, siendo así que en la enumeración de los ascendientes siempre se atiende a la parte prioritaria? Y ésta es, sin duda, la rama paterna y no la materna, pues los padres son los que transmiten la nobleza del linaje. No nos detendremos, pues, en este asunto, ya que no debemos alterar las reglas antiguas, ni introducir otras nuevas. No es lícito, en efecto, cambiar las normas que establecieron nuestros mayores [10].

No nos alejemos de lo que poco antes exponíamos. Si son verdaderas las cosas que Moisés ordenó y están contenidas en la Escritura (y no hay duda de que lo son absolutamente, pues las recibió directamente de la boca de Dios, que es la Verdad), entonces es evidente que la excelsa Madre de Dios pertenece a la misma tribu que el hombre que, por una disposición inefable, se desposó con ella, o sea José, del cual nos consta que desciende de David. Y, si se da por probado que José es descendiente de David, resulta claro que también lo es aquella con la que se desposó. Efectivamente, el ángel le habló en una visión, cuando estaba perplejo por la misteriosa gravidez de su esposa, y le dio esta orden: *José, hijo de David, no temas recibir a María como es-*

10. Cf. Pr 22, 28.

posa [11]. Por consiguiente, no yerra Moisés, ni engaña David, el primero estableciendo que no se mezclaran los linajes y el segundo vaticinando que, por razón de un juramento, Cristo había de surgir de su descendencia.

Nuestro discurso nos ha llevado, pues, a la clara demostración de que Cristo desciende de Judá y de David. Procuraré además presentar otras pruebas a base de las antiguas Escrituras, para vosotros que habéis bebido la leche no adulterada de la Iglesia [12], pues no me dirijo a los otros, ya que la profecía condena su endurecimiento, al decir: *Palparán la pared como ciegos y andarán a tientas como los que carecen de vista* [13]. Para nosotros basta lo que dice el gran Apóstol: *Enseñamos una sabiduría entre los perfectos, pero no la sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son destruidos, sino que enseñamos la sabiduría de Dios escondida en el misterio, que el hombre animal no puede conocer, pues es necedad para él y no puede entenderla, pues espiritualmente es como se discierne* [14].

De las obras que Cristo realizó hay algunas que para muchos pasaron desapercibidas, a saber: aquellas que convenía que permanecieran ocultas, como son las que realizó antes de su bautismo y el modo de vida que llevó hasta los treinta años, de lo cual casi no habla la Escritura. Lo que se guardó con el mayor secreto fueron precisamente los milagros obrados al realizarse la Encarnación, que, excepto para unas pocas personas, fueron desconocidos, pues, según dice en cierto lugar

11. Mt 1, 20.
12. Cf. 1 P 2, 2.
13. Is 59, 10.
14. Cf. 1 Co 2, 6-14.

el santo varón Ignacio: «Quedó oculta para el príncipe de este mundo la virginidad de María y su alumbramiento e igualmente la muerte de Cristo. Estos tres misterios de tanta resonancia se realizaron sin ruido y en el silencio divino» [15]. Con razón, pues, fue conveniente que para muchos quedara oculto el nacimiento de Cristo por obra del Espíritu Santo y que José ocupara el lugar de padre y el niño fuera tenido como hijo suyo, pues se le hubiera tenido como un niño sin padre, de no haberlo considerado como hijo de José.

Por lo tanto los admirables evangelistas necesariamente expusieron la genealogía de José y éste fue presentado a todos como padre de Jesús. Si no lo hubieran hecho así y hubieran descrito la ascendencia de su madre, a más de que esto resultaría indecoroso, se habría apartado de la costumbre de la Sagrada Escritura, que nunca había reseñado los linajes por la rama materna. La exposición que hacen los evangelistas acerca de que José desciende de la estirpe de David nos sirve, según lo dicho anteriormente, para demostrar que también la Virgen María pertenece al mismo linaje, pues la ascendencia del esposo ha de corresponder igualmente a la mujer, según la mencionada ley de Moisés establecida para los hijos de Israel, que dice: *No paséis de una tribu a otra, sino que cada cual, entre los hijos de Israel, tendrá la herencia en la tribu paterna,* y lo que sigue después [16].

Estando así las cosas, es también manifiesto que José era justo y vivía de acuerdo con la ley y el que obraba así no se casaba sino con una mujer que procediera de su misma tribu. María era, pues, de la tribu

15. *Carta de Ignacio de Antioquía a los Efesios* 19, 1.
16. Cf. Nm 36, 7-9.

de Judá y del pueblo y familia de David, según se desprende de lo preceptuado por la ley. Por lo cual, si José provenía de la tribu de Judá y de la familia de David, ¿no es razonable que María tuviera la misma ascendencia de Judá y de David, de la que era José? Es un hecho, efectivamente, que la ley prohibía los matrimonios entre personas de diversa tribu y por el contrario establecía que las uniones matrimoniales se realizaran dentro de un mismo pueblo y familia, al decir a los israelitas: *No paséis de una tribu a otra, sino que cada cual, entre los hijos de Israel, tendrá la herencia en la tribu paterna* [17]. Según lo cual, esta ilustre Virgen era del linaje de David y se reseñó la genealogía de su esposo, porque, según dice el gran Apóstol, *la cabeza de la mujer es el varón* [18] y, según la ley de Moisés, *serán los dos una sola carne* [19], y la mujer que es dada en matrimonio, si es infiel a su esposo, está sujeta a la pena que la ley establece para el adulterio [20]. Así pues, a aquella, cuyo cuerpo pertenece ya a su esposo que es su cabeza, ¿no es lógico que se le asigne la genealogía del que es su cabeza, a fin de que cuerpo y cabeza sean enumerados juntamente? Era conveniente, pues, que la Virgen, que estaba unida a José, quedase inscrita en una misma genealogía, junto con él, habiendo ya sido demostrado, además, que ella, igual que José, pertenecía a la tribu de Judá y al pueblo y familia de David. Por eso, cuando Gabriel se dirige a ella, de parte de Dios, entre otras cosas, le dice: *El Señor Dios le dará el trono de*

17. Nm 36, 7.
18. 1 Co 11, 3.
19. Gn 2, 24.
20. Cf. Lv 20, 10; Dt 22, 22.

David su padre [21]. ¿Qué nos indica esto, sino que aquel que ha de nacer de ella tiene como antepasado a David? ¿Y cómo podía ser que el ángel así lo asegurara a la Virgen, si no es que ella también fuera proclamada del linaje de David? Pues, si ella no procediera de David, el ángel no le habría dicho: *Le dará Dios el trono de David, su padre*, porque la Virgen, que confesaba no conocer varón y había comprendido que concebiría por obra del Espíritu Santo, con razón hubiera preguntado a ver mediante qué padre podría su hijo ser hijo de David, si el ángel no estuviera hablando precisamente a una hija de David. Por lo cual, con razón dice san Lucas: *Subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él del linaje y familia de David. Para empadronarse juntamente con María su esposa que estaba encinta* [22].

No tengamos por ambiguo este pasaje, como si María fuera a inscribirse sólo como consorte, sino porque ella, igual que José, era de la casa y familia de David. La razón de esta interpretación se encuentra en lo que ya hemos expuesto. Pienso que está claramente demostrado que no sin razón los santos evangelistas reseñaron el linaje de José, pues de esto se deduce que María necesariamente desciende también de David e igualmente aquel que, de un modo por demás maravilloso, nació de ella, Cristo el Hijo eterno de Dios. El que intenta oponerse a esto más bien dirige contra sí mismo el puñal de su lengua. Sea, pues, este tal echado fuera de las sagradas puertas de nuestra morada. Nosotros, a quienes ha sido enviada la Palabra de Dios, la gracia y

21. Lc 1, 32.
22. Lc 2, 4-5.

la verdad, no realicemos ninguna exploración más allá de lo que se nos ha comunicado, pues la Sagrada Escritura nos prohibe escrutar las cosas más profundas, diciendo: *Medita lo que te ha sido mandado y no escudriñes aquello que sobrepasa tu capacidad* [23].

Tú, oh judío, fíjate en la fuerza de lo que hemos dicho y no luches contra la verdad; rechaza la vacilación de tu mente y, deponiendo toda duda, obedece a la gracia, que te librará de las ataduras de la letra, bajo cuyo yugo andas encorvado; quítate el velo y recibe la genuina luz de la Escritura; abandona ya las sombras y las figuras, acepta íntegramente la gracia y adhiérete, sin incertidumbres, a la verdad; glorifica y alaba al autor de todo esto, diciendo como Moisés: *Este es mi Dios y lo alabaré, el Dios de mis padres y lo glorificaré* [24]. A ti, pues, y a cualquiera que lo desee se ofrece la posibilidad de entender y enseñar todo esto. A nosotros que hemos recibido, sin vacilación, la luz de la verdad no nos conviene seguir examinando indefinidamente este asunto, puesto que la verdad ha sido ya expuesta con todo cuidado y con la mayor sencillez, ni tampoco es oportuno que, deseando un discurso acomodado a la fiesta, éste quede reducido a disputas. Avance, pues, el sermón hacia su destino, que es la celebración del misterio de este día, que nos exige ante todo una manifestación gozosa.

Alegraos y saltad de júbilo. Ya se hace presente lo que se esperaba. Se acerca la renovación, la redención se halla a las puertas y tenemos ya en las manos la salvación. ¿De qué manera? Escuchemos a David que dice: *Vendrá Dios manifiestamente* [25]. Pero, ¿de dónde vendrá

23. Si 3, 22-23.
24. Ex 15, 2.
25. Sal 50 (49), 3.

y de qué modo? Vendrá desde el cielo, haciéndose semejante a nosotros. Desde los cielos para asemejarse a los hombres en la forma, en la naturaleza y en el aspecto y figura. ¿Cómo es posible que esto se realice, sino a través de la encarnación del mismo Dios? La divinidad hubiera permanecido invisible, si Dios no se hubiera unido a nuestro barro, habitando entre nosotros y haciéndose como nosotros, pero sin tener pecado. El que está por encima de toda la creación y es Señor de toda la creación, se une a la creación para salvar la creación. ¿Dónde y cuando lo realiza? En un espacio virginal y al final de los tiempos, o sea en el momento previsto por David, al anunciar que vendría el Salvador. Esto es, precisamente, lo que hoy celebramos: el nacimiento de la Virgen, que es como el vestíbulo de todas las festividades y el umbral de los misterios de Cristo. Convenía, efectivamente, que fuera preparado el palacio real y así el rey pudiera hacerse presente. Convenía que fueran tejidos primero los regios pañales, para que naciera el niño que es rey. Convenía, en fin, que antes fuera amasada la arcilla, para que luego viniera el alfarero.

Felizmente, el admirable Joaquín y su consorte Ana, movidos por divinas inspiraciones, consiguieron el fruto de su plegaria, que es la Reina de la creación y la primicia de nuestra masa, cuyo día natalicio celebramos y cuyos pañales honramos, al tiempo que veneramos la restauración de nuestra naturaleza, que aquí también tiene su inicio. Ya comienza nuestra deificación, ya se sueltan las ataduras de la precedente esterilidad y Ana, la que era infecunda, se convierte en madre de una hermosa criatura y se alegra de criar con su leche a la virgen niña. Ya se cierran los senderos de la esterilidad; se colman, en cambio, las venas de la fecundidad y el parto de la estéril precede al milagro de la Virgen. Si es admirable, en efecto, que la estéril sea madre, ¿no lo es

más aún que la virgen dé a luz?, pues la una, al ser madre, ya no es estéril; la otra, en cambio, que concibió sin obra de varón, permanece siendo virgen y no se corrompió su seno, ni experimentó aquello que es consecuencia de la maternidad. Lo de la Virgen fue posterior a lo de Ana, que es figura de lo otro. Era conveniente que Aquel, por el cual y en el cual subsisten todas las cosas, como Señor de la naturaleza, realizará en su abuela una nueva maravilla, haciendo que la estéril se convirtiera en madre, para después transformar las leyes de la naturaleza en el caso de su propia madre, de modo que, siendo virgen, fuera madre y quedaran intactos los sellos de su virginidad.

Así es la fiesta natalicia de la Virgen y el punto esencial de la presente celebración es el recuerdo de los pactos de Dios con los hombres, la demostración del cumplimiento de las profecías, la manifestación y el coronamiento del misterio escondido, la visitación del linaje humano, mediante la cual nosotros, que antes estábamos envueltos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, hemos sido visitados e iluminados por la sagrada luz que se nos ha manifestado desde lo alto, es decir: Cristo Jesús, Señor de todos nosotros y Dios Salvador. A Él la gloria, el honor y el imperio, junto con el Padre sempiterno y el Espíritu que da vida, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV

EN LA SANTA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA SEÑORA NUESTRA, LA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA

Si a palmos se pudiera medir la tierra, si, mediante un cordel, se determinara cual es el contorno del mar, si la extensión del cielo se evaluara por codos, si se pudiera contar la multitud de las estrellas e igualmente las gotas de la lluvia y los grumos de tierra, si se pudiera saber el peso de los vientos y la cantidad de las arenas, entonces quizá se podría comprender el asunto que llevamos entre manos. Lo que hoy celebramos es una festividad de la Madre de Dios, el nacimiento de esta dignísima niña, siempre virgen, que no conoció varón, que es reina y profetisa y cuyos regios pañales David, grande entre los reyes y los profetas, con regia perspicacia, los describió, exclamando: *Toda la gloria de la hija del rey está en su interior; aparece con vestidos recamados de oro y con variedad de colores* [1]. Desde lejos, según creo, manifestó David la hermosura y dignidad con que, desde la cuna, esta criatura ha sido divinamente dotada y con la diversidad de adornos se significa la multiplicidad de los dones del divino Espíritu. Personas juiciosas y bien intencionadas han interpretado en este sentido los vestidos recamados, los adornos

1. Sal 45 (44), 14.

de oro y pienso que también los regios pañales. Descubriendo el salmista que, a través de la belleza exterior de la Virgen, se indica su hermosura y decoro interior, exclamó sin rebozo: *Escucha, hija, e inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre y el rey se enamorará de tu belleza* [2] y, aunque esto se refiera claramente a la Iglesia procedente de la gentilidad, no es difícil relacionarlo con la que, por el milagro de la Encarnación, ha sido en verdad constituida templo del que es el Esposo de la Iglesia entera.

Ea pues, los que estamos aquí reunidos celebremos y entonemos cánticos, junto con David, a la hija de David, aclamándola como Madre de Dios; contribuyamos al esplendor de esta fiesta; ofrezcamos a la Virgen los gloriosos títulos de la virginidad; presentemos a la Reina del linaje humano el obsequio de los oráculos proféticos, como preciosos ungüentos; saludémosla con las palabras de Gabriel. Digamos a la que es la Madre del gozo: *Salve, llena de gracia* [3]. Salve oh toda reluciente, por quien ha desaparecido la oscuridad y ha brillado la luz. Salve, llena de gracia, por quien ha cesado la ley y ha aparecido la gracia. Salve, inicio del gozo y fin de la maldición. Salve, verdaderamente llena de gracia, el Señor está contigo; el que antes ya estaba en ti, ahora procede de ti; estaba en ti por su poder y procede de ti por su pro-

2. Sal 45 (44), 11-12.

3. Lc 1, 28. Para comprender el significado de la expresión «Madre del gozo», debemos recordar que el saludo del ángel a María, con la palabra χαιρε, incluye el concepto de alegría y viene a significar un augurio de gran gozo: «Alégrate, oh llena de gracia», que normalmente solemos compendiar con las palabras de saludo «Ave» o «Salve».

pia actuación; antes preparó tu seno como hospedaje, después puso en él su morada, al realizarse el gran misterio de la Encarnación. Salve tú, la única que has recibido en tu seno la bendición, o sea al Señor, para liberar de la maldición a nuestra primera madre. Salve, tú que recibiste de Dios el tesoro de la virginidad, del que procede el parto sin corrupción, que dejó intactas tus virginales riquezas. Salve, oh casta madre y virgen lactante. Salve, diadema de hermosura y reina del género humano, rodeada enteramente de regias prerrogativas. Salve, oh templo sagrado de Cristo, quien desempeñó en el santuario de los cielos, como cosa suya propia, el sacerdocio según el orden de Melquisedec [4]. Salve, vara de Aarón [5], raíz de Jesé [6], cetro de David, indumento real, corona de gracias, figura no escrita [7] de la virginidad, lámina de la santidad [8], racional de las manifestaciones divinas [9]. Salve, mediadora entre la ley y la gracia, sello del antiguo y del nuevo testamento, plenitud manifiesta de toda profecía [10], acróstico de la verdad de las Escrituras inspiradas por Dios, libro viviente y purísimo del Verbo divino, en el que cada día, sin sonidos, ni escritura, el Verbo se manifiesta como escritor. Salve, principio de nuestra restauración y término de las promesas y

4. Cf. Hb 5, 10; 6, 20.
5. Cf. Nm 17, 23; Hb 9, 4.
6. Cf. Is 11, 1.
7. «No escrita» es una expresión frecuente en los Santos Padres, para indicar que en el Antiguo Testamento no se halla una figura o manifestación expresa de ciertas realidades del Nuevo Testamento.
8. Cf. Nm 17, 23; Hb 9, 4.
9. Cf. Nm 27, 21; 1 S 14, 41.
10. Cf. Ef 1, 10; Ga 4, 4.

predicciones que Dios nos ha hecho [11], santuario preanunciado de la gloria divina, esperada salvación de los pueblos[12]. Salve, verdadera escala de Jacob [13], monte humeante [14], arca de santificación [15], que está totalmente recubierta de oro, con el esplendor del Espíritu Santo; vasija dorada que contiene a Cristo; maná del cielo y alimento incontaminado para todos [16]. Salve tú, para quien no rige aquello de *parirás los hijos con tristeza* [17] pues se ha cambiado en una maternidad jubilosa. *Bendita tú entre las mujeres* [18], por quien el pueblo creyente, al reconocer a Cristo, exclama: *Bendito el que viene en nombre del Señor; el Señor es Dios y se nos ha manifestado* [19]. *Bendita tú entre las mujeres*, mística vid plantada por Dios, que extiendes tus frondosas ramas en la Iglesia, entre los escogidos, y de cuyo seno ha brotado para nosotros el racimo maduro de la incorrupción [20]. *Bendita tú entre las mujeres*, campo cultivado por Dios, que nos ha dado la espiga de la vida, nacida sin simiente y llevada en tu seno, como en una gavilla. *Bendita tú entre las mujeres*, tierra deseable, de donde el alfarero tomó el lodo de nuestra naturaleza y reparó el vaso quebrado por

11. La estrecha vinculación de María con la obra salvadora de Cristo es la razón por la que san Andrés aplica a la Virgen muchos conceptos que directamente se refieren al Salvador.
12. Cf. Lc 2, 30-31.
13. Cf. Gn 28, 12ss.
14. Cf. Ex 20, 18.
15. Cf. Sal 132 (131), 8; Hb 9, 4.
16. Cf. Ex 16, 31ss; Heb 9, 4.
17. Gn 3, 16.
18. Lc 1, 42.
19. Sal 118 (117), 26-27; Mt 21, 9.
20. Cf. Os 10, 1; Ct 2, 13-15.

el pecado [21]. *Bendita tú entre las mujeres*, oh nueva Silo [22], en donde reposó el arca espiritual de la encarnación del Verbo de Dios *y habitó corporalmente toda la plenitud de la divinidad* [23]. *Bendita tú entre las mujeres*, que eres la divina Dabir [24], en la que los excelsos maestros de la Santa Iglesia recibían oráculos celestiales y revelaciones proféticas [25]. *Bendita tú entre las mujeres*, oh espiritual Belén, que, por voluntad divina y con el concurso de la naturaleza, has sido constituida y llamada la muy espiritual casa del Pan de vida, que habiendo habitado en ti, según su beneplácito, y mezclándose, sin confusión, con nuestra masa, hizo fermentar la descendencia de Adán, a fin de convertirla en pan viviente y celestial. *Bendita tú entre las mujeres*, pues descuellas sobre el tabernáculo de la ley y de las sombras y de ti procede el gran Besalel [26], Cristo Dios, el cual es la gracia y edificó para sí, con intervención del Espíritu Santo, un templo no hecho por manos humanas, o sea su cuerpo vivificado por el alma. Nada más podemos añadir, oh carísimo, a este merecido cántico nupcial, si no es recogiendo flores en los prados de la Sagrada Escritura para tejer místicamente una corona de alabanzas.

No es posible que, si uno va recorriendo la Escritura divinamente inspirada, no encuentre por todas partes cosas que se refieren a María y, si tú mismo tomas

21. Cf. Jr 18, 1ss.
22. Cf. 1 S 3, 3.
23. Col 2, 9.
24. Nombre hebraico del Santo de los santos.
25. Se refiere a los profetas del Antiguo Testamento, que, con sus escritos, continúan actuando como maestros dentro de la Iglesia.
26. Cf. Ex 31, 2ss.

con interés esta labor, verás muy claramente cuán grande es la gloria que Dios le ha concedido. Mira, pues, con cuántos y con cuán gloriosos nombres se la designa y celebra en la Escritura, como son, por ejemplo, los siguientes: virgen, jovencita, profetisa, tálamo nupcial, casa de Dios, templo santo, segundo tabernáculo, mesa santa, altar, propiciatorio, incensario de oro, santo de los santos, querubines de la gloria, vasija de oro, tablas de la alianza, vara sacerdotal, cetro real, diadema de hermosura, depósito del óleo de la unción, vaso de ungüentos, candelabro, humo vaporoso, antorcha, mecha de lámpara, vehículo, arbusto, roca, tierra, jardín, campo labrantío, fuente, cordera, gota y otros diversos nombres con que los insignes intérpretes del Espíritu Santo designan a María, a fin de interpretar místicamente las figuras simbólicas. Estos símbolos son, por ejemplo, los que mencionamos a continuación: zarza, por aquello que dijo Moisés: *Iré a ver esta gran visión, ¿cómo es que arde la zarza y no se consume?* [27]; retoño, como cuando Isaías dice: *Brotará un retoño del tronco de Jesé y de su raíz se elevará una flor* [28]; raíz: *Aparecerá la raíz de Jesé y el que se levanta para imperar en las naciones: en él las naciones esperarán* [29]; tierra santa: *Moisés, Moisés, quítate el calzado de los pies, porque la tierra que pisas es tierra santa* [30]; tierra deseable: *Despreciaron la tierra deseable* [31]; tierra productiva: *La verdad brotó de la tierra* [32]; Temán: *Vendrá Dios de Temán* [33];

27. Ex 3, 3.
28. Is 11, 1.
29. Is 11, 10.
30. Ex 3, 5.
31. Sal 106 (105), 24.
32. Sal 85 (84), 12.
33. Ha 3, 3.

monte: *El Santo vendrá del monte umbroso y lleno de espesura* [34]. *Se desprendió del monte una piedra, sin intervención de mano alguna* [35]. *Monte en el que Dios se complace en habitar* [36]; olivo: *Yo como olivo fructífero en la casa de Dios* [37]; arca: *Levántate, Señor, y ven al lugar de tu descanso, tú y el arca de tu santidad* [38]; trono: *Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado y toda la casa llena de su gloria* [39]; puerta: *Y me dijo el Señor: «Esta puerta estará cerrada y no se abrirá y nadie pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel entrará y saldrá por ella y será puerta cerrada»* [40]; Sión: *Vendrá de Sión el que salve y quite de Jaboc la impiedad* [41]. *El Señor ha elegido a Sión, la ha elegido para habitación suya* [42]; madre: *La madre Sión dirá: «Éste y el otro han nacido en ella y es el Altísimo quien la ha cimentado»* [43], y *«¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?»* [44]; litera: *Hízose el rey Salomón una litera de maderas del Líbano* [45]; lecho: *Mirad el lecho de Salomón, rodeado de sesenta valientes de los más fuertes de Israel* [46]; volumen: *Y miré y he aquí una mano extendida hacia mí y en ella el volumen de un libro y lo desenvolvió ante mí y estaba escrito por den-*

34. Ibid.
35. Dn 2, 45.
36. Sal 68 (67), 17.
37. Sal 52 (51), 10.
38. Sal 132 (131), 8.
39. Is 6, 1.
40. Ez 44, 2.
41. Is 59, 20.
42. Sal 132 (131), 13.
43. Sal 87 (86), 5.
44. Lc 1, 43.
45. Ct 3, 9.
46. Ct 3, 7.

tro y por fuera y me dijo: «Hijo de hombre, come este volumen» [47]; libro: *Serán para vosotros estas palabras, dice el Señor, como palabras de un libro sellado, que si lo dan a un hombre que conoce las letras, diciéndole: «Lee esto», dirá: «No puedo leer, porque está sellado»* [48]; tomo: *Y el Señor me dijo: «Recibe este tomo nuevo y grande y escribe en él con estilo de hombre: date prisa en arrebatar los despojos, pues ya está cerca»* [49]; tenazas: *Y me fue enviado uno de los serafines y tenía en sus manos un carbón encendido, que, con las tenazas, había tomado del altar, y tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios y te purificará de tus pecados»* [50]; virgen: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y su nombre será Enmanuel* [51]; profetisa: *Acerquéme a la profetisa y ella concibió y parió un hijo y el Señor me dijo: «Ponle por nombre "Toma aprisa los despojos, haz la presa enseguida", pues, antes de que el niño sepa decir padre y madre, serán arrebatados la fuerza de Damasco y el botín de Samaría»* [52]; reina: *A tu derecha está la reina con vestido recamado de oro y con variedad de adornos* [53]; amiga: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna. Levántate, ven, amiga y esposa, ven aquí desde el Líbano* (vendrás desde el principio de la fe). *Tus labios destilan miel; miel y leche, oh esposa, hay bajo tu lengua y el perfume de tus vestidos es como aroma de incienso* [54];

47. Ez 2, 9; 3, 1.
48. Is 29, 11.
49. Is 8, 1.
50. Is 6, 7.
51. Is 7, 14.
52. Is 8, 3.
53. Sal 45 (44), 10.
54. Ct 4, 7-11.

hermana: *¡Qué hermosos son tus ojos, hermana mía, esposa* [55]; huerto: *Huerto cerrado, fuente sellada* [56]; hija: *Escucha, hija, mira, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre y el rey se enamorará de tu belleza* [57]. *Muchas hijas han obtenido riquezas, muchas han realizado maravillas, pero tú las sobrepasas y aventajas a todas* [58]; desposada: *Fue enviado el ángel Gabriel, de parte de Dios, a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón, llamado José, de la casa y familia de David, y el nombre de la virgen era María* [59]; nube: *He aquí que el Señor se sentará sobre una nube ligera y entrará en Egipto y se derrumbarán los ídolos de Egipto* [60]; visión: *Vi una visión de fuego y su resplandor circundante tenía la apariencia del arco que se ve en las nubes en día de lluvia. Tal era el aspecto del resplandor en círculo. Esta visión era una semejanza de la gloria del Señor* [61]; electro: *Y vi como una especie de electro, a manera de fuego, dentro y en derredor de él, desde la cintura hacia abajo* [62]; día y noche: *El día transmite el mensaje al día, la noche comunica a la noche la noticia* [63]; cielo: *Miró desde el cielo el Señor, vio a todos los hijos de los hombres* [64]. *El cielo empíreo es para el Señor* [65]; Oriente: *Reinos de la*

55. Ct 4, 10.
56. Ct 4, 12.
57. Sal 45 (44), 11-12.
58. Pr 31, 29.
59. Lc 1, 26.
60. Is 19, 1.
61. Ez 1, 27-28.
62. Ez 1, 27.
63. Sal 19 (18), 3.
64. Sal 33 (32), 13.
65. Sal 115 (113B), 16.

tierra, cantad a Dios, entonad salmos para el Señor, que asciende a lo más alto de los cielos por el Oriente [66]; Ocaso: *Disponed el camino para el Señor que asciende hacia el ocaso. Su nombre es el Señor* [67]; sol: *Puso su tabernáculo en el sol y es como el esposo que sale de su tálamo* [68]; ciudad: *Cosas gloriosas se han dicho de ti, oh ciudad de Dios* [69]. *Está Dios en medio de ella y no será conmovida* [70]; ladrillo: *Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo, póntelo delante y graba en él la ciudad de Jerusalén y pondrás cerco contra ella* [71]; lugar: *Cuán terrible es este lugar, no es sino la casa de Dios y la misma puerta del cielo* [72]. *Y me arrebató el Espíritu y oí detrás de mí la voz de una gran conmoción: «Bendita sea la gloria del Señor, desde su lugar»* [73]. *No daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob* [74]; vellocino: *Bajará como la lluvia sobre el vellocino y como gota que destila sobre la tierra* [75]; mujer: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* [76]. *Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley* [77]; bienaventurada: *Bienaventurada tú que has creído, porque lo que se te ha dicho, de parte*

66. Sal 68 (67), 33.
67. Sal 68 (67), 5.
68. Sal 19 (18), 6.
69 Sal 87 (86), 3.
70. Sal 46 (45), 6-7.
71. Ez 4, 1-2.
72. Gn 28, 17.
73. Ez 3, 12.
74. Sal 132 (131), 4-5.
75. Sal 72 (71), 6.
76. Lc 1, 42.
77. Ga 4,4.

de Dios, se cumplirá [78]. *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos en que mamaste* [79]; María: *No temas, María, pues hallaste gracia a los ojos de Dios: he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin. Y dijo María al ángel: «¿Cómo será esto para mí, pues no conozco varón?», y el ángel le dijo: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra, por lo cual también lo que nacerá será llamado Santo, Hijo de Dios». Y dijo María: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador»* [80].

¿Y quién no se admirará de que ella haya alcanzado tal excelsitud de llegar a ser Madre de Dios, lo cual es, en verdad, lo más extraordinario que pueda realizarse y que pueda ser escuchado? Hacedme caso y vayamos juntos hacia aquella a quien se dedica esta fiesta, con lo cual el discurso retornará de nuevo al asunto del que se ha desviado un poco. Ea pues, entonemos los himnos propios de este día y, escogiendo algunas cosas que resulten oportunas para los que aquí se han reunido, finalizaremos nuestro sermón.

La naturaleza humana, quebrantada por la antigua caída del primer padre, necesitaba que alguien la reformara y restaurara y, con voz apagada, clamaba al supremo Hacedor, diciendo: *¿Por qué, Señor, te has reti-*

78. Lc 1, 45.
79. Lc 11, 27.
80. Lc 1, 30-37, 46-47.

rado lejos de nosotros? [81] y, con voz más fuerte, por medio de los profetas, se lamentaba de este modo: *¿Dónde están, Señor, tus antiguas misericordias que, por tu verdad, juraste a David?* [82], *¿Dónde está aquel que quiere la misericordia?* [83]. No desdeñó, ni aplazó, ni dejó por largo tiempo el dar cumplimiento a promesas como estas: *No te dejaré, ni te abandonaré* [84], y lo que después dijo a los discípulos cuando iba a subir desde la tierra al cielo, del que nunca se había alejado: *No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros* [85]. Lo mismo había prometido claramente también por los profetas, antes de su inefable encarnación.

Estando así las cosas y llegando ya el tiempo de dar cumplimiento a las promesas, mira lo que hizo para llevar a cabo la salvación de nuestra masa: no trajo desde fuera la herramienta, no reparó el vaso con una sustancia diversa, sino que del mismo barro y, como quien dice, purificando de escorias la misma masa, edificó para sí un templo precioso e inefablemente construido, en el cual Él mismo actuase como único y supremo pontífice y rey y, realizando sacerdotalmente nuestra reconciliación con su Padre, asumiera nuestra naturaleza, de un modo que trasciende la naturaleza, pero que concuerda con nuestra humana naturaleza. Dios se acordó de todos los seres que había creado, pues todas las gentes son obra suya: *Se acordó de sus misericordias, que provienen desde antiguo* [86]. El Señor de los siglos se

81. Sal 9-10, 22.
82. Sal 89 (88), 50.
83. Mi 7, 18.
84. Hb 13, 5; Dt 31, 6.
85. Jn 14, 18.
86. Sal 25 (24), 6.

acordó de la alianza que hizo con los hombres; se acordó de ella y no la desdeñó, sino que al punto otorgó su beneficio; se acordó de David y de lo que antiguamente le había jurado, o sea que de su linaje surgirá Cristo, en quien el edificio de nuestra raza, que se había derrumbado, sería restablecido, igual que se levanta una tienda que ha caído. Así un milagro maravilloso se juntó con otro portento también extraordinario [87].

Estando la virtuosa Ana muy afligida y apesadumbrada especialmente porque su esposo era cruelmente acosado por causa de no tener hijos, Dios liberó a ambos de la esterilidad y, habiendo escuchado sus súplicas concedió a la esposa estéril la prole que antes, por la plegaria, había sido sembrada y al marido le otorgó el fruto que la esperanza había hecho germinar; hallándose los dos áridos y agostados por el cálido viento de la esterilidad, les fue concedida una flor siempre lozana. Así se tornó fecunda la que antes era estéril y se convirtió en una rama floreciente la que no había tenido descendencia. ¿Qué cosa hay más venerable que esta procreación? ¿Qué puede haber más extraordinario que el prodigio por el cual una mujer estéril e infecunda dé a luz a la Virgen y ésta, que es la Madre de Dios, produzca una fruto de virginidad, salido de su vientre, que no recibió semilla y, permaneciendo intacto, resulto fecundo?

¿Por qué las cosas ocurrieron de esta manera? Indudablemente fue con la finalidad de que el excelso milagro de María hallara una confirmación en el de su madre. A María le aconteció lo que antes jamás había conocido

87. Es decir: junto con el milagro de la Encarnación se realizó también el del nacimiento de María de una madre hasta entonces estéril.

la naturaleza humana: concebir sin unión de varón y tener un hijo que no fuera obra de un padre. Se realizó lo que supera la naturaleza: ella concibió, de un modo superior a la naturaleza, al Autor de la naturaleza y fue madre, prescindiendo de aquello que es propio de las madres, y el niño no tenía a quien llamar padre sobre la tierra, habiendo sido concebido sin semilla y dado a luz sin quebranto alguno de su madre. Ana, aunque cuente con diversos precedentes de mujeres estériles que obtuvieron la fecundidad, las sobrepasa a todas. Ellas, si bien fueron esposas de patriarcas y no sin razón merecieron ser liberadas, por un milagro semejante, de las ataduras de la esterilidad, fueron antepasadas muy antiguas de esta sagrada niña y vivieron en tiempos muy lejanos del milagro de la divina encarnación. Ana, en cambio, aparece posteriormente cuando ya se acercaba el final de los tiempos antiguos y ya estaba a las puertas el que iba en búsqueda de la dracma regia, o sea que venía a limpiar, con la intervención del divino Espíritu, aquella imagen impresa en nosotros y que había quedado oculta bajo el polvo. Benignamente se disponía, pues, a restaurar en sí mismo la humana naturaleza.

¿Cuál es ese polvo que ocultó nuestra nobleza? ¿De lo dicho no se deduce fácilmente, aunque no lo digamos nosotros, que nuestro Creador, examinando el polvo con que primero fuimos formados y después reformados, halló lo que en verdad buscaba? ¿Qué es lo que halló? El que, por naturaleza, está libre de toda pasión halló la primitiva imagen recubierta con todas las pasiones. Examinando el polvo de Adán, halló lo que buscaba: un material terreno, semejante a nuestro cuerpo, que fue instalado en un vientre santísimo y virginal. Nuestra espiga de vida halló este campo en el que germinó sin semilla y sin cultivo alguno, naciendo de un modo maravilloso. He aquí el polvo, la espiga y

el campo, con que se ha operado nuestra restauración. Nuestro polvo ha sido regenerado y ha recobrado su antigua dignidad.

¿No ves cuantos misterios encierra la maternidad de Ana y que ella, con el milagro excelso de su gloriosa hija, ha superado a todas las anteriores mujeres liberadas de la esterilidad? ¿Te das cuenta de la importancia que tuvo el que ella concibiera a esta niña, María la Virgen inmaculada, escogida por Dios? ¿Qué otra mujer ha podido ser admirada por tantas y tan grandes maravillas? Puesto que nuestro discurso es incapaz de alcanzar aquella altura de contemplación que corresponde a una tan grande excelsitud y no puede ya pasar más adelante, dirijamos, sin embargo, algunas palabras a la Madre del gozo, celebrando su dicha. Es hermoso, en efecto, que concluyamos el sermón aclamándola a ella con alegría.

¡Salve, llena de gracia! ¡Salve, oh gloriosa! ¡Salve, ofrenda de salvación, que ofreces a todos la alegría! ¡Salve, incensario de oro, lleno de perfumes en verdad espirituales, pues llevas contigo a Cristo, aroma espiritual compuesto de naturaleza divina y humana, que en el fuego, que es la divinidad, sin confusión, ni división, hace sentir la fragancia de su carne, dotada de alma y vida! ¡Salve, oh tabernáculo no hecho por manos humanas, sino construído por Dios, en el que una sola vez, en los últimos tiempos, ha entrado el único Dios y Sumo Sacerdote, para oficiar dentro de ti, de un modo misterioso, para el bien de todos! ¡Oh segunda cortina del Santuario, donde se halla el universal propiciatorio y la venerable sombra de los querubines [88], tú, llevando en el vientre al mismo Señor del santuario, lo

88. Cf. Hb 9, 1; Ex 25-26.

cubriste con el velo de tu seno! ¡Oh candelabro de las siete lámparas [89], adornado con las siete luces de los dones derramados por el Espíritu Santo! ¡Oh lucerna inextinguible de la luz que todo lo ilumina y místicamente alimentada por el óleo de la unción!

¡Salve, altar en el que místicamente es ofrecido, como sacrificio vivo, el cordero que es Cristo! ¡Oh mesa de la iniciación divina, que, de modo inefable, supera todo sagrado ministerio, ya que encima de ella está el pan celestial, Cristo, cordero ofrecido y víctima inmolada en provecho de todos y que da la vida a quienes lo reciben! ¡Oh vaso sagrado del culto espiritual, en que Dios es sacrificado en la carne y santifica a todos y, conviviendo mística y familiarmente con los hombres, permanece entre ellos, aceptando estar en las manos de los pecadores, ser ofrecido a unos labios de barro y mezclarse con el polvo de nuestra carne, aunque sin perder su identidad! [90].

¡Oh inefable anonadamiento! [91] ¡Oh qué inmensa bondad! Dios ha hecho estas cosas en favor nuestro, a través de una mujer de nuestra raza y condición. Esta mujer, sin embargo, fue dotada de una hermosura espiritual tan extraordinaria y peculiar, que Cristo, que es la inexpresable hermosura, se ha prendado de esta belleza y ha escogido a esta singular creatura para madre suya en su segundo nacimiento [92] que se ha realizado

89. Cf. Za 4, 2.

90. En este pasaje san Andrés expresa, con profunda espiritualidad y hondo sentido pastoral, la importancia del Misterio eucarístico en relación a la vida de los fieles y a la piedad mariana.

91. Cf Flp 2, 7.

92. Segundo nacimiento o generación (δεντὲραν γεννησιν) en referencia a la generación eterna del Verbo.

sin obra de padre. Es tal la hermosura, la dignidad y la pureza del cuerpo de la Virgen, que ha merecido albergar en su seno la majestad incorpórea, incomprensible e infinita de una de las tres Personas divinas.

Esta mujer elegida es María la Madre de Dios; refugio de todos los cristianos; primera reparación de la primera caída de nuestros primeros padres; retorno a la inocencia para el corrompido género humano; antigua visión misteriosa y espiritual de la zarza de Moisés [93]; vellocino de Gedeón [94] que, al verlo él humedecido desde el cielo por una silenciosa lluvia, lo consideró como un signo para el asunto que llevaba entre manos y le había sido anunciado en el sacrificio; púrpura de David divinamente bordada, que al Dios hecho hombre proporcionó la carne de David, que asumió como purpúrea vestimenta; trono de querubines, magnífico, ígneo, sublime, que llevó en el seno al Rey y Señor de los ejércitos; dintel del santuario de los cielos, donde están los serafines, que con unas alas cubren su faz, con otras sus pies y con otras vuelan, entonando un excelso y sublime cántico y siendo imposible contemplar la magnitud de esta gloria [95]; puerta del cielo, por la cual solamente ha pasado el Señor de los cielos y a nadie ha permitido el paso, ni antes, ni después de Él [96].

Alégrate por razón de María, oh cielo, pues ella, siendo semejante a ti, ha sido capaz de llevar en su seno al Señor que tú no puedes abarcar; salta de gozo, oh tierra, por María, ya que su maternidad, aproxi-

93. Cf. Ex 3, 9.
94. Cf. Jc 6, 38ss.
95. Cf. Is 6, 2ss.
96. Cf. Ez 44, 2.

mándote al cielo, ha transformado en celestiales a los seres terrenos; aplauda también el mar por el milagro de la Virgen, pues Cristo, el que de ella ha nacido, al ser bautizado en el agua, santificó este elemento.

Alégrese toda la creación, salte de gozo y aplauda con sus manos, pues hoy nos ha nacido una niña, a través de la cual nos llega la salvación y viene a nosotros el Redentor de todo el mundo, Cristo Jesús, el Verbo de Dios, *el que es y que era y que vendrá* [97] y permanece por los siglos. Junto a Él pongamos término a nuestro sermón acerca de la Virgen, que hemos conducido como por un dilatado mar. Al Dios que es Trinidad y es adorado como Padre, Hijo y Espíritu Sato, a esta Santidad en Trinidad ofrezcamos la gloria, el honor y la adoración, ahora y por todos los eternos siglos de los siglos. Amén.

97. Ap 1, 4.

HOMILÍA V

EN LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS Y SEÑORA NUESTRA

Llega hoy para todos el gozo que repara la anterior ruina. El que está en todas partes viene para llenar de gozo todo el universo. ¿De qué forma viene? No escoltado por una guardia, ni conduciendo un ejército de ángeles, ni pregonando a voces su entrada, sino silenciosamente y sosegadamente, a fin de que su venida resulte desconocida para el príncipe de las tinieblas y, mediante este prudente arbitrio, sea cautivada la serpiente y despojado de su botín el dragón asirio que había reducido a esclavitud al hombre, privándolo de su antigua nobleza [1]. La infinita misericordia divina no permitió que quedara perjudicado el hombre, para quien había desplegado los cielos, afirmado la tierra, difundido el aire, extendido el mar y constituido toda la naturaleza visible.

Es por eso que Dios vino a la tierra desde los cielos y se hizo presente entre los hombres y el que no puede ser abarcado se albergó en el seno de la Virgen. Así es como la naturaleza humana acoge los inicios del

1. La serpiente y el dragón asirio representan a Satanás y, en general, a los espíritus malignos. Acerca del designio divino de ocultar al diablo el misterio de la Encarnación, véase el testimonio de san Ignacio de Antioquía, alegado por san Andrés en la homilía III, nota nº. 15.

gozo y el comienzo de su divinización y, desechando las muy engañosas riquezas del pecado, es adornada como esposa destinada para el Creador; nuestra primera hechura se transforma y adquiere una nueva disposición y el mundo envejecido se despoja de la decrepitud que proviene del pecado. En consecuencia, *alégrese el cielo en lo alto y las nubes derramen la justicia. Que los montes destilen dulzura y los collados alegría, porque el Señor ha tenido piedad de su pueblo* [2]. Hoy, efectivamente, se manifiesta *el misterio escondido desde los siglos* [3] y *todas las cosas obtienen en Cristo su recapitulación* [4]. Hoy el poder creador de todas las cosas lleva a término lo que había predeterminado y realiza lo que tenía previsto hacer en favor nuestro, venciendo al autor de todo mal. Por eso cantan a coro los ángeles, se alegran los hombres y todo el mundo renovado vuelve a ser como en un principio. ¿Qué mente o qué lengua pueden abarcar todo esto? No hay palabra que pueda expresarlo, ni oído que pueda percibirlo.

Con razón, pues, se ha instituido la brillante y gozosa fiesta de este día y todos celebramos exultantes la elevación de nuestra humana naturaleza. ¿Qué representa esta festividad y cuál es su grandeza? Se trata del gozo de toda creatura y de la restauración de todo el género humano. Hoy se hacen unos anuncios gozosos, se manifiesta la benignidad de Dios y la alegría de la salvación del mundo entero. ¿De dónde y de parte de quién vienen estos anuncios y a quién van dirigidos? Vienen del cielo, de parte de Dios, y se dirigen a una

2. Combinación de diversos textos: Is 45, 8; Am 9, 13; Sal 65 (64), 13; Is 49, 13.

3. Ef 3, 9; Col 1, 26.

4. Ef 1, 9.

virgen, desposada con cierto varón. ¿Quién es esta virgen y quién es el varón? ¿Cómo se llaman? Ella se llama María y él José y ambos pertenecen a la estirpe de David. ¿Quién es el mensajero y de dónde viene? Es el arcángel Gabriel, que es enviado de lo alto con este extraordinario ministerio. Convenía, ciertamente, que fuera un embajador del Altísimo que, bajando del cielo a la tierra, sirviera de mensajero del misterio que supera toda maravilla. ¿Cuál es este misterio? El de que Dios se abajara hasta nosotros, nos manifestara su misterioso plan de salvación, escondido desde los siglos, y realizara lo que su divina voluntad había determinado. ¿Dónde, cuándo y con qué fin se llevaron a cabo estas cosas? En Nazaret, ciudad de Galilea, en el sexto mes desde la concepción de Juan [5] y con el designio de anunciar al que había de albergarse en el seno de María. Así pues, Gabriel, volando desde lo alto de los cielos hasta una habitación terrena, llegó a Nazaret y, entrando en la casa de la Virgen, sin alarde alguno comunicó el mensaje de la inefable obra de la salvación. Este es el misterio de la divina reconciliación con los hombres [6]. Esto es lo que celebramos festivamente: la proximidad de Dios a los hombres, la divinización de lo que por Él ha sido asumido, la restauración de nuestra imagen, el cambio hacia lo mejor, la exaltación y subida hacia los cielos.

Por eso hoy todas las cosas experimentan una gran alegría y todo el conjunto de las potencias celestiales aprueban nuestra reconciliación con Dios, pues les resulta muy agradable nuestra enmienda y nuestro camino de rehabilitación y de progreso, pues ellos son muy

5. Cf. Lc 1, 26.
6. Cf. Rm 11, 15.

compasivos y bondadosos con los hombres, como *enviados que son para el servicio de quienes han de alcanzar la herencia de la salvación* [7]. Regocíjense, pues, hoy todas las cosas y salte de júbilo la naturaleza, pues todo el cielo se manifiesta y la tierra secretamente recibe al Rey universal. Nazaret, imitando al Edén, recibe dentro de sí al que plantó el Edén, el Padre de las misericordias desposa a su Unigénito con la tan distanciada humanidad y Gabriel, desempeñando su ministerio, saluda a la Virgen con el «Ave» y a través de ella, que es hija de Adán y de David, se adquiere de nuevo aquel gozo que la primera madre había destruido. Hoy el Padre de la gloria, compadecido de la humana naturaleza, corrompida en Adán, la mira con ojos propicios. Hoy Aquel que tiene entrañas de piedad manifiesta el abismo de su más extraordinaria misericordia y hace derivar hacia la naturaleza humana su compasión, como si quisiera cubrir el mar con una inmensa abundancia de aguas [8]. Era conveniente que Aquel desde el cual, por el cual y en el cual subsisten todas las cosas [9], por su misericordia, cambiara la condena de nuestra antigua ruina y, uniéndola a su gloria, glorificará la naturaleza que en Adán había perdido su dignidad, y era también oportuno que la verdad desmintiera el consejo dado por el padre de la mentira, por el cual había venido la primera prevaricación, que representó la ruina de la descendencia de Adán.

Por eso el gran rey David, el que es antepasado de Dios [10], en los salmos se expresa así: *La misericordia y la*

7. Hb 1, 14.
8. Cf. Jb 36, 30.
9. Cf. Rm 11, 36; Col 1, 16-17.
10. θεοπάτωρ es el título sobremanera honorífico que san Andrés y otros predicadores bizantinos aplican a David.

verdad se han encontrado, la justicia y la paz se han besado [11]. ¿Por qué dice esto, sino para poner de manifiesto la misericordia que el Hijo, según el beneplácito del Padre, ha tenido para con nosotros? Efectivamente, siendo dispensador de piedad, se ha hecho semejante a nosotros, pero sin el pecado, para destruir el pecado, levantarnos a nosotros, caídos en el pecado, y recomponer aquello que estaba quebrado, dejándolo sin rotura alguna. Su manifestación a los hombres ha sido real y no una mera apariencia. No se trata, como alguien ha podido decir, de que haya asumido nuestra carne simuladamente, sino con toda verdad, por amor a los hombres y según la misma naturaleza humana, haciéndolo así el que está por encima de toda naturaleza y concediéndonos una participación de su divinidad, realizando su obra salvadora no en apariencia, sino en la realidad de la carne, aunque sin sufrir cambio alguno en su esencia divina.

La palabra profética dice: *La misericordia y la verdad se encontraron* y, con razón, añade: *La justicia y la paz se besaron.* La justicia es la sentencia contra el que agravió a nuestros primeros padres. ¿Cuándo y por quién fue pronunciada? En el día de hoy y por el Padre celestial. El que, por su naturaleza, es misericordioso determinó justamente que su Hijo unigénito se manifestara con nuestra propia naturaleza, para condenar a nuestro adversario. La paz es la que, al nacer el Hijo de Dios, el Príncipe de la paz, fue proclamada por el coro de los ángeles, al cantar: *Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra y, entre los hombres, buena voluntad* [12]. La gloria que el género humano ha obtenido

11. Sal 85 (84), 11.

12. Lc 2, 14. Texto que aparece en algunos códices y resulta algo distinto de la forma más conocida y divulgada.

en Cristo es, según lo expresa el gran Apóstol, que haya sido levantado por encima de los cielos y sobre todos los principados, potestades y virtudes [13]. La paz es la que Cristo, como mediador [14], nos ha traído, uniendo lo terreno con lo celestial y ofreciendo a quienes están sobre la tierra un nuevo camino para subir a los cielos. La buena voluntad es aquella que el Padre nos ha demostrado, a nosotros reos del pecado, enviándonos a su amado Hijo, demostrando la complacencia que tiene en Él y poniéndose de manifiesto, por parte del Hijo, su total acuerdo con la voluntad del Padre, al realizarse la obra de nuestra salvación. Esto es lo que ahora celebramos. Gabriel, en el día de hoy, desempeña el encargo recibido y, actuando como mensajero entre Dios y los hombres, es el primero en anunciar a la Virgen la prenda de una total reconciliación.

El Padre de las misericordias, apiadándose del género humano que había conocido la ruina, a causa de su caída en el pecado, y acordándose de la obra de sus manos y no sufriendo el ver a los hombres sumidos hasta el fin en la desgracia, primero puso en manos de Moisés la ley escrita en tablas de piedra, pero, como *la ley escrita nada hubiese llevado a la perfección* [15], envió a hombres portadores del Espíritu, o sea los profetas, videntes escogidos, para que enseñaran a todos los buenos caminos de Dios; pero aquellos a quienes habían sido enviados tenían obstruidos los sentidos y no se convirtieron. A pesar de todo, el Creador no miró con desprecio nuestra naturaleza, sino que, desde su seno purísimo y lleno de bondad, llamando a su Hijo que

13. Cf. Ef 1, 21.
14. Cf. 1 Tm 2, 5; Hb 9, 15, etc.
15. Hb 7, 19.

es igual a Él en el poder, la majestad y la bondad, nos lo envió a nosotros, indignos de sus beneficios, *que hemos alcanzado las postrimerías de los siglos* [16], pensando que era mejor que se realizara la salvación de quienes habían cometido maldades y que no quedara sumida en el desprecio una obra tan singular dentro de la creación.

A uno de los principales ángeles, al que había destinado para este sagrado anuncio, haciéndole, según pienso, alguna señal propia de la majestad divina, le dijo: «Gabriel, ve a Nazaret, ciudad de Galilea, donde habita una joven virgen, desposada con un varón llamado José, y María es el nombre de esta virgen» [17]. «¿A Nazaret –pregunta el ángel– y con qué finalidad?». El motivo es que la hermosura de esta virginidad ha resultado tan agradable a Dios, que ha escogido a esta doncella, como rosa surgida entre espinas, y también que hay una profecía que dice: *Será llamado nazareno* [18]. ¿Quién es este nazareno? Es aquel a quien Natanael proclamará Hijo de Dios y Rey de Israel [19]. Por lo demás, es propio de Gabriel servir de ministro en los divinos misterios, como sabemos por Daniel [20].

«Encamínate, pues, a Nazaret, ciudad de Galilea, y apenas llegues comunica a la Virgen el anuncio del gozo perdido por Eva y cuida de no perturbar el espíritu de María». Se trata, efectivamente, de un anuncio de alegría y no de desgracia, de un saludo agradable y no angustioso. ¿Cuándo ha tenido o tendrá jamás un gozo

16. 1 Co 10, 11.
17. Cf. Lc 1, 26-27.
18. Mt 2, 23.
19. Cf. Jn 1, 49.
20. Cf. Dn 8, 16; 9, 21-22.

tan grande la naturaleza humana, sino al hacerse partícipe de la naturaleza divina y producirse una unión tan íntima y singular con la misma sustancia divina? ¿Qué puede haber más admirable que el contemplar que Dios haya condescendido a entrar en el seno materno de una mujer? ¡Qué gran prodigio! En las entrañas de una mujer habita Dios *que tiene por trono los cielos y la tierra es el escabel de sus pies* [21]; en el seno de la Virgen se halla el que es Dios y, estando sobre los cielos, reina con el Padre, desde toda la eternidad. ¿Qué hay de más extraordinario que ver a Dios en forma humana, sin que haya dejado nada de su divinidad, y observar que así la naturaleza humana está estrechamente unida a su Creador y que, habiendo antes caído en el pecado, ahora se encuentra revestida de la divinidad?

¿Qué hizo Gabriel? Apenas oyó estas cosas y conoció lo que había sido establecido por divina disposición, pero que resultaba superior a sus fuerzas, se encontraba entre el temor y el gozo, como quien no se arriesga a actuar al momento y, por otra parte, no cree conveniente oponerse a lo determinado. Sin embargo, obedeciendo al mandato divino, voló hacia la Virgen y, llegando a Nazaret, se acercó a la casa.

Pienso que entonces, como quien está cavilando y reflexiona sobre sus propios pensamientos, se decía interiormente: «¿Cómo desempeñaré este mandato divino? ¿Entraré repentinamente en el aposento? El ánimo de la Virgen podría asustarse. ¿Me acercaré poco a poco? Entonces la joven podría pensar que voy furtivamente. ¿Tocaré a la puerta? Esto no es propio de los ángeles, pues quien es incorpóreo no encuentra obstáculos materiales. ¿Abriré primero la puerta? Yo puedo entrar

21. Is 66, 1.

aunque esté cerrada. ¿Llamaré a la Virgen por su nombre? Esto podría causarle temor. Voy a actuar, pues, acomodando mi empeño a la voluntad del que me envía, ya que su propósito es la salvación del género humano, lo cual, aunque aparezca como algo extraordinario, es un misterio de reconciliación colmado de misericordia».

El ángel continuaba haciéndose estas reflexiones: «¿Cómo me presentaré a la Virgen? ¿Qué le diré primero? ¿El anuncio del gozo o que mi Señor habitará en ella? ¿La venida del Espíritu Santo o la sombra del Altísimo que se posará sobre ella? Saludaré con el "Ave" a la Virgen y le daré a conocer el milagro. Me acercaré, la saludaré con el "Ave". Este saludo afectuoso será una buena entrada para la confianza. Vaya por delante el "Ave", como prenda de la conversión que ha de seguir después. El "Ave" no sólo no causará ningún temor a la doncella, sino que, desde un principio, tranquilizará su ánimo. Empezaré con la manifestación del gozo, puesto que llevo un mensaje de alegría. Es conveniente saludar con un anuncio gozoso a la Reina del gozo. Gozosa es la actuación, feliz el tiempo, agradable el mandato; existe una voluntad de salvación y el inicio de un gozo inacabable».

Después de que el arcángel tomó, dentro de sí, estas determinaciones, se presentó en la morada de la Virgen y, llegando al aposento donde ella se encontraba, se acercó silenciosamente a la puerta y, entrando, le habló con suave voz, diciéndole: *Salve, llena de gracia, el Señor está contigo* [22]. El que existe desde antes que tú, hoy está contigo y de aquí a poco nacerá de ti. Lo uno es en cuanto a la eternidad, lo otro en cuanto al tiem-

22. Lc 1, 28.

po. ¡Oh inmensa bondad y clemencia! Esto no es sólo anunciar el gozo, sino también el autor del gozo, el cual va a nacer de la Virgen. *El Señor está contigo* significa claramente que quien se hace presente es el propio Rey que toma enteramente de ella su cuerpo, sin apartarse de su propia gloria.

¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo! ¡Salve, oh procuradora del gozo, por medio de ti ha desaparecido la sentencia de nuestra ruina y, en su lugar, se ha proclamado el decreto de nuestra felicidad! ¡Salve, verdaderamente bendita! ¡Salve, esclarecida! ¡Salve, magnífico templo de la gloria divina! ¡Salve, palacio sagrado del Rey! ¡Salve, tálamo en que Cristo se desposó con la humana naturaleza! ¡Salve, elegida por Dios desde el principio! ¡Salve, reconciliación de Dios con los hombres! ¡Salve, tesoro de vida inmaculada! ¡Salve, cielo altísimo, en que habita la gloria del Sol eterno! ¡Salve, tú que eres la única que has llevado dentro de ti al Dios que es del todo inabarcable! ¡Salve, tierra santa y virginal, de la cual, de un modo inefable, ha sido formado por Dios el nuevo Adán, que salvó al antiguo! ¡Salve, levadura sagrada, destinada por Dios a fermentar de nuevo toda la masa humana, para que, convertida en pan, por el cuerpo de Cristo, alcanzara una maravillosa cohesión! *¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo,* el mismo que dijo: *Hágase la luz, hágase el firmamento* [23] y las demás obras magníficas de su poder creador! ¡Salve, madre del gozo perenne! ¡Salve, nueva arca de la gloria, en quien reposó el Espíritu divino, después de haber descendido de lo alto; arca en la que el que es santo por naturaleza asumió la santificación de una nueva gloria, por el extraordinario misterio de

23. Gn 1, 3-6.

la Encarnación en el seno virginal, sin dejar, ni cambiar lo que era, puesto que es inmutable, sino asumiendo lo que no tenía, por amor al hombre! ¡Salve, ánfora de oro, que contienes a Aquel que hace dulce el maná y que hizo brotar miel de la piedra, para el ingrato pueblo de Israel! [24]. ¡Salve, seráfica tenaza del místico carbón! [25]. ¡Salve, espejo de un conocimiento profundo y anticipado, a través del cual los insignes profetas, iluminados por el Espíritu Santo, vieron místicamente el acercamiento a nosotros de la ilimitada fuerza de Dios! ¡Salve, dioptra [26] de felices augurios, mediante la cual los que estaban sumidos en la oscuridad y sombras del pecado, viendo al Sol de justicia que gloriosamente venía de lo alto, han sido plenamente iluminados! ¡Salve, ornamento de todos los profetas y patriarcas y anuncio exactísimo de los inescrutables decretos de la sabiduría divina!

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre [27]. Con razón eres bendita, pues te ha bendecido Dios y has sido su tabernáculo, cuando inefablemente llevaste en tu seno a Cristo Jesús, verdadero hombre del todo lleno de la gloria del Padre y verdadero Dios, pues posee perfectamente ambas naturalezas. *Bendita tú entre las mujeres,* pues en el inviolado depósito de tu virginidad libremente contuviste el tesoro celestial *en que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* [28]. Bendita en ver-

24. Cf. Ex 16, 13ss.
25. Cf. Is 6, 6.
26. Material semitransparente que, colocado en las ventanas, dejaba pasar la luz.
27. Lc 1, 42.
28. Col 2, 3.

dad eres tú, *cuyo seno es como montón de la era* [29], pues, sin semilla, ni cultivo, has fructificado, dándonos a Cristo, fruto de bendición y espiga de inmortalidad, y has producido abundante cosecha de miles de millares de personas llevadas por el cultivador al gozo de la salvación. Bendita eres verdaderamente, tú que escogida entre todos y preparada de antemano como madre de tu Creador, quedaste libre de lo que es común a toda maternidad, pues tu singular virginidad no ha sido destruida por ser madre y por dar a luz, puesto que Aquel que es fruto virginal de tu seno ha conservado incólumes los sellos de tu pureza. Bendita tú, en verdad, que has concebido sin conocer varón, pues el que extendió los cielos, ha transformado en cielo la tierra de tu virginidad. *Bendita tú entre las mujeres*, escogida para heredar la bendición que, a través de Abraham, prometió Dios a los pueblos [30]. Bendita tú en verdad, porque has sido constituida madre de tu bendito hijo Jesucristo nuestro Salvador y, gracias a ti, el pueblo ha podido aclamarlo, diciendo: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* [31], y también: *Bendito sea el nombre de su gloria por los siglos y toda la tierra se llenará de su gloria. Amén. Amén* [32].

Bendita eres entre las mujeres, tú a quien llaman bienaventurada las generaciones [33], a quien glorifican los reyes, veneran los príncipes, suplican los poderosos del pueblo y acompañan las vírgenes, precediéndote unas y siguiéndote otras, para entrar juntas en el santuario del

29. Ct 7, 2.
30. Cf. Gn 22, 14ss.
31. Mt 21, 9 y lugares paralelos.
32. Sal 72 (71), 19.
33. Cf. Lc 1, 48.

Rey [34]. *Bendita eres entre las mujeres*, tú a quién, con mirada profética Isaías llamó *profetisa* y *virgen* [35] y también certeramente designó como *ladrillo, huerto, visión* y *encabezamiento del libro*, tratándose de aquel volumen cerrado con sellos [36]. Bendita tú, verdaderamente, a quien Ezequiel denominó... *Oriente* [37] y *puerta cerrada, por la que sólo Dios había de pasar y de nuevo quedaría cerrada* [38]. Tú sola eres verdaderamente bendita, a quien Daniel, varón de deseos, contempló como *monte grande* [39], el admirable Habacuc vio como *monte umbroso* [40] y tu antepasado, el rey David, te ensalzó proféticamente como *monte de Dios, monte fértil, monte cuajado, monte donde Dios se complace en habitar* [41]. *Bendita eres entre las mujeres*, tú a quien Zacarías, muy buen observador de los divinos misterios, vio como *candelabro de oro de siete lámparas* [42], adornado y resplandeciente con los siete dones del divino Espíritu.

Bendita, verdaderamente, eres tú, paraíso espiritual del árbol de la vida que trae la salvación, tú que llevas contigo real y visiblemente a Cristo, el que plantó el Edén y que, saliendo de tu fecundo seno, riega la faz de la tierra, cual río de inefable poder, por la cuádruple corriente del Evangelio [43]. *Bendita tú entre las mu-*

34. Cf. Sal 45 (44), 15-16.
35. Cf. Is 8, 3; 17, 14.
36. Cf. Is 29, 11.
37. Hay una laguna en el texto, que seguramente corresponde al concepto de puerta que mira hacia el Oriente. Cf. Ez 46, 2.
38. Ez 44, 1-2.
39. Dn 2, 35.
40. Ha 3, 3.
41. Sal 68 (67), 16-17.
42. Za 4, 2.
43. Cf. Gn 2, 10.

jeres y bendito el fruto de tu vientre. Habiendo comido de este fruto, Adán nuestro primer padre vomitó aquel antiguo alimento con el que fue engañado [44]. De este fruto es de donde procede el endulzamiento de aquel árbol amargo, con lo cual la humana naturaleza ha sido purificada. De este fruto dimanan también las copiosas aguas surgidas en el desierto, por donde Israel andaba errante, y que en Mará fueron convertidas en dulces [45]; del mismo fruto proviene aquel nuevo pan llovido del cielo y no cosechado por el cultivo de la tierra [46]. Bendito aquel fruto que, por medio de Eliseo, con la aspersión de la sal, convirtió en potables y fecundas las aguas amargas y estériles [47]. Bendito el fruto que brotó del incontaminado germen del seno virginal, como racimo de uva ya maduro y maravillosamente ennegrecido. Bendito el fruto del que brotan las fuentes del *agua que salta hacia la vida eterna* [48], fruto del que procede el pan de vida que es el cuerpo del Señor y el cáliz de inmortalidad, que es bebida de salvación. Bendito el fruto al que aclama como santo toda lengua *en el cielo, en la tierra y en el abismo* [49] con la triple invocación a la divina Trinidad [50], atribuyéndole unidad en su esencia y distinguiendo la diversidad de personas que están unidas en un solo poder. *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.*

44. Cf. Sb 10, 1-2, en que aparece Adán rehabilitado después de la caída.

45. Cf. Ex 15, 22ss.

46. Cf. Ex 16, 33ss.

47. Cf. 2 R 2, 19ss.

48. Jn 4, 14.

49. Flp 2, 10.

50. Alusión al trisagio de la liturgia bizantina y de todos los demás ritos, orientales y occidentales, relacionado con Is 6, 3.

Ella se turbó con estas palabras y discurría qué podría ser esta salutación [51]. El texto evangélico dice que se turbó, pero esto no fue en modo alguno porque la incredulidad afectara su ánimo, sino más bien por precaución ante lo insólito de la aclamación, temiendo que aquella visión quizá podría resultar un presagio de infortunio. No le acaeció, sin embargo, nada desagradable, como antes le ocurrió a Zacarías en el atrio del santuario, cuando se mostró incrédulo y, por castigo, su esterilidad se transformó en mudez [52].

Siendo ella pura y estando exenta de toda mancha, hallándose, además, apartada del trato con cualquier varón y acostumbrada a ocupar su ánimo en una constante contemplación de las cosas celestiales, resultó que el expresado saludo le produjo turbación. Era, en efecto, normal y conveniente que ella se quedara de momento ansiosa y examinara lo que se le había dicho, no prestando oídos a su interlocutor de un modo irreflexivo. Por eso, muy oportunamente hace notar el evangelista que *ella discurría qué podría significar aquel saludo*, como si sometiera su propio pensamiento al tribunal de su mente pura, a fin de no aceptar irreflexivamente lo que se le comunicaba. Es lógico pensar que, siendo ella de noble condición y de la descendencia de David, no ignoraba lo que contienen las divinas Escrituras, de manera que al punto dirigiría su pensamiento hacia la caída de la primera madre, reflexionando sobre el engaño que sufrió y sobre los otros asuntos que aparecen en las historias antiguas. No sin razón, pues, el evangelista la presenta reflexionando, a fin de hacernos ver cuánta era su inteligencia y qué sabiduría

51. Lc 1, 29.
52. Cf. Lc 1, 9ss.

más notable, firme y segura poseía, sin que hubiera en su conducta ligereza alguna. No era conveniente, en efecto, dar asentimiento a una tal salutación, sin someterla antes al exámen de un recto juicio [53].

Deseando María apaciguar la turbación de su ánimo, no dijo nada, sino que, con una actitud un tanto dubitativa, demostraba, sin palabras, cuál fuera el estado de su espíritu acerca de lo que podría significar una tal salutación, como si dijera: «¿Acaso yo voy a ser la única entre las mujeres que establezca un nuevo sistema en la naturaleza? ¿Por ventura es posible que yo pueda llevar fruto en mi seno, sin estar unida a un varón? ¿Qué significa una tal salutación? ¿Quién es y como ha entrado aquí el que me trae este mensaje? Parece como si no tenga cuerpo, ¿será un ángel?, pero en realidad, habla como un ser humano. No comprendo lo que veo y estoy en una gran incertidumbre respecto del que me habla».

¿Qué hizo entonces Gabriel? Apenas se dió cuenta de la turbación de la joven, enseguida le dirigió la palabra, diciendo: *No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios* [54]. Primero reprimió el temor y seguidamente suscitó la confianza, diciendo: *No temas, porque has encontrado gracia ante Dios,* o sea has hallado la gracia que perdió Eva. Nombrando la gracia, aclaró lo que hubiera de ambiguo en su manifestación

53. San Andrés de Creta insiste mucho en la inicial perplejidad de María, al recibir el anuncio del ángel. Lo mismo y aun con más detención hace san Germán de Constantinopla en su homilía sobre el mismo tema (PG 98, 319-339). Quizá en este modo de proceder se refleje la preocupación pastoral de advertir a las vírgenes consagradas y a las doncellas en general, que se mostraran cautas y recatadas en el trato con los varones.

54. Lc 1, 30.

y lo que hasta entonces pudiera parecer inseguro o equívoco. Con las palabras *has hallado gracia ante Dios*, hizo desaparecer todo el temor de la Virgen. No temas, María, no es fraudulenta mi actitud, ni he venido con intención de engañar. No te habla la serpiente con sus silbidos, ni yo te hablo como un mensajero terrestre. Vengo desde lo alto, trayéndote una buena nueva, que no es una simple buena noticia, sino una buena nueva llena de gozo. No temas María. Este mensaje no es de burla, ni es un anuncio de tristeza.

El Señor está contigo, el Señor que es el dispensador de toda alegría, el Salvador de todo el mundo. Contigo está el que no se ha separado del seno del Padre, pero que se aloja en tu seno. Te he llamado *llena de gracia*, para manifestar el gozo del misterio en ti realizado. *Llena de gracia*, tú que has albergado en tu seno toda la gracia y la vestidura graciosa y espléndida de los dones divinos [55]. He dicho que el Señor está contigo, para indicar el poder del que a ti ha venido y que es *el Señor, Dios poderoso, Príncipe de la paz y Padre del siglo futuro* [56]; es el hijo de una virgen y el Salvador de todo el mundo. *El Señor está contigo*, la gracia y la verdad están contigo, o sea el Señor de la ley, el Padre de la gracia, la fuente de la verdad. No temas, María, el Señor está contigo; el que tiene poder sobre todo señorío, el Hijo del Padre de las luces, engendrado por Él desde toda la eternidad y que, en el tiempo, ha nacido de ti,

55. San Andrés se hace eco de la opinión muy divulgada entre los bizantinos de que el ángel anuncia a María lo que Dios ya ha realizado en ella. También es propio del estilo oratorio presentar como ya realizadas cosas que aún han de ocurrir, pues el predicador tiende a enlazar los relatos del pasado con las realidades del presente.

56. Is 9, 6.

por la carne; el que está arriba, totalmente en el seno del Padre, y abajo, totalmente en tu vientre. Está contigo y en ti, pues se apresura a venir a ti y, entrando en tu seno, tiene cabida y encuentra lugar en él, a pesar de que, por naturaleza, es inabarcable.

No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios, aquella gracia que no recibió Sara, que no conoció Rebeca, que ignoró Raquel. Has hallado la gracia que no merecieron la famosa Ana, ni su rival Fenenna. Éstas, efectivamente, por más que de estériles pasaron a ser madres, perdieron a la vez la esterilidad y la virginidad, tú, en cambio, siendo madre, conservas intacta la virginidad. No temas, por tanto, ya que has hallado gracia ante Dios, gracia que, desde un principio, nadie ha encontrado como tú, pues ¿quién ha podido jamás tener una gracia tan excelente ante Dios?

Has hallado gracia ante Dios y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo y le pondrás por nombre Jesús [57]. ¡Oh qué gran milagro! Primero el ángel aclara la dificultad que tenía perpleja a María, para luego ofrecerle la explicación de las palabras. Observa cuántas cosas realiza en pocos momentos: calma el temor, anuncia la gracia, declara la maternidad, profetiza el nacimiento, manifiesta la imposición del nombre del que ha de nacer y no acaba aún con esto la comunicación, sino que, a fin de manifestar el poder del que está en el seno materno, añade enseguida: *Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo y el Señor le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin* [58].

57. Lc 1, 31.
58. Lc 1, 32-33.

¿No ves cómo elimina el temor de la Virgen y cuánta confianza proporciona a su espíritu? Diciendo que el que ha de nacer es el Hijo del Altísimo y mencionando a David como padre suyo, hace que al instante se eleve a gran altura la mente de María, como a continuación se declara. Fíjate en la prudencia de la Virgen, pues, habiendo oído estas cosas y conocido la suprema y firme decisión de la voluntad divina, dice al ángel: *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?* [59]. Sorprendente es lo que me ofreces, pues me anuncias una cosa que traspasa los límites de la naturaleza. Estoy exenta de matrimonio; me hallo prometida, pero no entregada al varón; estoy desposada, pero no conozco a José como marido; vivo con mi esposo, pero él no comparte mi cámara; mi seno no ha recibido semilla, ni ha experimentado cultivo. *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?* ¿Voy a ser la única a quien la naturaleza haga madre, sin la unión matrimonial? ¿Acaso yo sola voy a conocer una especial maternidad, que esté por encima de la naturaleza? No se han realizado las nupcias, no he experimentado ninguna relación de matrimonio. No me he unido matrimonialmente a José; le reconozco como mi custodio, no como mi marido. ¿Cómo, pues, podrá ser esto?

Al punto contesta Gabriel, contrarrestando lo limitado de la pregunta con lo elevado de la respuesta. «¿Por qué dices esto, oh bienaventurada? ¿Por qué pronuncias tales palabras? Yo vengo del cielo, presentándote un nuevo y excelso modo de efectuarse la concepción. No te hablo de una manera terrena. Te he dicho: *El Señor está contigo* y tú, como si dudaras, me dices: ¿Cómo será esto? Yo te anuncio que ha de estar

59. Lc 1, 34.

en tu seno Aquel por quien he sido enviado y tú me hablas del varón y de un nacimiento de aquí abajo y dices: ¿Cómo será esto? Observa cómo floreció la vara [60], como brotó agua de la piedra, cual si estuviera encinta [61], como prendió el fuego en la zarza, sin consumirla [62]. Si das fe a todo ello, no dejes de creer también en lo que te digo. El que realizó aquellas cosas es el mismo que llevas en tu seno. Serás madre de un modo nuevo y sobrenatural, dispuesto por Dios. No será como en el caso de Isabel o de Ana, tu madre, pues ellas fueron madres al ser fecundadas por semilla humana, tú, en cambio, lo serás sin semilla y sin intervención de varón».

Si quieres saber el modo cómo esto se ha de realizar, te lo manifestaré abiertamente: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra* [63], pues no has de dar a luz por voluntad de la carne, ni ha de mediar placer carnal alguno, para que la Madre de Dios conciba a su Hijo, pues esta maternidad traspasa los límites de la naturaleza. Si este parto está totalmente libre de lo que es propio de la naturaleza, es lógico que se halle investido de una dignidad superior. Al revés de lo que ocurre siempre, ninguna aflicción se manifiesta en este excelso alumbramiento y nadie, fuera de ti, ha conocido algo semejante. *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra.* Mira cómo se manifiesta el misterio trinitario. Al decir Espíritu Santo se hace referencia al Paráclito; con la expresión *el poder* (del Altísimo) se desig-

60. Cf. Nm 17, 6ss.
61. Cf. Ex 17, 5ss.
62. Cf. Ex 3, 2-3.
63. Lc 1, 35.

na claramente al Hijo, y al mismo tiempo, con la palabra *Altísimo* se alude a la persona del Padre. Al decirse: *te cobijará con su sombra*, según mi parecer, se indica lo que Habacuc observó con aguda visión profética, designando a la Virgen como *monte umbroso* [64], con lo cual muy expresivamente se refiere al poder del Espíritu que cubre con su sombra a la que ha suscitado, como excelso tabernáculo, para realizar el misterio de la Encarnación, a fin de que en su seno, como en un desierto en que no existe mancha ni corrupción alguna, fabricase el santuario, no hecho por manos de hombres, que es el cuerpo de Cristo, como se verá a continuación.

El que nacerá será santo y se llamará Hijo de Dios [65], pues el que se ha hecho un niño, por el beneplácito del Padre Santo y por obra del Espíritu Santo, existe desde siempre y con razón será santo y se llamará Hijo del Altísimo, siendo como es el Verbo eterno de Dios. Claramente ha sido manifestado a la Virgen quién era, de qué dignidad, y de dónde procedía el que en ella y de ella había sido concebido, pues era el propio Hijo de Dios el que de ella iba a nacer. Para mostrárselo aún con más claridad y certeza, el ángel declara a María la maternidad de Isabel, como si le dijera: El que, por encima de todo lo previsible, ha podido hacer fecundas las entrañas de una anciana, hará también, superando lo humanamente posible, que tú seas madre, permaneciendo virgen. Por eso añade: *porque para Dios no habrá cosa imposible* [66].

Cuando oyó esto la Virgen y sobre todo cuando brilló en su mente la luz del que en ella habitaba, per-

64. Ha 3, 3.
65. Lc 1, 35.
66. Lc 1, 37.

cibiendo la dicha que se le anunciaba, quedó toda llena de gozo y, tal como David es descrito en los libros santos, también ella se manifestó agraciada en el alma y dotada exteriormente de gran belleza y encanto, gozándose en el milagro y aceptando con agrado el anuncio. Las palabras del ángel estaban repletas de un gozo indescriptible y, mediante ellas, Gabriel, con gran facilidad y muy llanamente, persuadió a la Virgen de que aceptara de buen grado el milagro, añadiendo: *para Dios no habrá cosa imposible.*

¿Qué más hallamos en el Evangelio? *María dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra* [67]. ¿Te das cuenta de su sabiduría y extraordinaria delicadeza? Después de que, por la información recibida, conoció lo referente a la concepción y al nacimiento de su hijo, quién era él, de quién era Hijo, cómo debería llamarse, de quién sería sucesor en el trono, sobre quiénes había de reinar y, en fin, que no sería nunca privado de su reino, entonces ella, llena de gozo, exclamó: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra,* como si claramente dijera: He aquí que yo estoy dispuesta y no hay impedimento alguno. Mi alma está ya a punto e igualmente mi seno, pues se halla intacto y destinado sólo al Creador. He aquí la esclava del Señor, dócil para obedecer, pronta para servir, dispuesta para recibir. *Hágase en mí, según tu palabra* puesto que todo cuanto has anunciado aquí es un feliz augurio y todo lo que está aconteciendo está colmado de gozo y lleno de la más alta gloria. *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra.* ¡Oh qué buena es esta admirable disposición divina y gracia singular, qué extraordinaria la eterna sabiduría y

67. Lc 1, 38.

la voluntad excelsa del Creador! Verdaderamente el Espíritu Santo habitó en la Virgen y la virtud del Altísimo, según la presciencia y la inicial disposición de Dios, la cobijó con su sombra.

Y se retiró de ella el ángel [68], o sea al haber cumplido el encargo que se le había confiado. Se fue el ángel, pero no se alejó de ella el Señor. El ángel, efectivamente, se halla delimitado, aunque no tenga cuerpo; el Señor, en cambio, a pesar de que, por el cuerpo, quedó encerrado en el seno de la Viren, goza de una inmensidad ilimitada. El ángel anunció al que, concebido por la Virgen, venía para la salvación de los hombres; el Señor, asumiendo nuestra naturaleza, la restauró en sí mismo, devolviéndole la primitiva dignidad, que se había perdido por la negligencia de los primeros padres. Subido a lo alto, el Salvador está en los cielos *por encima de todo principado, potestad y virtud y de todo título de honor en este siglo y en el venidero* [69]. A Él la gloria y el poder, el honor y la adoración, con el eterno Padre y el santísimo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

68. Ibid.
69. Ef 1, 20-21.

HOMILÍA VI

EN LA DORMICIÓN DE NUESTRA SEÑORA LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

A cuantos habéis acudido a este venerable templo de la Madre de Dios, os ruego tengáis presente que me resulta muy difícil poder hablar debidamente acerca de un tema sobremanera encumbrado y maravilloso. Levantemos, pues, nuestra vista hacia lo alto, acercándonos a los misterios de Dios, y escuchad este discurso de honras fúnebres.

El Verbo que es el sumo Bien y el Salvador, que subsiste por sí mismo y está por encima de toda sustancia, después de haber realizado sobre la tierra, en favor nuestro, todo cuanto estaba profetizado desde antiguo y, después de habernos unido a Él y haberse Él abajado hacia nosotros, llenó con su gloria el cielo y la tierra y enriqueció con su santidad toda la creación. Combatiendo contra el autor del mal, le venció por medio de la cruz; luchando contra la muerte, acabó con la tiranía que ella ejercía sobre nosotros [1] y destruyó el poder del Infierno, cerrando sus voraces y tenebrosas entrañas, a fin de que ya no estuviesen allí recluidas las almas de los santos, después de haber éstas adquirido la semejanza divina.

Era conveniente, sin embargo, según creo, que no quedaran del todo abolidas las consecuencias de la an-

1. Cf. 1 Co 15, 26-54; Hb 2, 14.

tigua condena y que, conforme estaba dispuesto por la divina sentencia, el que procedía de la tierra a ella había de retornar, pues la naturaleza humana no está libre de la esclavitud que comporta el nacer y el morir. En cambio era oportuno que aquel que se hizo semejante a sus hermanos apareciera en todo como nosotros, menos en el pecado [2], y puesto que, siendo Dios, por su bondad hacia los hombres se hizo hombre, quiso mostrar en sí mismo nuestras debilidades, de modo que, asumiendo nuestras flaquezas, nos liberara de ellas. Por eso quiso sujetarse a la muerte y experimentarla y después descender a las tétricas mansiones infernales, a fin de liberarnos de todas las ataduras y llevarnos a un estado de incorrupción. Con todo no podemos vernos libres de la muerte natural, pues, si hemos sido hechos inmortales, es por gracia y no por naturaleza.

¿Por qué digo esto, hermanos, y cuál es el motivo de haber llegado a estos razonamientos? Si nos proponemos contemplar los misterios de un maravilloso tránsito, es necesario referirnos primero a Jesucristo, nuestro Dios y Señor, y, a partir de ahí, llegar al objeto de nuestro discurso. Puesto que la muerte es ineludible para cada uno de los hombres y a todo el género humano le corresponde ese mismo destino, que el Creador ha establecido como castigo de la desobediencia, el mismo Dios aceptó la muerte, ofreciéndose como precio de rescate [3], a fin de liberarnos a todos de la amarga esclavitud de la muerte. A propósito de esto el autor sagrado habla de *todos aquellos que, con el miedo de la muerte, estaban durante toda su vida sujetos a la esclavitud* [4].

2. Cf. Hb 2, 11-17; 4, 15.
3. Cf. 1 Tm 2, 6.
4. Hb 2, 15.

¿Acaso alguien puede objetar que no hemos de pasar por la muerte? Ciertamente que hemos de morir. Pero no estamos en la misma situación de antes, en que nos encontrábamos bajo la esclavitud atestiguada por el documento del pecado y por eso incluso se podría decir con razón que no hemos de morir. Habrá en efecto quienes se libren de la muerte temporal, aunque éstos, según la sagrada doctrina, también habrán de pasar por una transformación [5]. Pero la tiránica y verdadera muerte es la que afecta a quienes, una vez muertos, no han de volver a la vida. Cuando en realidad morimos para pasar a la vida y una vida mejor, es evidente que entonces no se produce una muerte, sino una dormición y un tránsito a otra vida a la que son enviados e introducidos quienes se libran de los trabajos de este mundo. Refiriéndose claramente a este descanso, el autor de los Proverbios dice: *La muerte es un descanso para el hombre* [6]. Dios ha dispuesto que la muerte en verdad no realice aquello que es su cometido, pues, aunque ella represente la separación del alma y del cuerpo, de hecho se da una posterior asociación de estos elementos y una vinculación con la esperanza de la resurrección y del tránsito a un estado de incorrupción, de modo que ya no seamos siervos del pecado [7], ni estemos sujetos a los sentidos y a la carne.

El que es Señor de la vida y de la muerte, vida y resurrección de todos los muertos, que es también *luz*

5. Cf. 1 Co 15, 51ss. Se refiere el Apóstol a los hombres de la última generación, antes del juicio final.

6. Cf. Si 38, 24. Muchos de los libros sapienciales eran atribuidos a Salomón y por eso aquí se menciona el autor de los *Proverbios.*

7. Cf. Rm 7, 23ss.

del mundo [8] y *el que con su propia muerte ha vencido al que detentaba el poder de la muerte* [9], llevado de su clemencia y amor a los hombres, no quiso eximirse de la condición común, sino que, para asemejarse en todo a nosotros, aceptó bajar a los abismos, para también en esto parecerse a nosotros y, según está escrito, *pasando entre las sombras de la muerte* [10] permaneció tres días en lo profundo de la tierra, donde las almas de los que habían muerto anteriormene se hallaban sujetas por inquebrantables cadenas. Fue a este lugar para anunciar también a esas almas el Evangelio, pues, según escribe el bienaventurado Pedro: *Yendo allá predicó a los espíritus que estaban en prisión* [11]. Habiéndose realizado esto en Cristo, ¿no resulta claro y está fuera de toda duda que las almas, incluso las de los justos, han de penetrar en este triste lugar, aunque no se queden ahí, a no ser que, por una vida desarreglada, hayan merecido aquella muerte que dimana del pecado? En efecto, los que han sido fieles a los mandatos divinos y, tanto en la carne como en el espíritu, han observado una conducta propia de ciudadanos del cielo, serán conducidos a regiones luminosas, apropiadas a la condición de los santos, en las que Dios está presente con su mirada y con su palabra. A esta belleza, amplitud y felicidad sin límites hay que añadir aquella hermosura que está por encima de nuestra capacidad intelectual y que pueden comprender aquellos que, una vez acabado el curso de esta vida, se hallan ya en el descanso que la divina Providencia sabiamen-

8. Jn 8, 12.
9. Hb 2, 14.
10. Sal 23 (22), 4.
11. 1 P 3, 19.

te les ha preparado y están cerca de Dios, mucho más que nosotros.

Con todo, las almas de los santos han de pasar por las puertas del Infierno, según hemos demostrado, *pues el discípulo no ha de ser más que el maestro* [12], pero no pienso que hayan de quedarse allí detenidas, como antes acaecía cuando *el pecado reinaba en la muerte* [13]. Ahora, en cambio –entiéndelo juiciosamente– no van allá las almas justas para su ruina, sino para contemplar un nuevo misterio de la obra salvadora de Dios, que es la bajada de Cristo a los Infiernos, cosa que voluntariamente realizó Jesús, autor de la vida, quien por nosotros quiso sufrir la muerte de cruz, a pesar de que Él no estaba sometido a los padecimientos de la muerte. Si las almas santas pasan por el infierno es para que mejor puedan comprender el misterio de la gran victoria del Salvador, que quebrantó tan fuertes cerrojos [14]. Acerca de esto estamos informados por las sagradas páginas y lo hemos mencionado porque no es ajeno a lo que vamos a exponer.

Pienso que resulta muy conveniente y apropiado para quienes gustan de la contemplación de la belleza de las cosas espirituales, que se les ofrezca algunas consideraciones acerca del glorioso e inefable misterio de la Dormición de María, Madre de Dios y siempre virgen. No podemos ignorar que ella haya experimentado la muerte natural, pero en modo alguno para que-

12. Mt 10, 24.

13. Rm 5, 21.

14. Cf. Sal 107 (108), 14. Los Santos Padres y toda la Iglesia oriental valoran mucho el misterio del descenso de Cristo a los Infiernos, que aparece en multitud de pinturas e iconos y es recordado especialmente en los oficios litúrgicos del Sábado Santo.

dar encarcelada bajo el dominio de la muerte, como nos acontece a nosotros, sino que, a través de un sueño estático, había de entrar en un ímpetu espiritual que la trasladaría hacia los bienes que son objeto de la esperanza y que operan una transformación divinizadora. Se trata de un sueño al estilo de aquel que tuvo el primer hombre, cuando le fue quitada una costilla, para concluir la creación de la especie humana, recibiendo a cambio su complemento [15].

Juzgo que de este modo y con esta especie de sueño fue como ella experimentó la muerte natural, pero no de modo que permaneciera retenida bajo su poder, sino sólo para dar cumplimiento a las leyes naturales que la Providencia estableció, desde un principo, sobre todo el género humano, queriendo que fueran inmutables, y para manifestar un nuevo modo de realizarse el tránsito de un estado de corrupción a otro de incorrupción, siendo así que era imposible dejar esta vida temporal, sin que se produjera la disolución de los elementos de que se compone el ser humano. En efecto, no hay hombre alguno viviente que, según las enseñanzas divinas, no haya de conocer la muerte [16], pero sí que hay una persona, que está por encima de nosotros y es objeto de nuestra veneración, acerca de la cual podemos afirmar con toda certeza que se cumplió en ella la ley común, pero de un modo muy distinto de como se cumple en nosotros, pues se realizó de una manera que está muy por encima de lo que acontece en nosotros.

Reflexionemos acerca de su descenso a los Infiernos, durante el cual su alma y su cuerpo permanecieron separados, aunque pienso y afirmo que esto sólo se pro-

15. Cf. Gn 2, 21-23.
16. Cf. Sal 89 (88), 49.

longó por el tiempo requerido para este especial trayecto, con el fin de que ella, pasando por estos lugares desconocidos y estas regiones inhóspitas, pudiera darse cuenta de lo que allí existía. ¡Oh Virgen, Madre de Dios y madre de la vida!, te ruego que me perdones por atreverme a hablar de estas cosas inaccesibles y a escrutar la profundidad de tus misterios y penetrar en los abismos de las incomprensibles obras que Dios en ti ha realizado, cuya contemplación produce un reverencial temor incluso a quienes gozan de una elevadísima inteligencia. Cuanto más lo hemos de experimentar, pues, nosotros, que estamos bajo el peso de la carne y cubrimos con piel de oveja nuestra característica fiereza.

No sin temor hablamos, oh María, de aquellas cosas que en ti obedecen a las leyes de la naturaleza. En cuanto a las cosas excelsas y maravillosas en ti realizadas y que personalmente has experimentado, tú oh bienaventurada, las conoces de un modo mucho más exacto y sublime que el que con nuestras palabras podemos expresar, y sobre todo las conoce tu Hijo único, aquel que estableció los siglos y te concedió gloria y esplendor a cambio de la naturaleza humana que de ti había tomado; lo cual supera no sólo nuestra capacidad de comprensión, sino también la de los ángeles, que es muy superior a la nuestra. Permanezcan siempre estas cosas divinas bajo la sombra del misterio y que el honor y la veneración sean como la envoltura de las verdades que permanecerán ocultas hasta que llegue el día de la última restauración. Mas, a fin de que no quedemos privados de conocer tus excelsos dones, como Madre del Verbo, haznos oir tus palabras y muéstranos de qué manera se llevó a cabo tu glorioso tránsito. El devoto auditorio está ansioso de escuchar tu voz y dirige hacia ti sus atentos oídos, como en tiempos antiguos Israel estaba pendiente de la divina palabra.

Como si una voz espléndida resonara desde lo alto, ella nos dice: «Yo no he contrariado ninguna de las leyes de la naturaleza, sino que, permaneciendo bajo su ordenada dirección, *en mi alma engrandezco al Señor, en el espíritu me alegro* [17] y en el cuerpo me transformo y obtengo una definitiva plenitud, por obra de Dios, que en mi seno realizó la maravilla inenarrable de su Encarnación, cuando, sin abandonar la divinidad, asumió nuestra humanidad, nos restauró y, regresando después al cielo del que nunca se había apartado, obtuvo que nosotros participáramos de los bienes espirituales. Impulsado por su benevolencia hacia los hombres, *miró la pequeñez de su esclava* [18] determinando, al punto, suprimir la primera maldición de Eva. Con su aparición en carne visitó a quienes estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte y, saliendo de lo alto del Oriente, dirigió nuestros pasos por el camino de la paz [19]. Siendo verdadero Dios y asumiendo, por su concepción y nacimiento, una nueva naturaleza, de un modo maravilloso se hizo hombre con mi sangre virginal, a fin de que, con esta renovación de la naturaleza, desapareciera lo viejo y en su lugar apareciera lo nuevo, lo que no envejece ya, y así se renovaran todas las cosas y, por esta admirabilísima encarnación del Verbo, surgiera en verdad una nueva creación.

»¿Cuándo se escuchó en tiempos pasados que una mujer fuera constituida Madre de Dios? ¿Cuándo se dijo jamás que Dios fuera hijo de una mujer? ¿Cuándo una naturaleza humana estuvo colocada por encima de los querubines, se manifestó a través de un mila-

17. Lc 1, 46.
18. Lc 1, 48.
19. Cf. Lc 1, 78-79.

groso nacimiento y dominó todas las cosas? ¿Quién enseñó a los seres celestiales y terrestres que adoraran a un solo Dios indivisible, en ese lodo divinizado y en ese polvo sublimado a lo más alto? ¿Quién levantó hasta los cielos la ínfima pequeñez del hombre, habiéndole hecho traspasar sus límites naturales, mediante la gracia de la deificación, y abrió un camino desconocido al ser humano, convirtiéndole en conciudadano de los ángeles? Estas maravillas en mí ya se han realizado manifiestamente y por ellas he alcanzado un resplandor y una gloria tan grandes. Con razón, *por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones, ya que hizo en mí cosas grandes aquel que es poderoso y cuyo nombre es santo* [20]. En efecto, ¿qué puede haber más grande que el llamarme y ser en verdad Madre de Dios?

»Acerca de mi tránsito tendréis un conocimiento más exacto, si observáis que mi cuerpo, objeto de este traslado y emigración, es el tabernáculo terreno y virginal dentro del cual Jesús, siendo Dios, asumió un cuerpo y, siendo simplicísimo, tuvo dos naturalezas. Quien lo desee puede comprobar todo esto con sus propios ojos, pues, para quienes se apoyan en la fe, están a la vista algunos claros y elocuentes signos de mi tránsito, como es este mismo sepulcro excavado en la roca, que hasta el presente permanece intacto y es una perenne y manifiesta señal de mi enterramiento [21].

20. Lc 1, 48-49.

21. El sepulcro vacío de la *Theotokos* es venerado desde muy antiguo en Getsemaní. Por haber estado en manos de la comunidad judeo-cristiana, no es mencionado por Egeria, ni por san Jerónimo, pero los recientes estudios del P. Bagatti y de otros arqueólogos e historiadores valoran muy positivamente la tradición jerosolimitana que asegura que se trata del sepulcro de la Virgen.

»Seguros testigos de que allí reposó mi cuerpo son las cavidades que, como un sagrado recuerdo, quedaron impresas en la piedra [22]. El torrente Cedrón, que circunda este lugar, es el primero en proclamar, como a son de trompeta, estas maravillas. Me refiero al valle de Clauthmón [23], donde está erigido el sepulcro de Josafat, rey de Judá, y que es también el lugar donde se inició la Pasión de aquel que está inmune de todas las pasiones. Aquí, en efecto, el Salvador acudía frecuentemente con sus discípulos y aquí fue donde, puesto de rodillas, oraba al Padre celestial, haciendo, según divina y misteriosa disposición, aquella súplica relativa al cáliz deseado [24]. Aquí el traidor, bajo capa de amistad, le entregó a los deicidas. Estos recuerdos son bien conocidos de los que moran en el país; el incrédulo, que venga a verlos y comprobará por sí mismo la realidad de lo dicho; el creyente, en cambio, fiándose de lo que ha escuchado, más allá de lo que tiene ante sus ojos, descubrirá cosas ocultas y misteriosas y se llenará de admiración, por los milagros que en ellas se manifiestan.

»Este sepulcro y este tránsito son de tal naturaleza que, a pesar de lo que tienen de común con lo que ocurre ordinariamente, lo superan en mucho por su

22. Muchos recuerdos de este tipo se veneraban en Jerusalén, como las huellas de los pies de Cristo en el monte de los Olivos. San Sofronio, patriarca de Jerusalén a principios del siglo VII, habla de la piedra en que María se acostó para morir y otros mencionan cavidades de las rodillas de Cristo en Getsemaní, que quizá sean las mismas que san Andrés de Creta considera como un «sagrado recuerdo» de María. Véase también la homilía siguiente.

23. Este topónimo aparece en la versión de los *Setenta* (Jc 2, 5). Aquí se identifica con el valle de Josafat o del torrente Cedrón.

24. Cf. Mt 26, 39ss.

propia dignidad y excelencia. Es un tránsito que está por encima de cuanto se puede decir o escuchar y que guarda relación y tiene cierto parecido con algunos ejemplos antiguos. ¿Cómo es este lugar de reposo? ¿Puede, acaso, ser conocido a través de los sentidos o de la inteligencia? Ciertamente que no. ¿Cómo podrá ser entendido o quiénes serán capaces de aplicar la mente a su contemplación? Solamente aquellos que, por una gracia extraordinaria, lleguen a este lugar libres de pasiones y en un estado espiritual en que puedan gozar de las delicias celestiales. A esto se refiere mi antepasado David cuando dice: *En el lugar del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios, entre voces festivas de júbilo y alabanza* [25]».

Hasta aquí hemos escuchado a la Madre de Dios, de cuya lengua destila la dulzura del espíritu y *en cuyos labios se derrama la gracia* [26]. Nosotros, hermanos, por nuestra parte, no podemos hacer más que venerar con admiración la inmensa y sapientísima Providencia divina, diciendo: *¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e irrastreables sus caminos!* [27], y podríamos añadir lo que a continuación aparece en la Escritura. Se trata, efectivamente, de obras de la mano de Dios, que superan la capacidad de comprensión del hombre. Si el hablar de tales cosas causa temor incluso a quienes tienen un espíritu purificado y dispuesto para cosas excelsas, cuanto más no ha de infundir espanto a mi ánimo terreno y apegado al suelo y que apenas es capaz de remontarse por encima del lodo y de la materia y no

25. Sal 42 (41), 5.
26. Sal 45 (44), 3.
27. Rm 11, 33-34.

sabe fijarse más que en las cosas transitorias y caducas. Por todo eso, ¿no experimentaré un gran temor y angustia, puesto que mi incapacidad y temeraria imprudencia pueden dar lugar a la injuria y profanación de la majestuosa solemnidad que hoy celebramos?

Con razón habrá quienes deseen informarse acerca de este tema y se hallan perplejos al ver que ninguno de los teólogos [28] ha escrito acerca del venerable y excelso tránsito de la Madre de Dios, y que tampoco nos informa de ello la Sagrada Escritura, no hallándose noticias al respecto ni en los Evangelios divinamente inspirados, ni en las exposiciones teológicas. Podemos decir que si se produce este silencio es en razón de que el tránsito de María, la elegida de Dios, tuvo lugar al cabo de mucho tiempo, pues se dice que ella salió de este mundo cuando había alcanzado ya una edad muy avanzada. Otro motivo debe ser el que las circunstancias de aquel tiempo no permitían el desarrollo de tales explicaciones, pues no era oportuno que cuando se componían los Evangelios y se empezaba a dar a conocer el misterio de la Encarnación salvadora, se diera cabida a otras exposiciones que requerían cierta tranquilidad y una especial dedicación. Por esos motivos no sabemos como hablaros, habiendo guardado silencio sobre este asunto los varones inspirados por el Espíritu divino, quienes solamente expusieron las verdades relativas al misterio de la Encarnación del Verbo y de su permanencia en la tierra y ascensión a los cielos. Nosotros nos acomodaremos a su ejemplo, mas, para que no parezca que pasamos por alto lo que es objeto de la augusta solemnidad del día de hoy, expondremos, para su

28. Se refiere a los apóstoles y escritores de los primeros tiempos cristianos.

explicación e inteligencia todo cuanto hemos podido hallar, pues, aunque sea de un modo velado, no faltan referencias a este misterio en los escritos sagrados.

Cierto teólogo o escritor sagrado trata de este asunto con mucha sabiduría y acierto [29], dado su conocimiento de las cosas sobrenaturales, pues, según se dice, recibió información por parte de los ángeles acerca de la naturaleza de los espíritus celestiales; además fue un comentador excelente de la divina y maravillosa doctrina enseñada por san Pablo y no se conoce en todo el mundo ninguna exposición más clara y precisa que la suya acerca de los nombres de Dios. ¿Queréis que os diga su nombre o que os dé a conocer a este varón a partir de su obra, al modo como a través de la garra se conoce al león? Creo que en verdad se trata de un autor bien conocido a través de sus obras excelentes. Con todo, os voy a decir su nombre, pues esto contribuirá a dar crédito a mis palabras.

Este varón es Dionisio, hombre doctísimo en las cosas divinas y muy esclarecido por haber podido escuchar misterios celestiales y haber conocido conceptos y figuras que rebasan la capacidad humana, acerca de los inefables nombres de Dios. En su sagrada obra titulada *De los nombres divinos,* en el capítulo tercero, tratando acerca de la eficacia de la oración y refiriéndose al bienaventurado Hieroteo y a la virtud de la piedad y al modo como se debe escribir sobre temas teológicos, hace una especie de digresión relativa a dicho

29. Referencia a los escritos del Pseudo Dionisio, que Andrés y sus contemporáneos creían que en verdad se debían a Dionisio el Areopagita, convertido en Atenas por san Pablo (Hch 17, 34). En realidad pertenecen a un autor desconocido de principio del siglo VI, de gran elevación mística e imbuido de Neoplatonismo.

admirable varón y escribe a Timoteo estas palabras: «Ha sido siempre nuestra determinada intención no repetir lo que aquel excelso maestro (Hieroteo) expuso claramente, ni reproducir sus comentarios a la Escritura Santa. En efecto, él estuvo presente junto a nuestros prelados, que estaban llenos del Espíritu divino, cuando, como ya sabes, nosotros y tú mismo y muchos de nuestros santos hermanos nos reunimos junto al cuerpo de la que había recibido en su seno a Dios, el principio de la vida, estando también presentes Santiago, el hermano del Señor y Pedro, el supremo y principal de los teólogos, y entonces cada uno de los jerarcas, según su capacidad, entonó alabanzas por el gran prodigio realizado en la muerte de la Madre de Dios. Como es para ti notorio ninguno superó a Hieroteo en estas alabanzas, aparte de los teólogos (los apóstoles). Estaba él todo transportado y fuera de sí y poseído por lo que era el objeto de sus alabanzas, de tal modo que quienes le veían y escuchaban, tanto si lo conocían como no, le consideraron un inspirado y divino panegirista».

¡Bienaventurado es este varón por su espíritu y por su lengua; por su espíritu que penetra estos misterios y por su lengua que los proclama! ¡Oh quién me diera poder percibir el eco de tan inspirados himnos! Si unos varones de vida tan excelsa y de una mente tan entregada a la contemplación de las cosas espirituales quedaron tan impresionados por dicho cántico, cuánto mayor será aún la admiración por aquello que dio ocasión a sus alabanzas, pues sobrepasa a todo cuanto pueda decirse. Mas, acabemos ya de referir lo que dice Dionisio: «¿Qué puedo decirte de las cosas divinas que allí se escucharon? Si mal no recuerdo, diversos fragmentos de aquellos cánticos divinamente inspirados los he escuchado de tus propios labios, pues tienes gran

cuidado de no ser negligente respecto a las cosas espirituales. Mas, yo ahora no me ocuparé de los misterios que allí se realizaron, pues para muchos resultarían oscuros y, en cuanto a ti, ya te son conocidos» [30].

Así nos ha hablado Dionisio, aquel sublime intérprete de las cosas celestiales, águila que vuela por lo más alto de los cielos, espíritu repleto de imágenes divinas. Creo que no debemos pasar apresuradamente sobre este asunto, sino detenernos en él, en cuanto sea posible, y descubir su profundo sentido, a fin de obtener una mayor claridad y exactitud. Vosotros que formáis esta venerable asamblea y me estáis escuchando, fijaos en la importancia de las cosas que voy a decir, pues se trata de la realización de grandes misterios, y observad cuán noble y venerable agrupación se formó y los milagros que se obraron, según nos informa dicho sagrado maestro que estuvo allí presente.

¡Ea pues, bajando de la inolvidable Sión, donde ocurrió lo que acabamos de mencionar y donde María había tenido su morada terrena [31], acompañemos en las honras fúnebres su cuerpo virginal! La Madre de Dios acabó su vida en la tierra, poniendo su alma en manos de aquel bajo cuyo poder se hallan las almas de todos. Después de unirnos a la celebración, entonemos también nosotros un cántico exequial de alabanza, continuando así nuestro sermón, y quedará de manifiesto lo que vamos exponiendo. Te invito pues, oh carísimo, a

30. PSEUDO DIONISIO, *De divinis nominibus*, 3, 2-3.

31. La «Santa Sión» era la primitiva iglesia de la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén, llamada «Madre de todas las iglesias». Probablemente estaba ubicada en el lugar donde Cristo celebró la última Cena y donde tuvieron lugar los acontecimientos de Pentecostés (Hch 1, 13). Es probable que allí habitaran algunos de los parientes del Señor y con ellos la Virgen María.

que, con ánimo decidido y gozoso, te encamines hacia el venerable lugar de Getsemaní y trates de reproducir en tu mente, con vivas y acomodadas imágenes, los acontecimientos que se realizaron, pues, si fijas tu atención en estos hechos, no necesitarás muchas palabras para comprenderlos. Efectivamente, *todas las cosas se hacen visibles para quienes poseen inteligencia, y sabe hallar la verdad el que encuentra la sabiduría* [32].

En Getsemaní hallarás una magnífica iglesia, muy hermosa, bien dispuesta y adornada. En esta excelsa y sagrada mansión observa el sagrado aposento nupcial y virgíneo de la Madre de Dios. Con visión de fe examina y contempla como, sin intervención de manos humanas, quedó en la piedra la impronta de los sagrados miembros de la Reina, al haber estado allí depositados durante el breve tiempo que media entre su colocación en el sepulcro y el traslado de este augusto tabernáculo [33]. También allí te encontrarás con la asamblea de santos doctores, que oportunamente te sale al encuentro, para que tu mente descubra y contemple estos sagrados misterios, pues, según dice nuestro instructor sagrado (Dionisio), por inefable beneplácito de la divina Providencia, se reunió en dicha ocasión un gran número de varones llenos de dones espirituales. Para la inteligencia de estos misterios apoyémonos en la sabiduría que viene del Espíritu Santo y busquemos también el auxilio de la Madre del Verbo y sea ella nues-

32. Pr 8, 9.

33. Con estas palabras parece insinuarse que el lóculo del sepulcro de María debió tener las características de las tumbas antropomórficas. Probablemente hace referencia al monumento del que habla san Sofronio, al tratar de los recursos marianos de Getsemaní. Véase la nota anterior nº. 22.

tra protectora y guía de nuestras palabras. No nos ha de faltar ciertamente su ayuda, puesto que es muy bondadosa y nos instruirá mucho mejor de cuanto podemos imaginar. Sé mi guía también tú, Dionisio, como experimentado maestro, ya que has presenciado cosas inefables y ejerces el ministerio sagrado en el tabernáculo de la verdad; condúceme de la mano, ahora que gustosamente estoy examinando tu testimonio, y con tu protección, dirige mi mente, para que sin error pueda conocer estos misterios.

Este varón admirable nos manifiesta que casi todo el sagrado colegio de los apóstoles y los demás discípulos, dispersos por todo el mundo, se reunieron para asistir al excelso triunfo de la Madre de Dios. Él era uno de los que estaban presentes, junto con Timoteo e Hieroteo, varones llenos de divina sabiduría, y por eso en su carta a Timoteo escribe: «Nosotros, como sabes, contigo y con otros muchos de nuestros santos hermanos, nos reunimos junto al cuerpo que había sido principio de vida y receptáculo del mismo Dios». Es evidente que, al hablar del cuerpo que es principio de vida, se refiere al tabernáculo virginal que ha producido la vida, ya que de él tomó carne aquel que, por su divinidad está por encima de toda sustancia y, viniendo a nosotros, tomó en verdad nuestra naturaleza, de un modo que sobrepasa toda capacidad natural.

Al mencionar Dionisio el cuerpo junto al cual se reunieron, no se refiere al cuerpo del Señor, pues antes de la Pasión no hubieran estado presentes los que después creyeron en Cristo. Al hablar de «los prelados llenos del Espíritu divino», no hay duda de que alude a los que formaban el grupo de los discípulos y eran los predicadores de la palabra de Dios. Nada tiene de extraño que, habiendo el Espíritu divino arrebatado a Elías, cual celeste auriga en un carro de fuego, ahora

también, por obra del Espíritu y por medio de una nube, en un breve momento, los discípulos se encontraran reunidos. Todo, en efecto, es fácil para el poder de Dios, como se nos manifiesta en el caso de Habacuc y Daniel [34].

¿No crees tú, carísimo, que fueron muchos los que se congregaron, desde distintos lugares? Así lo indican estas palabras: «Muchos de entre nuestros santos hermanos», que vienen a significar que los setenta discípulos escogidos también por Cristo [35] debieron asistir a esta singular congregación o concilio, convocado por disposición divina. Era conveniente, en efecto, que estuvieran presentes en la realización de este misterio y gozaran de su contemplación aquellos que habían sido los primeros discípulos y también los que les siguieron después, congregándolos el Espíritu en brevísimo tiempo. Dionisio dice: «Asistió también Santiago, el hermano del Señor y Pedro el supremo y principal de los teólogos». Causa ciertamente gran admiración el hecho de un tan repentino encuentro.

Veamos lo que ocurrió después de haberse reunido todos en Jerusalén, rodeándoles una gran multitud de gente. Esto es lo que leemos: «Pareció oportuno que después de presenciar el misterio, todos los prelados, cada cual según su capacidad, entonaran himnos en honor de la maravillosa y extraordinaria muerte de María». Contemplemos con los ojos de nuestra mente, cuán maravilloso fue el espectáculo y cuán hermosos y elevados pensamientos teológicos aparecen en las gozosas alabanzas tributadas a Dios. Espléndido y extraordinario resultó para aquellos varones escogidos por Dios el con-

34. Cf. Dn 14, 33-39.
35. Según Lc 10, 1ss, los discípulos eran setenta y dos.

templar aquel tabernáculo virginal y principio de vida, que es el cuerpo de la Madre de Dios, viéndolo todo resplandeciente e inundado de una divina claridad. Se trata de un cuerpo que ciertamente es de una categoría superior a la nuestra y a todo lo humano, pues, a través de él, nos ha llegado el comienzo de una vida divinizada, cuando de su seno virginal brotó para nosotros el inicio de la vida que nos ha comunicado Jesús, principio y autor de la vida. Efectivamente, según dice el Apóstol: *Si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas* [36].

El cuerpo de la Madre de Dios guarda mucha relación con la vida y con sus inicios, porque recibió en su seno al que tiene toda la plenitud de la divinidad, origen y término de toda vida. El cuerpo de María es joya de virginidad, cielo excelso, tierra cultivada por Dios, primicia escogida de entre la descendencia de Adán y elevada divinamente en Cristo, imagen muy acabada de la hermosura divina, tesoro divinamente sellado de los juicios de Dios, sede de las virtudes, libro espiritual que contiene la admirable descripción de la obra salvadora de Dios en favor nuestro, profundidad insondable de la plenitud de aquel que *lo llena todo en todos* [37], torre firmísima que guarda la esperanza, tesoro de incorrupción que supera todo entendimiento, vestidura regia del Verbo que está sobre todo principio, palacio en la tierra del Rey de los cielos, acreditada oficina en que se realizan los contratos divinos con los hombres, aptísima materia para la Encarnación, arcilla perfectísima que es obra del Creador del universo, de la cual, para bien de los hombres, tomó la naturaleza

36. Rm 11, 16.
37. Ef 1, 23.

humana aquel que en verdad trasciende nuestra naturaleza.

¡Bienaventurados los ojos y los labios de quienes entonaron estos himnos! ¿Qué lengua será capaz de interpretar cosas tan excelsas y misteriosas? ¿Cómo se podrá transmitir una luz tan intensa? María fue como una lámpara y a través de ella, de un modo sobrenatural, nuestra naturaleza ha recibido al Sol de justicia. Ella es el espejo espiritual del resplandor del Padre [38]. Por su claridad nos ha iluminado el mismo Dios, que es anterior al lucero del alba [39]. Ella es aquel trono excelso en el cual Isaías, el más perspicaz de los profetas, vio que estaba sentado el Señor de los ejércitos [40]. Ella es también la que ostenta la dignidad real en los cielos, el santuario del culto y del sacrificio, perfume espiritual de los divinos holocaustos, tenaza del carbón de purificación, vara levítica, raíz de Jesé, cetro de David, Madre del Creador, al que alimenta con sus pechos, puerta oriental de Cristo que viene del excelso Oriente, seno augusto que todo lo abarca, vestido sin mancha del que es cordero y pastor, ternera escogida y libre de todo yugo, vellocino purísimo del celeste rocío, tierra virgen del que ha regenerado a Adán, cielo del que ha transformado la tierra en cielo, encumbrada visión de los profetas, que en muchas partes y de muchas maneras fue mostrada a los santos, bajo sagrados símbolos y divinas imágenes y fue presentada dentro del gran misterio de la salvación. El que creó el mundo de la nada mostró en ella su magnificencia y la manifestó como el modelo de sus obras.

38. Cf. Hb 1, 3.
39. Cf. Sal 110 (109), 3.
40. Cf. Is 6, 1.

¿Quién no se llenará de admiración al contemplar a María muerta y tendida en el lecho, habiendo sido ella tan favorecida de Dios, el cual lo ha creado todo y lo llena todo con su poder? Este es el sentido que me parece que se descubre en estas palabras del sagrado doctor: «Santo e inmenso es el poder que aparece en la debilidad, o sea en la muerte de aquella por la que Dios ha venido a nosotros». Lo que se presenciaba era efectivamente algo que movía a una gran admiración, pues era transportada sin vida la que es madre de la vida, aparecía muda la que estaba habituada a los divinos coloquios, y en el lecho yacía muerta y sin aliento de vida aquella arca que había albergado en su seno al que es la vida misma.

Era todo esto algo que está ciertamente por encima de lo natural y que es digno de toda admiración. Se manifestaban así unas verdades que sólo el espíritu puede percibir, si se da a la contemplación de los divinos misterios. Consideremos a este respecto: el parto y la virginidad, las razones y juicios divinos sobre la excelencia y la pequeñez, la grandeza y la humildad. La condición corporal ocultaba los fulgores del sol; la muerte del Inmortal iluminaba a quienes contemplaban el misterio; aparecían unas riquezas que llenaban cielo y tierra. Maravillas son estas noticias, singulares y dignas del mayor aprecio.

¿Cómo podía estar postrado en el lecho de muerte este divino tabernáculo, que es la Madre de Dios, habiendo tomado el Señor la imagen y la naturaleza humanas dentro de esta criatura escogida, para dar comienzo a nuestra regeneración? Es tal la grandeza de esta maravilla, que supera evidentemente nuestra capacidad de expresión. ¿Cómo podremos entonar estos cánticos? Que venga el mismo Cristo y ponga las palabras en nuestra boca, Él que es la Palabra, la Sabiduría y la

Fuerza, y sea el guía de nuestra mente, a fin de que brille su esplendor en nuestros himnos. Permanezcamos siempre unidos a Cristo, Señor nuestro, al cual, junto con el Padre omnipotente y el Espíritu vivificador, sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII

EN LA DORMICIÓN DE NUESTRA SEÑORA LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

En la presente festividad honramos la Dormición de la Madre de Dios, misterio que supera toda la capacidad expresiva de las palabras. Hasta ahora no han sido muchos los que han celebrado esta fiesta, pero actualmente es tenida ya en gran estima y veneración por todo el mundo [1]. Nuestra festiva asamblea pone de relieve este misterio y, aunque ante él sería preferible guardar silencio, impelidos, sin embargo, por un singular anhelo y aun sintiéndonos muy incapaces de expresarnos debidamente, intentaremos manifestar con nuestras palabras lo que hay de más profundo en esta solemnidad.

Este don divino, concedido a María, ha de ser festejado con júbilo y no silenciado y disminuido bajo

1. A finales del siglo VI el emperador Mauricio había implantado en todo el Imperio bizantino la fiesta de la Dormición de María, que a principios del mismo siglo ya se celebraba en Siria y Palestina. Quizá san Andrés se refiere a una situación peculiar de la isla de Creta, en cuanto a la celebración de esta festividad. Ya en el siglo IV aparecen noticias de una festividad mariana del 15 de Agosto, que en algunos lugares estaba relacionada con las labores de la vendimia. No sería extraño que en Creta, por su tradición vinícola, se hubieran mantenido tales características y se hubiera desatendido el recuerdo de la Dormición de María.

pretexto de novedad. Hemos de considerar que esta fiesta ha sido justamente instaurada, pues el hecho de que algunos de nuestros mayores no la hayan tenido en suficiente consideración no ha de ser causa de que nosotros no la celebremos santamente. Únanse, pues, hoy el cielo y la tierra y expresen una misma alegría los ángeles y los hombres, entonando el «Ave» a la Madre de Dios. Este fue, efectivamente, el saludo de Gabriel, que dio inicio a toda la teología, cuando, por maravillosa disposición, Jesús, siendo Dios, se hizo hombre en las virginales entrañas de María. Como expresión de nuestro agradecimiento, ofrezcamos este homenaje a la Reina de todos los hombres, pues en verdad es muy oportuno que, cuando ella emigra de entre nosotros, la saludemos con el «Ave», pues nos alcanzó el gozo que ahuyenta la tristeza que deriva de nuestra madre Eva. *Toquemos la trompeta en Sión, tomemos en las manos el salterio y la cítara* [2], no para acompañar un himno nupcial cualquiera, sino para entonar en honor de la Madre de Dios un cántico de triunfo en el día de su muerte.

Quizá alguno con razón nos quiera preguntar: ¿Por qué, oh sagrado orador, has relacionado este gozo con Sión? No sin motivo yo le responderé que he recordado a Sión, porque hemos sido instruidos acerca de que en ella se realizó este misterio de la Madre de Dios. Dentro de esta ciudad pueden verse en el pavimento unas marcas de las rodillas del castísimo cuerpo de María, que de modo evidente proclaman lo que estamos diciendo [3]. En esta ciudad habitó María durante su vida terrena y en ella, de acuerdo con las leyes de la

2. Jl 2, 1; Sal 81 (80), 3.
3. Véase la homilía anterior, nota nº. 22.

naturaleza, acabó sus días. Aquí se vió libre del poder del príncipe de las tinieblas, ella que en su maternidad había sido preservada de aquello que es común a todas las madres. Ella posee un nombre sagrado, ha sido llamada por Dios, está absolutamente libre de toda mancha y, con la magnificencia de su augusto tránsito, ha llenado de gloria y de gracia el cielo y la tierra.

Si pretendiéramos enumerar por orden todos los pasos de su vida, comenzando por la concepción y el nacimiento, no nos bastaría el tiempo de que disponemos, ni serían suficientes nuestras fuerzas, ya que no es posible resumir en pocas palabras lo que ha de ser objeto de tanta alabanza. Tendríamos que referirnos a lo esclarecido de su linaje, a la nobleza tanto del padre como de la madre, de estirpe regia el uno y de progenie sacerdotal la otra, y ambos de semejante dignidad. Tendríamos que mencionar la carencia de prole que les afectaba, o sea su infecundidad, y las preces que por este motivo elevaban a Dios, así como los frecuentes y escogidos sacrificios con que recurrían al Señor, a fin de que les librara de los vínculos de la esterilidad, y, haciéndoles fecundos, concediera fruto a su matrimonio. A continuación habríamos de relatar como se vieron libres de este oprobio, cumpliéndose las promesas que se les habían hecho por medio de sueños cuando dormían o por visiones cuando estaban en vela, pues, ya estando juntos, ya separados, recibieron especiales comunicaciones del cielo que les daban a conocer la respuesta que el Señor concedía a sus preces.

Siguen después: la concepción, el proceso del nacimiento, los pañales y la presentación en el templo de Dios, como ofrenda consagrada al Señor. Habitando en los atrios sagrados, como en una cámara de oro, la niña recibiría una celestial comida, en vez del común alimento. Sumida en la divina contemplación, María pasó

de la niñez a la juventud, dando muestras de una vida sumamente perfecta y, de un modo acomodado a la edad juvenil, alcanzó aquellos dones que trascienden la naturaleza.

No voy a extenderme en referir los misterios de la milagrosa e inescrutable concepción de Cristo y de su aparición y maravilloso nacimiento, así como de la incorrupción y del inviolable tesoro de la virginidad de su madre, del milagro de la lactancia, de la purificación legal y de los vaticinios pronunciados en el templo por el profeta Simeón, cumplidor de la ley y receptor de Dios, que anunció los oráculos que el Señor le había comunicado. Siguen después las persecuciones, la huida a Egipto y el posterior regreso, los rodeos del camino, la estancia en el país, las humillaciones que preceden a la cruz y los tormentos padecidos en ella, los signos que a continuación se produjeron y, en fin, todos los acontecimientos y palabras de una vida sin mancha, ni defecto y llena de pureza y santidad, que el mundo de ninguna manera puede comprender, ni explicar con palabras, por ser *un secreto del rey* [4], que María guardó hasta el fin, sin divulgarlo, manifestando sólo algunos aspectos del misterio a quienes, con la ayuda de Dios, eran capaces de comprenderlo un poco, al hallarse ya muy purificados por su acercamiento a Dios; a tales personas únicamente y de un modo discreto y con delicadeza fue descubriendo el sagrado resplandor que guardaba dentro de sí.

¡Ojalá también nosotros, que hemos sido iluminados con la luz resplandeciente de este día, purificados con esta mística visión de excelsa claridad, podamos contemplar con mirada limpia este misterio o, al menos,

4. Tb 12, 7.

penetrar un poco en su significado y exponerlo debidamente, teniendo en cuenta que se trata de una vida inefable, pero que, en cuanto sea posible, queremos hacer hoy objeto de nuestra enseñanza, en favor de los que estáis aquí reunidos! Ea pues, carísimos oyentes que gustáis del bien y de la belleza espritual, me dirijo a vosotros para poner ante vuestros ojos la hermosura que antes estaba oculta bajo los velos del simbolismo y que ahora supera en esplendor y belleza los fulgores del mismo sol.

Llegados a este punto del discurso, creo que ante todo conviene advertir que no debemos hollar los lugares santos con nuestros pies impuros y sin lavar, pues no se permite entrar a todos, sino sólo a aquellos que, por la pureza de su mente, han traspasado lo que es propio de la materia y de los sentidos; quienes se hallan en estas condiciones, al encontrarse ante el augusto y santísimo tabernáculo de Dios, se sienten arrebatados y se les franquea generosamente la entrada y se les hace participar amistosamente de un espléndido banquete espiritual. Algunos que se atrevieron a acercarse con poco respeto al Monte Sinaí fueron disuadidos mediante truenos y relámpagos, terrores, sones de trompetas y voces que infundían espanto [5]; tampoco era favorable para muchos el aproximarse a las murallas del templo y fue necesario rodearlo de otro muro exterior [6], y antes de entrar en el lugar santo había que purificarse y quienes actuaban en el templo procedían con gran cautela y miramiento.

Si estas cosas ocurrían, tratándose de un culto que estaba bajo las sombras y los velos de símbolos y fi-

5. Cf. Ex 19, 12ss.
6. Cf. Ez 40, 17.

guras, con cuanto mayor cuidado han de proceder los que se hallan bajo la luz de la verdad y se apresuran a acercarse a este magnífico y excelso tabernáculo de los dones de Dios. Efectivamente, de un modo misterioso que ni la mente puede comprender, ni las palabras expresar, penetró en este tabernáculo, aquel que, no pudiendo ser abarcado, ni contenido, se dignó morar en el seno de la Virgen, que desde su origen gozaba de una pureza sin par.

En ella se realizó el misterio de la Encarnación e inició el curso de su vida terrena el que no tiene necesidad de nada y, sin embargo, quiso asumir la pobre y humilde naturaleza humana. En este tabernáculo escogido, que es obra de Dios, tienen su cumplimiento toda la ley y los profetas y todos los símbolos y figuras quedan superados, igual que la imagen de un espejo cede ante la realidad [7]. Dicho todo esto, como un preludio e introducción, pasemos ya desde las imagenes a la verdad y entremos por fin en el santuario.

Hallándonos aún en el pórtico del sermón, admiramos la hermosura del atrio del santuario y nos preguntamos: ¿Quiénes podrán entrar, en compañía de la que es madre del Verbo, y, apartando el velo, podrán contemplar el Santo de los santos y ser instruidos en las verdades más altas y sublimes? Si el vestíbulo y el portal del lugar santo gozan de tanta dignidad y excelencia, que su hermosura extraordinaria deslumbra los ojos de la mente, ¿cuán grande no será la majestad del santuario mismo, el lugar más recóndito y que guarda lo que es más inefable e inaccesible y que sólo puede ser visto por los ojos y manifestado por las palabras de aquellos que, como en un espejo, han contemplado

7. Cf. 1 Co 13, 12.

la gloria del Señor [8] y cuyos labios han sido purificados por el carbón de la seráfica tenaza [9] y han alcanzado a comprender la vaciedad de todo lo sensible?

Si, haciendo lo que os indico, procedéis debidamente, resistiendo a las afecciones carnales y procurando estar libres de toda inclinación terrena y desordenada, y si os dejáis guiar por la iluminación que viene de Dios, entonces os hallaréis dispuestos a seguir el camino, junto con la Madre del Señor. En efecto, si respladecéis por las buenas obras y palabras y por el fulgor de todas las virtudes, Cristo que es la pureza absoluta y la luz indeficiente, que viene a nosotros desde el Padre, como el rayo de luz que procede del sol y que no ha tenido comienzo, Él será el que os congregue en el místico convite.

Todo esto se pone de manifiesto en la fiesta de hoy, por haberse Cristo llevado de la tierra a su madre siempre virgen, en cuyo seno, de un modo inescrutable, Él, siendo Dios, se hizo hombre. En virtud de este misterio profundo, pero no del todo escondido, ella ha sido constituida Reina de los hombres. Mientras ella permaneció en la tierra, no se distanció del modo común de la existencia humana, como si viviera bajo leyes especiales y superiores, sin embargo en ciertas cosas sobrepujó magníficamente las normas de la naturaleza, como en su alumbramiento, en diversos hechos del decurso de su vida y en su glorioso tránsito.

Llegado ya el momento oportuno, unámonos para festejar este misterio, ya que todo induce al gozo de la alabanza y de la común celebración. Tú que me estás escuchando mira qué cosas más excelsas se ponen de

8. Cf. 2 Co 3, 18.
9. Cf. Is 6, 5.

manifiesto. La Iglesia, reina de la multitud de los creyentes, acompaña hoy en triunfo y ofrece con regocijo sus mejores obsequios a la Reina de todo el género humano, a la que Dios, Rey y Señor del universo, con triunfal magnificencia, constituye Reina de los cielos. Hoy la que corporalmente es elevada al cielo, se despoja del polvo terrenal, dejando el velo que al nacer había recibido y devolviendo a la tierra lo que le corresponde. Hoy la que había albergado al que es la Vida, emigra hacia una nueva vida y comienza a habitar en el lugar propio de la vida inmortal, que está libre de toda afección carnal y terrena. Ella, en fin, elevándose sobre todo lo visible y corporal, se dirige hacia las regiones propias del espíritu, de un modo que sólo es conocido por el que primero unió y después separó lo corporal y lo espiritual; yo, en verdad, no quisiera ser temerario, atreviéndome a investigar lo que no me corresponde.

Nadie puede dejar de prestar fe a ello, si considera lo que pasó con Elías y Enoc, que se hallan en un estado que supera lo que podemos percibir con nuestros ojos, pues, una vez acabada su vida en este mundo, que es de la carne y de los sentidos, ambos fueron arrebatados, el uno llevado sobre un carro y el otro elevado en el aire [10], y ello ocurrió sin que se produjera la separación de sus elementos constitutivos, por haber sido trasladados más allá de las fronteras que a nuestra vida ha señalado Dios, que, con su providencia, todo lo gobierna sabiamente y dispone tanto lo antiguo como lo nuevo.

Si esto te parece poco, fíjate en lo realizado en aquella a la que hoy dedicamos nuestras alabanzas y ello te

10. Cf. 2 R 2, 11; Gn 5, 24.

bastará, si lo haces objeto de examen y de comparación. Mira si, por ventura, se ha podido obrar alguna maravilla superior a lo que en ella prodigiosamente se ha realizado. La ley de la naturaleza, habiéndose debilitado, fue vencida y sucumbió. La amarga condena a muerte [11] acabó en una total ruina de sí misma. La fuerza de la maldición se desvaneció. Nadie, en verdad, ha evadido lo que desde antiguo el Señor había determinado, ni siquiera aquel que, siendo Dios por naturaleza, todo lo cambia y transforma, según el beneplácito de su inmensa bondad, pero convenía que, por razón de sí mismo, en cuanto a su madre actuara de un modo diverso al de los demás. Así no sólo manifestó que ella era en verdad su madre, sino que también dio fe de que, a través de ella, se había realizado el misterio de la Encarnación. Elevamos, pues, lo más posible nuestras voces de alabanza, ya que el Verbo, que es el autor de la vida, se albergó con exultación en el augusto seno de María y, tomando nuestra naturaleza, colocó nuestra condición humana muy por encima de lo que le pertenecía.

Las cosas que a su tiempo se realizaron en María y que ahora son objeto de nuestra admiración resultan superiores a la naturaleza y no tienen precedente alguno; sin embargo, con razón podemos reconocer que le convienen, sin ninguna objeción, si tenemos en cuenta su admirable maternidad. Se hizo presente el Verbo e impidió que fuera dominada por la ley de la muerte aquella que no estaba sujeta a la ley. Es un espectáculo verdaderamente extraordinario y que sobrepasa toda ponderación el contemplar a esta mujer que, por su pureza, es superior a los ángeles y ver el tabernáculo divino penetrando en el santuario de los cielos.

11. Cf. Gn 3, 19.

Ella, siendo virgen, con el milagro de su divina maternidad, había superado la naturaleza de los serafines y había entrado en la intimidad de Dios; creador de todas las cosas, y, siendo madre del que es la vida, le correspondió un tránsito en consonancia con dicha maternidad y que es una maravilla de la fe, digna de la divina majestad. Así como, al dar a luz, su seno no perdió la integridad, así, al morir, no pereció su carne. ¡Oh qué gran maravilla! No aparece la corrupción en su parto, ni tampoco en su sepultura. ¿Queréis que os lo demuestre? Yo, por mi parte, os pido que ninguno de los presentes deje de tomar en consideración el sepulcro vacío. Os pregunto, en efecto: ¿Cómo desapareció el cuerpo de la difunta? ¿Por qué no quedan restos funerarios en el sepulcro? Ello es debido a que el cuerpo enterrado no experimentó la corrupción y a que este tesoro fue cambiado de lugar.

¿Cómo no hemos de pensar que se realizó en verdad este traslado, si observamos que simultáneamente ocurren otras cosas significativas, como son: la separación del alma y del cuerpo, el dejar la carne, la disgregación de las partes del compuesto, la disolución o muerte, la posterior recomposición y unión de elementos y dicho traslado a un lugar desconocido? El hecho mismo de que el sepulcro haya permanecido vacío hasta el presente es ya un testimonio de esta traslación. Desconozco si se produjo la recomposición de las partes integrantes de la persona; voy a reflexionar un poco acerca de esto: a ver si el Creador, según su inescrutable beneplácito, se propuso honrar enseguida el cuerpo de su madre, o si, de otra manera, quiso que en el estado de separación el elemento principal llegara a su destino definitivo, mientras el otro quedaba todavía fuera de él, o si, de otro modo admirable y extraordinario, determinó que ella, como madre que es del Verbo, se

hallara en algún estado que sea del todo desconocido para nosotros [12].

La que, por la Encarnación, es madre del Verbo nos invita a un sobreabundante convite, para que nos alimentemos de pensamientos espirituales; ella misma ha de ser como una mesa regia y acerca de ella han de versar nuestras palabras, con el objeto de que se manifieste la esplendidez de los divinos misterios. Es tan excelso el resplandor de esta claridad, que supera en mucho el poder de expresión de las palabras y a la vez ilumina y alegra la faz de quienes celebran con entusiasmo la presente festividad.

Yo participo en este banquete como huésped e invitado y, al mismo tiempo os invito a vosotros y, aunque indignamente, os expongo sublimes misterios. Que nadie, fijándose en mi insignificancia, rehúse desdeñosamente este convite, pues no soy yo, sino que es la Madre de Dios quien, como en un banquete, os ofrece excelsas y misteriosas consideraciones. Estando la mesa repleta de tan apetecibles manjares espirituales, acerquémonos a ella guiados por el impulso del Espíritu, que nos mueve en lo profundo de nuestro ser.

La que en este mundo dió a luz al que es la Sabiduría, imitando muy de cerca a la misma Sabiduría, se

12. Estas reflexiones hacen suponer que, al afirmar la asunción al cielo del alma de María y la desaparición de su cuerpo del sepulcro, quedaba un margen de libertad para hacer averiguaciones o hipótesis sobre la ubicación del cuerpo de María; algunos bizantinos proponían que provisionalmente se encontrara en el Paraíso terrenal, hasta el día del juicio. También cabe la posibilidad de que este pasaje sea una interpolación, pues poco antes san Andrés hablaba de «la recomposición y unión de elementos», refiriéndose al cuerpo y al alma de María.

ofrece a sí misma benignamente, a modo de una celestial y mística mesa [13], en que se ofrece un espléndido banquete a los iniciados en las cosas divinas. No se trata de víctimas degolladas o de copas para derramar en libación, como en los venerables sacrificios antiguos, sino del cáliz que contiene el néctar de la realización de la obra salvadora de Dios. La excelsa y clara manifestación de los misterios que contemplamos en esta gran solemnidad nos lleva a descubrir cuán admirable es la casa de la Sabiduría y que ella aparece también como una mesa santísima, porque, de modo admirable, llevó en su seno al que es el Pan de vida, nuestro Dios y señor Jesucristo que, asumiendo la naturaleza creada, se transformó en ese pan, tomando la levadura de la masa de los descendientes de Adán. A quienes devotamente se acercan a Él, les ofrece una nueva vida y les transforma divinamente, purificándoles, haciéndoles inmortales y uniéndoles consigo en estrecha y maravillosa comunión.

Este es el convite que Cristo ofrece a quienes son objeto de su amor, a los cuales concede una vida excelsa y misteriosa, que no admite comparación con ninguna cosa creada y que supera todo nuestro conocimiento acerca de las cosas divinas. Para otorgarnos esta vida el Señor, en un inefable anonadamiento, al que le llevó la protección y cuidado que, como creador del universo, nos dispensa, quiso abajarse hasta nuestra pobreza y unirse a nuestra masa, asemejándose a nosotros en la carne y en la sangre [14]. El que tiene toda plenitud y riqueza y que no necesita de nadie, ni se despojó, en modo alguno, de su divinidad, quiso asumir

13. Cf. Pr 9, 1-2.
14. Cf. Hb 2, 14.

en su propio ser nuestra naturaleza, aunque sin confusión, ni división alguna. Este misterio no fue manifestado, ni siquiera a los ángeles y principados de las jerarquías celestes, exceptuando solamente aquel arcángel que había de ser el mensajero de la realización de la obra salvadora [15]. Así el que es incorpóreo, revistiéndose del cuerpo, se asoció con nosotros y, mediante el espíritu y la carne, se nos aproximó, de modo que todo Él se unió a toda nuestra masa, para restaurar toda nuestra naturaleza.

Yo entiendo y me resulta obvio que María viene a ser la mesa espiritual de la mística Sabiduría que nos viene de Dios. Con esto guardan relación los ritos que, por divino beneplácito, hoy místicamente celebramos y que se refieren a los misterios de cuando la Madre de Dios dejó este mundo, sin inmutar las leyes de la naturaleza, puesto que acabó su vida mortal obedeciendo las mismas disposiciones que a nosotros nos afectan; pero, igual que en su nacimiento, esto se realizó en medio de unos extraordinarios milagros. A nadie puede causar extrañeza que en ella, por disposición divina, se haya realizado algo que está muy por encima de la condición humana, si se tiene en cuenta que en su persona se ha realizado un misterio nunca visto, que trasciende cualquier límite, por encima de toda limitación.

Estas cosas son misteriosas e inefables y nuestra razón se siente incapaz de penetrarlas. Nosotros, con gran gozo y esplendor, celebramos la memoria del enterramiento de la que es tabernáculo viviente de Dios y está toda llena de santidad. Con este motivo se juntan lo espiritual y lo corporal, lo celestial y lo terreno,

15. Cf. Lc 1, 26.

para rendir homenaje a la Reina que va por delante del género humano y es triunfalmente aclamada, porque en ella se edificó, sin intervención humana, el templo divino de salvación, que es el universal propiciatorio, y de ella se formó el cuerpo del que, por su naturaleza y operaciones, es semejante a nosotros en todo, menos en el pecado.

¡Oh qué gran maravilla! La que de un modo admirable pudo contener, en la pequeñez de su seno, a Dios que es ilimitado en su grandeza, hoy tendida sobre un lecho delimitado y pequeño, al celebrarse sus exequias, es transportada por manos de santos. Aquella cuyo seno sirvió de trono al que se sienta sobre querubines, es depositada en una tumba excavada en la piedra, y la que en su parto causó admiración a los ángeles, hoy es conducida en triunfo por el coro de los apóstoles que transportan este tabernáculo, que es su cuerpo [16].

¿Quién será capaz de expresar el sentido de estos hechos? ¿Quién podrá exponer debidamente este misterio? ¿Quién dará alas a su mente, para alcanzar estas maravillas y sentirse en comunión con ellas? ¿Quién, uniéndose a los seguidores de los apóstoles, se atreverá, según sus facultades, a describir la sucesión de estos acontecimientos? El que se considera incapaz, por su naturaleza, de alcanzar la comprensión de estos misterios que le resultan inasequibles, impulsado por una di-

16. Las fuentes de que se sirve san Andrés para los detalles de la sepultura de María y la reunión de apóstoles y discípulos junto a ella, además de los escritos del Pseudo Dionisio, son las tradiciones ya difundidas en toda la Iglesia por la literatura apócrifa asuncionista, representada especialmente por el Pseudo Juan Evangelista, Juan de Tesalónica y el Pseudo José de Arimatea.

vina moción, asume las palabras de David y se dirige al Señor, diciendo: *Admirable se ha mostrado tu sabiduría sobre mí; se ha remontado tanto, que no puedo alcanzarla* [17]. Con esto no sólo se confiesa que es maravilloso el poder de Dios sobre nuestra naturaleza, para unir sus componentes y luego separarlos, sino que también, por divina inspiración, se celebra el extraordinario milagro realizado en esta Reina inmaculada, que es su excelsa Madre.

Así se manifiesta lo que nos es común a todos y lo que es propio y peculiar de ella y que, desde antes de todos los siglos, conoce solamente el que es creador y artífice de todo cuanto existe. Lo que hoy solemnemente celebramos, en efecto, hace referencia a la conformación y a la desintegración de aquello que es constitutivo de nuestra propia naturaleza. Sintiéndome desalentado por el temor reverencial que me inspira este misterio, me apropio las palabras del más renombrado de los profetas, Isaías, y digo: *Ay de mí, estoy aterrado, pues, siendo hombre de labios impuros* [18], me atrevo a hablar acerca de aquella que es pura e inmaculada y está llena de toda santidad, y tengo la osadía de dedicarle estas alabanzas exequiales, a pesar de que las nubes que están a su alrededor nos impiden contemplar su tránsito y una especie de niebla espiritual [19] la envuelve y no permite que podamos comprender los misterios que la circundan. Sólo Dios es quien puede alabarla como es debido, pues únicamente Él conoce las grandes obras que en ella ha realizado y, en

17. Sal 139 (138), 6.

18. Is 6, 5.

19. La niebla es símbolo de la presencia de Dios y de lo incomprensible de sus misterios.

cambio, esto está muy lejos de mis posibilidades, ya que me hallo apegado a la tierra y, por falta de interés por las cosas celestiales, apenas alcanzo a ver nada más que lo que hay bajo mis pies. ¿Me retraeré, pues, de decir aquello que supera todo merecimiento, puesto que ni siquiera consigo hablar de lo que corresponde al mérito? Ya que tengo la posibilidad de hacerlo, las palabras vencerán al silencio y ofreceré mi disertación al Señor [20]. A Él sea la gloria y el poder por todos los siglos de los siglos. Amén.

20. Estas palabras nos inducen a pensar que a esta homilía había de seguir otra, que probablemente es la anterior, XII en la Patrología de Migne, cuyo orden mantenemos en la presente traducción.

HOMILÍA VIII

EN LA DORMICIÓN DE NUESTRA SEÑORA LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

La continuación del discurso nos lleva de nuevo a proseguir la alabanza y, en verdad, es conveniente que ofrezcamos lo que queda por decir, a fin de que no falten ni la integridad, ni el orden [1]. En cuanto nos ha sido posible hemos expuesto antes lo que hace referencia a las maravillas obradas en el cuerpo que albergó dentro de sí la vida, o sea el tabernáculo virginal, la Madre de Dios; ahora nos resta decir algo sobre el mencionado cántico y lo que en él se proclama [2].

Que no se me vitupere como a temerario y atrevido por pretender algo que está por encima de mis fuerzas, pues, para expresarme debidamente no me apoyo en mi propia capacidad, sino que me impulsa el deseo de cumplir lo que he prometido al Señor, sin faltar a la modestia y humildad en el desarrollo de mi discurso. No pretendo, ciertamente, desentrañar la profundidad de este misterio, aunque me haya atrevido a investigar este tema, que hasta ahora no ha sido elucida-

1. Las tres homilías sobre la Dormición forman un conjunto y se complementan entre sí. Probablemente fueron pronunciadas en una misma festividad, quizá en días sucesivos.

2. Se refiere al cántico de Hieroteo del que habla el Pseudo Dionisio. Véase homilía VI, nota nº. 29.

do por otros. Nadie se admire, si halla en este discurso ciertas cosas que sólo unos pocos han observado, ya que hemos tenido que apoyarnos en conjeturas y no sin dificultad puede la mente alcanzar unos asuntos que sólo los ángeles podrían expresar debidamente.

Como ya hemos dicho, se había reunido aquella innumerable multitud de personas divinamente inspiradas y, desde lo alto, había volado invisiblemente hacia el lugar el ejército de las virtudes celestiales, a fin de tomar parte en el maravilloso espectáculo, y, según creo, también estuvieron allí, cantando a coro alrededor del lecho mortuorio, almas llenas de inspiración celestial, a las cuales en el libro de los Cantares se designa espiritualmente como jovencitas [3]. Era conveniente, en efecto, que se hicieran presentes las almas de los difuntos que gozaban ya de la vida divina, a fin de que acompañaran a la Reina en su salida de este mundo, conduciéndola en triunfo y entonando cánticos de alabanza. En su presencia yacía el cuerpo de la Madre de Dios, todo resplandeciente y siendo de unos tres codos [4] la medida de aquella que fue capaz de encerrar en su seno la plenitud del Verbo divino. Estando tendida en el lecho, despedía una suave fragancia de santidad, que inundaba toda la creación.

¿Qué mente o qué lengua serían capaces de referir debidamente lo que se ofrecía a la vista, siendo así que todo estaba rodeado como de un halo de impenetrable misterio? Los más destacados de entre los varones ins-

3. Cf. Ct 1, 3.

4. El orador no pretende precisar cuál fuera la altura del cuerpo de María, sino solamente poner de relieve su pequeñez material, en contraposición a la grandeza de Dios y de sus dones espirituales.

pirados por Dios fueron impulsados por el Espíritu y, poseídos de un gran gozo espiritual, cayendo en un arrebato de éxtasis y, respondiéndose unos a otros y cada cual según su propia capacidad, entonaron sublimes cánticos funerarios. No son cantos que alguno de nosotros pueda comprender o explicar, sino que viene del Espíritu Santo la capacidad de componerlos y de penetrar su significado. Cuáles fueron estos cantares y lo que en ellos se expresaba, así como los sentimientos de quienes los entonaban o escuchaban son cosas que superan en absoluto nuestro ingenio terreno de composición y armonía, pues tales himnos no se diferencian mucho de los cánticos de los ángeles en la alabanza celestial, y a nosotros nos resulta muy difícil entender su profundidad y apreciar su extraordinaria belleza, ya que no tenemos la facultad de gustar su gran dulzura; por tanto, mejor nos sería honrar con nuestro silencio aquello que está muy por encima de nuestras posibilidades de inteligencia y de expresión [5].

Nos fijaremos tan sólo y trataremos de explicar lo que nos resulte asequible y esté libre de riesgos, de modo que pueda interesar al que es más inteligente y no desagrade al menos docto. Aunque no seamos capaces de escudriñar el contenido del cántico, nos fijaremos en los símbolos que en él aparecen y que a continuación señalamos: el término de las alianzas de Dios con los hombres, la manifestación de la incomprensible profundidad de los secretos divinos, la realización de unas previsiones eternas, el coronamiento de las revelaciones celestiales, el inefable y misterioso designio del

5. Las referencias a este supuesto himno de Hieroteo son ante todo un recurso literario que permite al orador componer un espléndido conjunto de alabanzas al misterio de la Asunción de María.

Eterno sobre nuestra raza humana, las primicias de la comunicación y familiaridad entre el Creador y sus creaturas, la objetiva promesa de una reconciliación, la belleza más excelente, la estatua esculpida por el mismo Dios, la imagen que mejor reproduce el modelo divino, el más eficaz apoyo para la contemplación y ascenso hacia Dios, el tabernáculo santísimo del Creador de todas las cosas, el receptáculo de la Sabiduría insondable, el albergue incontaminado de la Vida, la fuente inexhausta de los resplandores divinos, la fuerza inconmovible y la que a todos aventaja por su extraordinaria pureza.

Por medio de María se han afianzado para nosotros las prendas de la salvación, pues las maravillas que en ella se han realizado no se han contrapuesto a las características de la naturaleza humana, ni a la satisfacción de lo que es nuestra deuda común, si bien el modo como ello se ha realizado no es del todo igual al que a nosotros nos corresponde, atendiendo a que ella se halla muy próxima a Dios.

Claramente se manifiesta en María una extraordinaria independencia de toda afección terrena, pues ¿acaso no se le ha concedido una gran excelencia y un singular acrecentamiento en todo lo que se refiere a la virtud? ¿Y no están por encima de toda ponderación los milagros que en ella se han operado, de tal modo que ha venido a ser la sede de todas las maravillas que antes y después se han realizado, siendo como la cumbre de todos los prodigios el que hoy es objeto de nuestra celebración y que, si bien ha sido predeterminado por Dios desde un principio, tiene por objeto el final de la vida terrena? ¡Oh admirable providencia, cuyos caminos no puede comprender, ni escudriñar ninguno de los humanos! Obra suya es lo que se realiza en estos misterios de la Virgen. Aunque se centre sobre el término de la vida, es un misterio que desde un principio tocó

en suerte a la humana naturaleza. Efectivamente, ¿cómo fue derribado el muro que el pecado había construido?, ¿cómo se han roto las ataduras que la prevaricación había afianzado?, ¿cómo ha podido ser despreciada la muerte, cual si de un sueño diurno se tratara?

El miedo ha desaparecido y ya no viven atemorizados los pequeñuelos de Cristo. Si no hubiera muerto la que albergó a Dios, ¿habría sido, acaso, destruida la perdición que la desobediencia había producido? Ciertamente, por la muerte de Cristo ha desaparecido esta ruina. La naturaleza ha sido liberada del castigo de la corrupción, al conseguir el don de la integridad. ¡Oh que maravillosas transformaciones y que divino intercambio! De la naturaleza proviene la voluntad que produjo espinas, pero de esta misma naturaleza nació el que cumplió la voluntad del Padre. La naturaleza, por la desobediencia, voluntariamente introdujo la muerte, pero ella misma fue la que dió a luz al que, por su obediencia, destruyó la muerte.

Una mujer únicamente fue la escogida para que, de un modo sobrenatural, sirviera en esta obra al autor de toda la naturaleza. Así pues, no faltéis a la asamblea que se reune junto al sepulcro bendecido por Dios de ésta que es el tabernáculo santificado por la divina presencia y que atrae a todos los amantes del bien, por la abundancia de los dones que ofrece. Para recibir estas gracias no se requiere fatiga, sino solamente buena voluntad. Acérquese, pues, con buena disposición todo aquel que, sin vacilar, se apoya en la fe. Aproxímese al santuario de la Virgen y experimentará que ha encontrado todo cuanto su espíritu anhelaba.

Aquí se ofrece a todos la reconciliación; venid, pues, y reconciliaos con Dios. Aquí está la fuente inexhausta de la inmortalidad; venid y saciaos cuantos estáis destinados a la muerte. Aquí se hallan los perennes ríos

de la vida; acercaos y obtendréis la vida perdurable. ¡Oh hija de Adán y madre de Dios! ¡Oh creatura del mismo que ha nacido de ti en el tiempo, sin dejar de ser eterno! Tú fuiste aclamada por todos los que eran impulsados por el Espíritu de Dios.

Moisés, en primer lugar, contemplándote en la zarza, exclamó: *Iré a ver esta gran visión* [6]. Acerca de ti, oh Madre de Dios, David, antepasado del Señor, suplicaba a Cristo, diciendo: *Levántate, Señor, tú y el arca de tu santidad* [7]. En relación a ti también y prediciendo tu tránsito, dijo en los Salmos: *Ante tu rostro se postrarán los notables del pueblo* [8] e igualmente: *Toda la gloria de la hija del rey está en su interior; ella se halla revestida con un atavío bordado de oro* [9]. El sagrado libro de los Cantares, de un modo un tanto encubierto, hace algunas predicciones acerca de ti, diciendo: *¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?* [10]. Y en el mismo libro leemos: *Contemplad la litera de Salomón. Sus columnas son de plata, su respaldo de oro, sus gradas de púrpura adornada con pedrería, obra del amor de las hijas de Jerusalén* [11]; y también: *Salid, hijas de Sión, a ver al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre el día de sus desposorios, el día de la alegría de su corazón* [12]; y además: *Miradla, hijas de Sión, y colmadla de alabanzas; reinas*

6. Ex 3, 3.
7. Sal 132 (131), 8.
8. Sal 45 (44), 13.
9. Ibid., v. 14.
10. Ct 3, 6.
11. Ct 3, 7-10.
12. Ct 3, 11.

y mujeres de la corte, ensalzadla, porque la fragancia de sus vestiduras supera todos los aromas [13].

Contemplándote proféticamente Isaías, inspirado por Dios exclamó: *He aquí que una virgen concebirá* [14], y también: *Será la raíz de Jesé* [15] y *Dichosa la raíz de Jesé;* y además: *Brotará un retoño del tronco de Jesé y una flor se elevará de su raíz* [16]. Fue también acerca de ti que el gran Ezequiel proclamó este anuncio: *He aquí una puerta hacia el Oriente. Y la puerta estará cerrada y nadie pasará por ella. Sólo el Señor Dios entrará y saldrá y la puerta estará cerrada* [17]. Monte te llamó proféticamente el Varón de deseos, diciendo: *Una piedra no lanzada por mano de hombre* [18] de ti se desprendió, sin ser arrancada; fue separada, no estirpada. Se refería al misterio de la Encarnación. Tú eres el grande y sagrado misterio de salvación, *que los ángeles desean contemplar* [19], tú el hermosísimo albergue de la divinidad, al descender hacia nosotros, tú la tierra verdaderamente deseable; deseó, en efecto, el Rey la gloria de tu hermosura [20] y amó las riquezas de tu virginidad. Habitó Él dentro de tí y *acampó entre nosotros* [21] y, por medio de ti, nos reconcilió con Dios Padre.

Tú eres el tesoro del *misterio escondido desde el origen de los siglos* [22], tú el libro en verdad viviente, es-

13. Cf. Ct 6, 8; 4, 10.
14. Is 7, 14.
15. Is 11, 10.
16. Is 11, 1.
17. Ez 44, 1-2.
18. Dn 2, 34.
19. 1 P 1, 12.
20. Cf. Sal 45 (44), 12; Sb 8, 2.
21. Jn 1, 14.
22. Ef 3, 9.

crito no con vocablos humanos, sino con la Palabra espiritual, por medio del cálamo vivo del Espíritu Santo. Tú sola eres aquel volumen del testamento nuevo, que Dios ha escrito y transmitido a los hombres. Tú eres el carro de Dios acompañado de muchas decenas de millares [23], es decir de la multitud de aquellos que, por la Encarnación, han sido salvados. Tú eres el monte Sión, *monte fecundo, monte cuajado, donde Dios se complació en fijar su morada* [24], pues de ti nació, al tomar carne y alma humana, aquel que está por encima de toda sustancia.

¡Oh templo divino, siendo, sin embargo, un ser terreno! ¡Oh pilar mortal y columna de inmortalidad; no la que ilumina al Israel según la carne que está en el desierto, sino la que, con señales de luz divina, guía al Israel espiritual hacia el auténtico conocimiento de la verdad! ¡Oh nube totalmente luminosa y *monte umbroso* [25] no para dar sombra al ingrato pueblo de Israel, sino para iluminar con tus maternales resplandores al *pueblo elegido por Dios, la nación santa!* [26]. ¡Oh más pura que todo el oro y que cualquier cosa sensible! ¡Oh tierra virginal de la que procede el segundo Adán, que, sin embargo, es anterior al primero! ¿Qué sepulcro podrá cubrirte o qué tierra podrá recibirte, siendo así que, por tu pureza, aventajas al cielo y a sus elementos? ¿Cuáles serán las condiciones de tu enterramiento? ¿Cuáles las vendas mortuorias? ¿Cuáles las vestiduras? ¿Con qué perfumes se podrá ungir tu cuerpo? Se trata, en efecto, de un cuerpo de gran fragancia, sin

23. Cf. Sal 68 (67), 18.
24. Ibid., v. 16-17.
25. Ha 3, 3.
26. 1 P 2, 9.

mancilla, colmado de santidad, del que brota la remisión, fuente de donde dimana la incorrupción, cuerpo de donde procede la comunicación de la divinidad, cuerpo en el que se lleva a cabo la consumación y del cual proviene la salvación.

Tú eres en verdad *hermosa y no hay mancha en ti* [27]. Te corresponde también, de alguna manera, lo que dice el excelso Salomón: *Eres bella como Jerusalén y la fragancia de tus vestidos es como el perfume del incienso* [28]. Tú eres la nueva e inexhausta vasija de aromas, tú el júbilo del óleo de unción [29], tú el buen olor de los perfumes espirituales. Tú eres la flor de la incorrupción, la tierra fértil en productos aromáticos, arca que contienes la vida, lámpara resplandeciente, púrpura divinamente tejida, vestidura regia, indumento preciosamente adornado, manto recamado de oro, inefable lazo de unión con la púrpura espiritual del Verbo, diadema del reino de sacerdotal dignidad, trono excelso [30], puerta la más encumbrada de los cielos, reina de todo el género humano. Tú superas cuanto pueda decirse acerca de ti y, después de Dios, estás por encima de todos los seres. ¿Qué manos te van a dar sepultura? ¿Con qué brazos transportaremos a la que llevó dentro de sí a aquel que en modo alguno puede ser abarcado? ¿Qué plegarias fúnebres te podremos ofrecer? ¿Con qué cánticos te acompañaremos? ¿Qué labios podrán celebrar tu tránsito? ¿Con qué voz y con qué expresiones proclamaremos tus maravillas?

27. Ct 4, 7.
28. Ct 4, 11; 6, 4.
29. Cf. Sal 45 (44), 8.
30. Cf. Is 6, 1.

En nombre de todos te dirigimos estas palabras: *Bendita tú entre las mujeres* [31], por todas las generaciones sin fin. Bendita seas en los cielos y glorificada en la tierra. Con gozo y devoción toda lengua te ensalza y te proclama Madre de la vida. Toda criatura se ha llenado de tu gloria; todas las cosas han quedado santificadas con la fragancia de tus aromas. Por ti ha sido abolido el origen del pecado y la maldición del primer padre se ha transformado en gozo. Por ti todos los ángeles cantan junto con nosotros: *Gloria en el cielo y paz en la tierra* [32]. El sepulcro no puede retenerte, pues la corrupción no debe inficionar el cuerpo que pertenece al Señor. El infierno no tiene poder sobre ti, ya que es incapaz de reducir a esclavitud tu alma de regia condición. Sal, pues, vete en paz y emigra de la región de lo creado.

Reconcilia nuestra naturaleza con el Señor. Hasta ahora, mientras morabas entre los hombres, un pequeño espacio de tierra te daba cabida; más, al presente, cuando emigras de este mundo, todo el orbe te recibe como universal propiciatorio. Seas, pues, glorificada con una felicidad que supera la de Enoc [33], con un gozo inenarrable y con una luz perpetua, allá donde está en verdad la vida, el reino de la luz y la indescriptible danza sagrada de los ángeles. Gózate, sobre todo, con la hermosura de tu Hijo. Disfruta de un rebosante júbilo y de una felicidad que no envejece, en la región por donde fluyen las corrientes del gozo perdurable, donde se hallan los prados de la incorrupción, las fuentes perennes de la vida, los raudales de la luz divina,

31. Lc 1, 42.
32. Lc 2, 14.
33. Cf. Gn 5, 24.

los ríos caudalosos de la vida eterna. Allá está el cumplimiento de lo que antiguamente era objeto de esperanza y de lo que ahora presentimos ya próximo; allá se encuentra el meollo de todo lo que es bueno y la manifestación de cuanto está aún oculto y se ha de manifestar después. Allí radica el fin último, fuera del cual nada se encuentra en definitiva. Allí es adorado el Padre, es glorificado el Hijo, es alabado el Espíritu Santo, la sola y única naturaleza divina en Trinidad.

Estas cosas y otras más sublimes pienso que serían las que manifestaron y celebraron aquellos varones inspirados por Dios; yo no tengo capacidad para añadir nada más, siendo, como soy, tierra y ceniza, todo podredumbre y que me arrastro, como serpiente, sobre mi vientre. He procurado, en cuanto lo permitían mis fuerzas, decir lo que era debido, sin omitir nada de lo que corresponde a la presente solemnidad; si alguien es capaz de ofrecer ideas más elevadas, puede hacerlo para utilidad de esta asamblea; yo, después de añadir unas pocas palabras, descansaré ya del esfuerzo de mi tarea Todos, en efecto, padecemos una misma limitación, la de no ser capaces de ponderar debidamente la dignidad de lo que celebramos, aunque todos tenemos el buen deseo de exponerlo lo mejor posible.

Por lo demás, estoy convencido de que la Madre del Verbo recibirá benignamente mis pobres palabras y, con toda seguridad, nos concederá cuanto le pedimos, si en verdad nos hacemos dignos de recibirlo. Ella que es muy santa y está llena de generosidad, a cambio de unos pequeños obsequios, concede otros mucho mayores. Por eso, antes de acabar el discurso, dirigimos una invitación a esta preclara y dignísima asamblea festiva, diciendo: Venid y, acercándonos al sagrado cortejo que asiste al transporte del cuerpo virginal, entonemos cánticos exequiales y, según nuestras fuerzas, ofrez-

camos una digna corona a aquella que nos ha congregado en esta celebración.

A fin de que todo se realice con sumo esplendor, háganse presentes hoy en esta asamblea las multitudes del cielo y de la tierra y entonemos todos juntos cánticos de alabanza a este glorioso tránsito, diciendo: Se retiró, se retiró el campamento de Dios de entre las tiendas de Cedar [34], hacia los tabernáculos incorpóreos de una vida nueva. Este tabernáculo, del que era figura el de la ley [35], recibió el arca celestial, de la cual el arca de la ley antigua era también figura. *Se elevó el dintel de las puertas del cielo* [36] para recibir dentro de sí a la que es puerta celeste de Dios y acogerla como reina, con regios honores. Recibidla vosotros, ángeles resplandecientes; alabadla, cielos; glorificadla, habitantes de la tierra; ensalzad a la que es *ciudad de Dios, ciudad del gran Rey* [37]. Salta, oh tierra, grita de júbilo, proclama la gloria de la Virgen, recordando los pañales del nacimiento y los prodigios de la sepultura; observa de qué manera fue sepultada, cómo fue trasladada y cómo es venerado su sepulcro, que aparece vacío. Oh Judea, congrega a tus hijos, ensalza a la Reina que desciende de la estirpe de Judá. Ten confianza, oh Jerusalén, no temas, celebra tus festividades, clama, exulta, acompaña triunfalmente a aquella que es la metrópoli de Dios, canta con David sinceramente el salmo que dice: *En la salida de Israel de Egipto* [38]. Oh madre Sión, elegida por Dios y en quien Él se ha complaci-

34. Cf. Sal 120 (119), 5.
35. Cf. Hb 8, 5.
36. Is 6, 4.
37. Sal 48 (47), 3.
38. Sal 114 (113A), 1.

do, llama a tus hijas, las iglesias de entre los gentiles, y entona un cántico exequial, pero no patético; grita, pero sin lamentos, pues la presente solemnidad es gozosa y no triste. Oh Getsemaní, recibe a la nueva Reina, dispón el sepulcro, presenta la mortaja, prepara el féretro con ungüentos aromáticos. La urna funeraria sea para ti como el depósito de un tesoro. Lo santo sea debidamente custodiado, pues lo que se halla en el sepulcro es objeto de veneración tanto para los ángeles como para los hombres. Si ocurre algo extraordinario y el sagrado cuerpo es objeto de un traslado, publica el milagro y cuenta a las futuras generaciones el tránsito que se ha realizado, ya que el espíritu de la Madre de Dios es confiado a los espíritus celestiales, mientras que a nosotros se nos ofrece la fragancia santa que, como de una perenne fuente, dimana de su sagrado cuerpo.

Vayamos todos juntos hacia la Madre de Dios: los coros de los padres y de los patriarcas, los grupos espirituales de profetas y sacerdotes, la asamblea de los apóstoles, la multitud de los mártires, la congregación de los doctores, las almas de los justos, el gremio de los santos; todo señorío y toda edad, los reyes y gobernantes, los príncipes y los súbditos; *los mozos y las doncellas, los ancianos junto con los jóvenes, ofreced alabanzas* [39] y súplicas; hablad a la Madre de Dios y decidle: «Dichosa la casa de David, de cuya descendencia has nacido tú, la Madre de Dios». Madres y doncellas, glorificad a la única que es a la vez madre y siempre virgen. Esposas, honrad a la que, manteniendo su castidad virginal, permanece incorrupta y solamente ella ha dado a luz, sin experimentar los dolores del

39. Sal 148, 12.

parto. Estériles y viudas, aplaudid a la que, no conociendo varón, transformó las leyes de la infecundidad. Danzad, muchachas, celebrad triunfalmente a la que es madre incorrupta. Bendecidla, pueblos; felicitadla, lenguas; cantad a la Madre de Dios todas las razas de la tierra, ensalzadla con cánticos y címbalos, gritad, vitoread, tocad.

María, toma el tímpano y ponte al frente del coro de las vírgenes [40]; David, pulsa la lira, levanta la voz y entona un cántico en honor de tu Reina; dirige el coro, eleva el tono con tu instrumento musical, llama a las doncellas, convoca a los cantores y ordena las danzas, a fin de que vayan girando alrededor del féretro y ejecuten el baile en torno al sepulcro. He aquí la nueva arca de la gloria de Dios, *que contiene la vasija toda de oro, la vara de Aarón que floreció y las tablas del testamento* [41]. He aquí aquella culminación, sobre la cual versan los oráculos de los profetas. He aquí la escala que, por divina disposición, contempló Jacob y a los ángeles de Dios subiendo y bajando por ella, sea cual sea el significado de estas subidas y bajadas. Esta es la puerta de los cielos, de la cual dijo el mismo Jacob: *Que terrible es este lugar. No es sino la casa de Dios y la puerta del cielo* [42]. He aquí el propiciatorio colocado en el Santo de los santos, donde se encuentra el arca de los divinos misterios, puesta ahora bajo las alas de los serafines [43] y que, por los misterios de Cristo, nos libera de nuestros pecados.

40. Se refiere a María la hermana de Moisés (Ex 15, 20).

41. Hb 9, 4.

42. Gn 28, 17.

43. Cf. Ex 25, 17; Hb 9, 5. Se trata de los querubines y no de los serafines.

Ya no estamos bajo el yugo de la servidumbre de la ley impuesto a Israel, sino que Cristo, por su propia mano y sobre su cuerpo, formado en el seno de la que es Madre de Dios, ha escrito el documento de nuestra libertad y del culto según el Espíritu [44]. Ya no han de entrar en el santuario cada año los pontífices, puesto que el Sumo Sacerdote Cristo Jesús, asumiendo la carne dotada de entendimiento y alma racional, penetró en los cielos [45] y, entrando, como en un templo, en el santuario virginal, presenta místicamente por nosotros el incienso y el sacrificio; siendo Él mismo sacrificado, se ofrece en holocausto y, consagrándose por nosotros, consagra a quienes se consagran a Él.

Estos son, oh Madre de Dios, los misterios de tu gloriosa Dormición; ésta es la sagrada traslación del tabernáculo al que el mismo Dios tributa las honras fúnebres que corresponden a su Madre; ésta es la alabanza de tu partida; éstos los recuerdos que preceden y siguen a la sepultura; éstas las circunstancias que rodean tu incomprensible traslación. Estas son simples representaciones simbólicas de los misterios divinos y de los maravillosos triunfos que en ti se han realizado. La mente no es capaz de alcanzar más allá de lo que ya llevamos dicho.

Nos hemos esforzado en ofrecerte este breve sermón, como muestra de agradecimiento y de súplica; si hay en él algo que sea digno de tu grandeza, ello es debido a tu generosidad en concederlo y a tu benevolencia en aceptarlo, y si, por el contrario, como es forzoso que ocurra al que intenta hablar acerca de ti, aparece algo que desdiga de tu majestad, tú misma cierta-

44. Cf. Jn 4, 24.
45. Cf. Hb 4, 14.

mente lo disculparás, pues eres compasiva por naturaleza y estás toda llena de bondad, por lo íntimamente unida que te hallas a tu Hijo. Así, pues, estoy seguro de que vas a considerar como una bellísima ofrenda este pobre trabajo mío, pues no tengo nada más que presentarte, oh excelsa Madre del Verbo, sino este sermón, que dimana de las generosas fuentes de tu gracia, oh toda llena de la divina gracia.

Por lo demás tu unión con Dios en la bienaventuranza eterna es un estado tan excelso, que no puede ser comprendido, ni expresado y, por tanto, hemos de honrarlo con un respetuoso silencio. Así debe ser, pues no nos corresponde investigar aquello que supera nuestra capacidad y no puede ser explorado. Por eso, oh bienaventurada y excelsa Reina y Madre de Dios, si, aunque sea con deficiencias, hemos podido exponer tus ocultos misterios, se debe a tu ayuda y a tus eficaces súplicas ante el Señor. Nos faltan las fuerzas necesarias y las palabras debidas para exponer la sublimidad y grandeza de lo que nuestra mente alcanza a comprender.

Acepta de nuestros labios estas alabanzas que te son debidas, según hemos contemplado, bajo oscuros símbolos, acerca de ti, de quien hemos recibido la luz de la verdad. ¡Oh Reina de todos los hombres, tú llevaste en el seno al que es la misma Sabiduría y la Palabra subsistente por sí misma, o sea la primera y única causa de todo! ¡Oh suministradora de la vida, vida de los vivientes y fuente de vida! ¡Oh Santa que superas a todos los santos y eres tesoro santísimo de toda santidad! ¡Oh tú la que no separas, sino que, con vínculo indisoluble, unes con Dios a la humanidad que se hallaba separada de Él! ¡Oh reino de los que moran en la tierra, dotado de gloria y potestad supremas! ¡Oh refugio y fortaleza de la fe cristiana y defensa de los

que en ti ponen su esperanza! ¡Oh Madre de Dios, en quien nos gloriamos, como recompensa por este insignificante trabajo, dirige, en favor nuestro, tus súplicas, más preciosas que grandes tesoros y espléndidas riquezas, a tu Hijo, que es nuestro Señor, nuestro Rey y nuestro Dios! Mediante estas preces tuyas, nosotros pecadores tendremos propicio a Dios y, viviendo virtuosamente, obtendremos la reconciliación; además, por tus súplicas, podremos considerar como cosa de niños los ataques de los bárbaros, de tal manera que sus lanzas, yelmos y flechas resultarán inútiles e ineficaces y, en fin, todo redundará en bien de los cristianos y nos conducirá hacia la unión con Dios.

Ahí tienes, oh carísimo, esta exposición del misterio que, a pesar de sus deficiencias, no deja de expresar el sentimiento de nuestro gozo. Si deseas una explicación más espiritual y más profunda, búscala en el Verbo, que por ti se anonadó [46] y se encarnó y por amor tuyo se unió enteramente a la humana naturaleza. No hay inconveniente en afirmar que se hizo hombre para realizar en ti una verdadera divinización en el espíritu, elevando aquello que es de inferior categoría, pues a ti, que yacías en la tierra, te exaltó junto a sí en la patria celeste. Sea Él siempre el objetivo de tu vida y de la pura contemplación espiritual, comportándote, en palabras y obras, de un modo coherente con los dones divinos que has recibido. Que el contemplar a Dios, en la medida de tus posibilidades, y el que Dios te esté mirando te muevan a procurar un constante acrecentamiento de los fulgores de la vida contemplativa y del ejercicio de las virtudes, de modo que, por la acción y la contemplación, llegues a la per-

46. Cf. Flp 2, 7.

fección, a la firmeza y a la plenitud, a la medida de la edad de Cristo [47]. A Él sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

47. Cf. Ef 4, 13.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 3-6: 106.
2, 10: 109.
2, 21-23: 126.
2, 24: 73.
3, 16: 82.
3, 19: 151.
5, 24: 150, 168.
10, 1ss.: 44.
15, 18: 44.
18, 9ss.: 61.
21, 1ss.: 61.
21, 12: 44.
22, 14ss.: 108.
22, 18: 44.
28, 12ss.: 43, 82.
28, 17: 88, 172.
37, 5-10: 49.
38, 8: 67.
49, 8: 49.
49, 8-12: 47.
49, 8-13: 46.
49, 9: 11, 36.
49, 10: 53, 54.
49, 11: 14, 55.
49, 11-12: 56.

Éxodo

3, 2-3: 116.
3, 3: 84, 164.
3, 5: 84.
3, 9: 95.
15, 2: 75.
15, 20: 172.
15, 22ss.: 110.
16, 13ss.: 107.
16, 31ss.: 82.
16, 33ss.: 110.
17, 5ss.: 116.
19, 12ss.: 147.
20, 18: 82.
25, 17: 172.
25-26: 93.
28, 6ss.: 32.
29, 5: 32.
31, 2ss.: 83.

Levítico

20, 10: 73.

Números

17, 6ss.: 116.
17, 23: 32, 81.
27, 21: 81.
36, 7: 73.
36, 7ss.: 65.
36, 7-9: 72.

Deuteronomio

18, 15ss.: 39.
22, 22: 73.
29, 18: 43.
31, 6: 90.
32, 43: 50.
35, 5: 67.

Jueces
2, 5: 130.
6, 38ss.: 94.

1 Samuel
1, 1ss.: 35, 60.
3, 3: 83.
14, 41: 81.

2 Reyes
2, 11: 150.
2, 19ss.: 110.

Tobías
12, 7: 146.

Job
36, 30: 100.

Salmos
2, 8: 55.
3, 6: 52.
9-10, 22: 90.
16 (15), 10: 53.
18 (17), 38-39: 49.
18 (17), 41: 49.
19 (18), 3: 87.
19 (18), 6: 88.
21 (20), 9-13: 49.
22 (21), 23: 48.
23 (22), 4: 124.
25 (24), 6: 90.
30 (29), 4: 53.
33 (32), 13: 87.
42 (41), 5: 131.
45 (44), 3: 131.
45 (44), 8: 167.
45 (44), 10: 86.
45 (44), 11-12: 80, 87.
45 (44), 12: 165.
45 (44), 13: 164.
45 (44), 14: 79, 164.
45 (44), 15-16: 109.
46 (45), 6-7: 88.
48 (47), 3: 170.
50 (49), 3: 75.
52 (51), 10: 85.
65 (64), 13: 98.
66 (65), 4: 50.
68 (67), 5: 88.
68 (67), 16-17: 109, 166.
68 (67), 17: 55, 85.
68 (67), 18: 166.
68 (67), 33: 88.
72 (71), 6: 88.
72 (71), 9: 49.
72 (71), 11: 50.
72 (71), 17: 55.
72 (71), 19: 108.
76 (75), 13: 53.
78 (77), 5: 58.
78 (77), 66: 49.
81 (80), 3: 144.
85 (84), 11: 101.
85 (84), 12: 84.
86 (85), 9: 50.
87 (86), 3: 88.
87 (86), 5: 85.
89 (88), 22-24: 49.
89 (88), 36ss.: 37.
89 (88), 49: 126.
89 (88), 50: 90.
106 (105), 24: 84.
107 (108), 14: 125.
110 (109), 3: 140.
114 (113A), 1: 170.
115 (113B), 16: 87.
118 (117), 26-27: 82.
120 (119), 5: 170.
132 (131), 4-5: 88.
132 (131), 8: 82, 185, 164.

132 (131), 11: 37.
132 (131), 13: 85.
139 (138), 6: 157.
148, 12: 171.

Proverbios
8, 9: 136.
9, 1-2: 22, 154.
22, 28: 70.
31, 29: 87.

Cantar de los Cantares
1, 3: 160.
1, 10: 59.
2, 1: 52.
2, 4: 57.
2, 13-15: 82.
2, 14: 58.
3, 6: 164.
3, 7: 85.
3, 7-10: 164.
3, 9: 85.
3, 11: 164.
4, 2: 59.
4, 7: 11, 167.
4, 7-11: 86.
4, 10: 87, 165.
4, 11: 167.
4, 12: 87.
5, 3: 57.
5, 11: 63.
5, 13: 59.
6, 3: 59.
6, 4: 167.
6, 8: 165.
7, 2: 108.

Sabiduría
8, 2: 165.
10, 1-2: 110.

Eclesiástico
3, 22-23: 75.
38, 24: 123.

Isaías
6, 1: 85, 140, 167.
6, 2ss.: 95.
6, 3: 110.
6, 4: 170.
6, 5: 149, 157.
6, 6: 107.
6, 7: 86.
7, 14: 86, 165.
8, 1: 86.
8, 3: 86, 109.
9, 6: 113.
11, 1: 11, 32, 51, 81, 84, 165.
11, 10: 84, 165.
17, 14: 109.
19, 1: 87.
29, 11: 86, 109.
45, 8: 30, 98.
49, 6: 55.
49, 13: 98.
55, 4-5: 55.
59, 10: 71.
59, 20: 85.
63, 1-2: 57.
66, 1: 104.

Jeremías
18, 1ss.: 83.
22, 28-30: 54.

Ezequiel
1, 27: 87.
1, 27-28: 87.
2, 9: 86.
3, 1: 86.
3, 12: 88.

4, 1-2: 88.
40, 17: 147.
44, 1-2: 109, 165.
44, 2: 85, 95.
46, 2: 109.

Daniel
2, 34: 165.
2, 35: 109.
2, 45: 85.
8, 16: 103.
9, 21-22: 103.
14, 33-39: 138.

Oseas
10, 1: 82.

Joel
2, 1: 144.
3, 18: 30.

Amós
9, 13: 30, 98.

Miqueas
7, 18: 90.

Habacuc
3, 3: 84, 85, 109, 117, 166.

Zacarías
4, 2: 94, 109.
9, 9: 56.

Mateo
1, 1: 67.
1, 1ss.: 43.
1, 1-17: 64.
1, 16: 69.
1, 20: 71.
2, 23: 103.
10, 24: 125.
12, 33: 60.
13, 33: 22.
21, 9: 56, 82, 108.
26, 39ss.: 130.
28, 9: 58.
28, 18: 58.

Marcos
7, 37: 6.

Lucas
1, 9ss.: 111.
1, 26: 87, 99, 155.
1, 26-27: 103.
1, 28: 80, 105.
1, 29: 111.
1, 30: 112.
1, 30-37: 89.
1, 31: 114.
1, 32: 74.
1, 32-33: 16, 46, 114.
1, 34: 115.
1, 35: 116, 117.
1, 37: 117.
1, 38: 118, 119.
1, 42: 82, 88, 107, 168.
1, 43: 85.
1, 45: 89.
1, 46: 128.
1, 46-47: 89.
1, 48: 6, 108, 128.
1, 48-49: 129.
1, 69: 30.
1, 78-79: 128.
2, 4-5: 74.
2, 14: 101, 168.
2, 26: 54.
2, 27-35: 55.

2, 30-31: 82.
3, 23: 69.
3, 23-34: 67.
3, 23-38: 64.
3, 38: 67.
10, 1ss.: 138.
11, 27: 89.
24, 36: 58.

Juan
1, 12-13: 48.
1, 14: 165.
1, 16: 30.
1, 17: 27.
1, 49: 16, 103.
2, 19: 52.
4, 14: 22, 110.
4, 24: 173.
6, 51: 22.
8, 12: 124.
10, 18: 52.
14, 18: 90.
15, 1: 55.
16, 30: 58.
18, 36: 46.

Hechos de los Apóstoles
2, 11: 6.

Romanos
2, 27ss.: 27.
4, 19-23: 45.
5, 18-19: 50.
5, 21: 125.
7, 23ss.: 123.
10, 4: 27.
11, 15: 99.
11, 16: 139.
11, 33-34: 131.
11, 36: 100.
15, 10: 50.

1 Corintios
2, 6-14: 71.
5, 6: 31.
5, 6-8: 21.
10, 11: 103.
11, 3: 73.
13, 12: 148.
15, 26-54: 121.
15, 45ss.: 35.
15, 51ss.: 123.

2 Corintios
3, 5: 27.
3, 18: 149.
5, 17: 29.

Gálatas
4, 3-7: 28.
4, 4: 81, 88.
5, 9: 21, 31.

Efesios
1, 9: 98.
1, 10: 27, 81.
1, 20-21: 119.
1, 21: 102.
1, 23: 139.
3, 9: 98, 165.
4, 13: 176.

Filipenses
2, 7: 94, 175.
2, 10: 110.

Colosenses
1, 16-17: 100.
1, 26: 98.
2, 3: 107.
2, 9: 83.

1 Timoteo
2, 5: 102.
2, 6: 122.

Hebreos
1, 3: 140.
1, 14: 100.
2, 11-17: 122.
2, 14: 121, 124, 154.
2, 15: 122.
2, 17: 48.
4, 14: 173.
4, 15: 122.
5, 5-7: 32.
5, 10: 81.
6, 13ss.: 44.
6, 18: 38.
6, 20: 81.
7, 1ss.: 32.
7, 14: 43.
7, 16: 45.
7, 19: 29, 102.
7, 24: 45.
8, 5: 170.
9, 1: 93.
9, 4: 32, 81, 82, 172.
9, 5: 172.
9, 15: 102.
10, 1: 27.
13, 5: 90.

1 Pedro
1, 12: 165.
2, 2: 71.
2, 9: 38, 166.
3, 19: 124.

Apocalipsis
1, 4: 96.

ÍNDICE DE NOMBRES Y DE MATERIAS

Aarón: 32, 81, 172.
Abraham: 44, 67, 108.
Adán: 31, 34, 67, 83, 106, 110, 139, 154, 164, 166.
Ana (madre de la Virgen): 12, 13, 35, 38, 61, 76, 93, 116.
Ana (madre de Samuel): 35, 60, 114.
Ángeles (potencias celestes): 99, 101, 133, 155, 160, 161, 165, 168, 170, 171, 172.
Apóstoles (discípulos): 134, 137, 156, 171.

Babilonia: 53.
Banquete (espiritual, místico, etc.): 34, 63, 147, 153, 154, 155.
Bárbaros: 175.
Bautismo (regeneración): 50.
Belén: 83.
Belleza:
- de Cristo: 32, 94, 168.
- de María: 80, 94, 118, 129, 147.
- de la Iglesia: 80.
- del paraíso: 124, 148.
- de la virtud: 129.

Bosrá: 57.

Caída (pecado y sus consecuencias): 31, 33, 34, 50, 89, 98, 101, 102, 104, 107, 111, 123, 163, 168.
Cantar de los Cantares: 164.
Carne (sujeción a las pasiones): 123, 127.
Cedar: 170.
Cedrón: 130.
Cielo (hecho accesible): 128.
Ciudadanía celeste: 124, 129.
Clauthmón: 130.
Condena (maldición antigua y su eliminación): 34, 80, 81, 97, 100, 106, 122, 151, 168.
Contemplación: 45, 84, 125, 136, 138, 141, 146, 174.
Cosmos (su santificación): 96.
Cristianos:
- son como abejas de Cristo: 63.
- su nombre: 50.

Cruz: 57, 121, 125.
Culto espiritual: 173.

Dabir: 83.
Daniel: 103, 109, 138.
David: 28, 81, 100, 109, 111, 157, 164, 170, 171, 172.
Deicidas: 130.
Demonio: 97, 100, 113, 121, 145.
Dionisio (Pseudo Dionisio Areopagita): 133-138.
Divinización (don de la gracia y elevación del hombre): 28, 30, 31, 50, 55, 76, 98,

99, 101, 104, 129, 140, 141, 154, 175.
Dragón asirio: 97.

Edén: 109.
Edom: 57.
Egipto: 146.
Elías: 150.
Encarnación: 34, 37, 76, 98, 121, 127, 137.
Enoc: 150, 168.
Esperanza: 123.
Espíritu Santo: 39, 64, 66, 72, 74, 79, 82, 83, 92, 94, 105, 107, 116, 119, 136, 138, 161, 164.
Eucaristía: 31, 83, 94, 106, 110, 154, 173.
Eva: 35, 100, 103, 112, 128, 144.
Éxtasis: 161.
Ezequiel: 109, 165.

Fiesta (celebraciones religiosas): 27, 29, 63, 153, 155, 169.
Filiación divina (por el bautismo): 33.

Gabriel (arcángel): 40, 73, 80, 87, 99, 100, 102, 103, 112, 115, 118.
Galilea: 99.
Gedeón: 95.
Getsemaní: 136, 171.
Gozo: 28, 30, 34, 36, 58, 60, 75, 80, 93, 95, 96, 97, 98, 100, 103, 105, 113, 118, 144, 149, 155, 161, 168, 175.
Gracia: 27, 74, 75, 80, 112.

Habacuc: 109, 138.
Helí: 69.
Herodes: 46.
Hieroteo: 137.
Hombre:
- su nobleza: 32, 61, 92, 97, 119.
- su unión con Dios: 29, 101, 102.
- imagen de Dios: 101, 119.

Iglesia: 38, 43, 49, 56, 58, 71, 82, 171.
- Iglesia y Cristo: 49, 56, 58, 80.
- Iglesia y María: 32, 82, 150.

Infiernos:
- Descenso a los infiernos: 121, 124-126.
- Reino infernal: 122.

Inmortalidad (incorruptibilidad): 122, 163, 166.
Isabel: 116.
Isaías: 51, 56, 84, 140, 157, 165.
Israel: 39, 65, 72, 85, 103, 107, 110, 166, 170, 171.

Jacob (patriarca): 35, 43, 46, 52, 82, 172.
Jacob (padre de san José): 69.
Jarán: 44.
Jeconías: 53, 54.
Jerusalén: 56, 88, 170.
Jesé: 51, 81, 84, 140, 165.
Joaquín: 35, 42, 76.
Josafat: 130.
José (esposo de la Virgen): 40, 43, 49, 51, 69, 70, 72, 73, 74, 102, 115.

Juan Bautista: 99.
Juan Evangelista: 48.
Judá (hijo de Jacob): 43, 48, 51, 59, 71.
Judá (reino, tribu): 130, 170.
Judíos: 42, 64, 65, 75, 102.

Leví: 32, 45.
Levitas: 39.
Ley: 45, 64.
- imperfección de la ley: 102.
- yugo de la ley: 173.
- cumplimiento de la ley y de los profetas: 148.
- letra de la ley: 27, 75.
Lucas: 64, 66-69, 74.
Luz: 28, 55, 75, 77, 94, 107, 117, 140, 149, 166, 168.

Mará: 110.
María:
- María-Eva: 31, 81, 112, 144.
- María en la Escritura: 81-90, 125, 126.
- María mediadora: 41, 95, 136, 137, 146, 162, 163, 168, 173-174.
- María protectora: 95, 163, 174.
Matán: 68.
Mateo: 64, 66-68.
Melquí: 68.
Melquisedec: 32.
Misterio (véase también Encarnación): 29, 138, 140, 141, 143.
Moisés: 39, 43, 47, 65, 70-75, 95, 102.
Muerte: 121-126, 151, 163.

Natán: 68.
Nombres divinos: 133.

Ocaso: 88.
Oriente: 88, 109, 128, 140.

Pablo apóstol: 28, 44, 102, 133.
Paraíso: 131, 168-169.
Pasiones: 95, 130-131.
Patriarcas: 44, 171.
Paz: 101.
Pedro apóstol: 124, 138.
Plenitud de gracia: 105, 106.
Plenitud de los tiempos: 76, 92.
Poder divino: 52.
Polvo: 31.
Poncio Pilato: 46.
Profetas: 54, 90, 103, 146, 147, 170.
Proverbios (libro bíblico): 123.
Providencia: 47, 62, 124, 126, 131, 136, 162.

Querubines: 84, 93, 95, 128.

Raquel: 114.
Realeza de María: 86, 150, 156, 157, 160, 164, 167, 170, 174.
Rebeca: 114.
Recapitulación en Cristo: 98.
Reconciliación (de Dios y el hombre): 103, 106.
Redención: 34, 75, 96.
Regeneración: 29, 33, 34, 76, 98.
Renovación (de todo lo creado): 98, 128.
Revelación: 54, 131.

Sagrada Escritura: 28, 64, 83.
Salomón: 68, 167.

Salvación (plan divino: «oikonomia»): 28, 32, 34, 48, 76, 82, 93, 96, 98-100, 119, 121, 125, 130, 139, 140, 154, 162.
Santiago el menor: 134.
Santo de los santos: 39, 148, 172.
Santos: 124, 160, 171, 172.
Sara: 44, 61, 114.
Serafines: 86, 95, 152, 172.
Set: 67.
Silo: 83.
Símbolos: 29, 84, 147.
Simeón: 54, 146.
Sinaí: 147.
Sión: 39, 56, 85, 164.

Temán: 84.
Teólogos: 132, 134.
Testamento (Antiguo y Nuevo): 81, 166.
Timoteo: 134, 137.
Trinidad (Misterio): 37, 48, 110, 117, 119.

Verdad: 27, 29, 30, 39, 81, 100, 101, 127, 148.
Virginidad de María: 34, 40, 57, 81, 103, 107, 117, 125, 139, 148, 152.
Virtud: 175.

Zacarías: 109.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
San Andrés de Creta 5
Las homilías de san Andrés 7
Doctrina mariana 9
Inmaculada Concepción 10
Natividad de María 12
La Anunciación 15
María, la Virgen 17
La Asunción 18
Realeza y protección 19
Resplandores eucarísticos 21

Andrés de Creta
HOMILÍAS MARIANAS

HOMILÍA I
Panegírico del nacimiento de la Santísima Madre de Dios 27

HOMILÍA II
En el natalicio de la Santísima Señora Nuestra, la Madre de Dios. Con la demostración de su descendencia de la estirpe de David 41

HOMILÍA III
En el día natalicio de la inmaculada Señora Nuestra, la Madre de Dios y siempre Virgen María. Con la demostración de su descendencia del linaje de David, tanto por la historia antigua, como por otros diversos testimonios 63

HOMILÍA IV
En la Santa natividad de la Santísima Señora Nuestra, la Madre de Dios y siempre Virgen María 79

HOMILÍA V
En la anunciación de la Santísima Madre de Dios y Señora nuestra 97

HOMILÍA VI
En la dormición de Nuestra Señora la Santísima Madre de Dios 121

HOMILÍA VII
En la dormición de Nuestra Señora la Santísima Madre de Dios 143

HOMILÍA VIII
En la dormición de Nuestra Señora la Santísima Madre de Dios 159

ÍNDICE BÍBLICO 177
ÍNDICE DE NOMBRES Y DE MATERIAS 183

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
218 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
162 págs.

5 - **San Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
118 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
100 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
148 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 176 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
2.ª Ed., 108 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
144 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
196 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
138 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
140 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **San Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
148 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

Próximos volúmenes:

— **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS.

— **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA Y ELOGIO DE BASILIO.

— **Basilio Magno,** EL HEXAMERÓN.

— **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS.

— **Juan Cristóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS.

— **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA.

— **Basilio Magno,** EL ESPÍRITU SANTO.

— **Tertuliano,** APOLOGETICUM.

— **Máximo el Confesor,** CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD - DIÁLOGO ASCÉTICO - COMENTARIO AL PADRE NUESTRO.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.